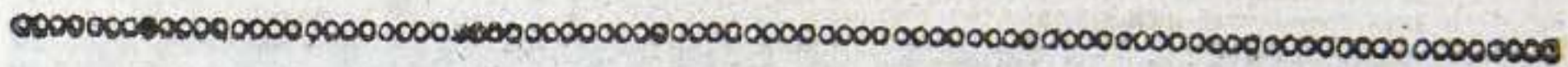






ALABADO SEA  
EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.



**COMPENDIO**  
**DE LA VIDA**  
**DEL B. JUAN DE RIBERA,**  
**PATRIARCA DE ANTIOQUÍA**  
**ARZOBISPO Y VIREY**  
**DE VALENCIA.**

SU AUTOR

**EL P. DR. D. MARTIN BELDA,**  
COLEGIAL QUE FUE DEL INSIGNE Y REAL  
COLEGIO DE CORPUS CHRISTI, PRESBITERO  
DE LA REAL CONGREGACION DEL ORATORIO  
DE VALENCIA, Y EXAMINADOR SINODAL  
DE SU ARZOBISPADO.

R: 45,352

**EN VALENCIA**  
**POR JOSEPH DE ORGA.**  
AÑO MDCCCII.  
**CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.**

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO  
DE LA EUCARISTIA

COMPLENTO

DE LA VIDA  
DEL B. JUAN DE RIBERA

DE PATRIARCA DE ANTOLOGIA  
Y ARZOBISPO Y CARDENAL DE

DE SAN LUCAS  
DE ALICANTE

DE LA MENTE DEL  
DE LA MENTE DEL

DE LA MENTE DEL  
DE LA MENTE DEL

DE LA MENTE DEL  
DE LA MENTE DEL

DE LA MENTE DEL  
DE LA MENTE DEL

AL SOBERANO Y AUGUST.<sup>MO</sup>

## SACRAMENTO DEL ALTAR.

**A**ltísimo y Divinísimo Señor : Los que tuvimos el consuelo y honor de vestir la Beca en el insigne y Real Colegio de Corpus Christi, que lleva á su frente vuestro augustísimo nombre , y subsiste glorioso baxo las alas de vuestra soberana bondad y dignacion , tenemos en verdad mayores obligaciones , que el resto de los fieles , de doblar reverentes nuestras rodillas en vuestra presencia , y ofreceros con corazon humilde é inflamado el puro incienso de la veneracion y adoracion. En ello hacemos al-

go de lo mucho que debemos , y nos conformamos con las santas intenciones de nuestro amado Padre y Señor el B. Juan de Ribera , cuyo corazon siempre ardiendo con el fuego de la mas fina caridad, noche y dia os adoraba humilde , y os ofrecia el incienso de la oracion y contemplacion mas levantada. El manda todas nuestras tareas literarias salgan honradas y selladas con vuestro augustísimo nombre , y que nuestros pensamientos , palabras y obras os miren siempre por centro en el Augustísimo Sacramento del Altar , su devocion primera y principalísima. Como hijo de tan gran Padre , y de tan insigne Colegio , pretendo desempeñar en parte esta obliga-

v

cion, poniendo á vuestros divinos pies este breve Compendio de la Vida de vuestro perpetuo adorador el B. Ribera, que espero logrará acogida en vuestro divino corazón por solo el mérito de vuestro siervo, cuyas glorias deseais, por lo mismo que con tanto esmero procuró las vuestras. Por sus méritos os pido, Señor, vuestra divina bendición y gracia, para que adorándoos acá, aunque encubierto baxo el velo de los accidentes, algun día os adore cara á cara entre los infinitos resplandores de vuestra gloria.

Altísimo y Divinísimo Señor,  
el menor de vuestros Sacerdotes

*Martin Belda.*

## PROLOGO AL LECTOR.

Es preciso confesar, que la Vida del B. Juan de Ribera que escribió é imprimió en Roma el P. Fr. Juan Ximenez es muy exâcta y completa, y que lleva en todas sus páginas el carácter de la verdad; porque este Padre para escribirla bebió pura el agua en las fuentes originales, que son los procesos formados con autoridad ordinaria y Apostólica, de donde sacó quanto va referido en dicha Historia; pero como su estilo es algo redundante, abunda de repeticiones, digresiones y ampliaciones, acaso mas propias de la oratoria que de la historia; algunos halláron poco gusto en su lec-



tura , porque desean al primer golpe del azadon sacar agua , y no tener el trabajo de profundar mucho ; que es decir , á un solo golpe de vista quedar instruidos de los hechos del héroe de la Historia , y no verse detenidos con tantas ( si bien útiles pero no necesarias especies ) hasta hallar la relacion de las noticias , en que se interesa su deseo y honesta curiosidad.

Para ocurrir en parte á este inconveniente , y hacer mas gustosa por mas lisa y ceñida la leyenda de la Vida del B. Ribera, he tomado la honesta ocupacion de compendiarla , y poner los hechos de este insigne héroe como en un plano , donde con solo abrir los ojos se vé toda superficie y ex-

tension, excusando al Lector del trabajo (que por tal le juzgan muchos) de hojear muchas páginas para encontrar un dicho, un hecho, una virtud del sugeto de quien se habla.

En ello he pensado hacer al Público un ligero servicio, y un obsequio al B. Ribera, á quien soy deudor de inestimables beneficios, entre ellos haberme admitido por su Colegial en su insigne Colegio de Corpus Christi, donde oí las lecciones y documentos mas oportunos y sazonados, con que sobre librarme de los extravíos, en que incauta suele caer la juventud, pudo proporcionarme para los ministerios que por la bondad de Dios exerzo en su Iglesia. Oxalá fuera

con la perfeccion que exîgen , y yo debo.

Puedo asegurar están referidos todos los hechos , dichos y virtudes del B. Ribera , que con extension refiere el P. Ximenez , y solo omito aquellas digresiones , ampliaciones y repeticiones que son propias y necesarias en un Sermon ; que es decir , está todo el cuerpo de la Historia ; pero ceñido á menor mole. Si el que leyere así lo juzgare , seré deudor á su aprobacion y buen afecto. Si pusiere mal gesto , y torciere el ocico , me quedará la satisfaccion, y me basta de haber procurado extender la gloria extrínseca de mi amo , Señor y Abogado el B. Juan de Ribera.

# INDICE

De los Libros y Capítulos que  
 contiene esta Vida del B.  
 Juan de Ribera.

## LIBRO I.

- De lo que practicó el B. Ribera desde su niñez hasta que fué electo Obispo de Badajoz.* Pag. 1
- CAP. I.** *Del nacimiento, Patria, Padres y primera educacion del B. Juan de Ribera.* ibid.
- CAP. II.** *El B. Juan de Ribera pasa á estudiar á Salamanca, y lo mucho que aprovechó en la ciencia y virtud.* 6
- CAP. III.** *El B. Juan de Ribera pasa á Sevilla por órden de su padre, y despues vuelve á Salamanca á proseguir sus estudios.* 16
- CAP. IV.** *El B. Juan de Ribera pasa á Sevilla á curarse de su enfermedad, y convalecido vuelve*

*á proseguir sus estudios en Salamanca.*

22

**CAP. V.** *El B. Juan de Ribera se retira á su patria Sevilla, y en ella le libra Dios de un gran peligro de manchar su fe; y despues vuelve á Salamanca donde recibe el grado de Doctor.*

25

**CAP. VI.** *El B. Ribera vuelve á Salamanca, recibe el grado de Doctor, lee Teología en su general, y luego es elegido Obispo de Badajoz.*

31

**CAP. VII.** *Quán bien se manejó en los primeros cuidados de su pastoral empleo el B. Juan de Ribera.*

37

**CAP. VIII.** *Las muchas diligencias que practicó el B. Juan de Ribera para instruir en la virtud á sus súbditos, y el esmero que puso para la reforma de su Obispado.*

46

## LIBRO II.

*Lo mucho que á honra y gloria de Dios trabajó el B. Ribera en el Arzobispado de Valencia.*

52

- CAP. I.** *El B. Ribera es elegido Patriarca de Antioquia, y luego Arzobispo de Valencia.* ibid
- CAP. II.** *Lo mucho que trabajó el B. Ribera para reformar su Arzobispado de Valencia.* 6
- CAP. III.** *De otros eficaces desvelos que en beneficio de sus ovejas empleó el B. Juan de Ribera.* 72
- CAP. IV.** *Del gran zelo que empleó el B. Juan de Ribera en la conversion de los Moriscos del Reyno de Valencia.* 78
- CAP. V.** *El B. Juan de Ribera, viendo imposible la conversion de los Moriscos, procura sean desterrados de España.* 86
- CAP. VI.** *Del gran concierto que puso en su Palacio el B. Juan de Ribera, y cuánto veló sobre la conducta de sus Domésticos y familiares.* 96
- CAP. VII.** *De la magestuosa Capilla, y Colegio de Corpus Christi, que fundó y dotó el espíritu magnánimo y devoto del B. Juan de Ribera.* 104

**CAP. VIII.** *El B. Juan de Ribera es elegido Virey y Capitan General del Reyno de Valencia, y quán escogidamente desempeñó este lustroso y elevado Oficio.* 110

## LIBRO III.

*Quánto se exercitó, y quán constante fué en la práctica de todas las virtudes el B. Juan de Ribera.* 123

**CAP. I.** *De la virtud de la Fe, quán viva la tuvo, y quánto esmero puso en exáltarla.* ibid.

**CAP. II.** *Quán firme y heroyca fué la Esperanza del B. Juan de Ribera, y quánto se esmeró en ella.* 132

**CAP. III.** *Del amor encendido á Dios, que siempre ardió en el pecho del B. Juan de Ribera.* 139

**CAP. IV.** *De la máxima devocion al Santísimo Sacramento del B. Juan de Ribera, y quánto se esmeró en promover su culto y veneracion.* 150

**CAP. V.** *Prosigue la materia del Capitulo pasado.* 166

**CAP. VI.** *De la ternísima devocion*

- á María Santísima del B. Juan de Ribera, y cuánto procuró la veneracion y obsequios de esta Señora, y los Santos amigos de Dios.* 174
- CAP. VII.** *De la piedad y profundo respeto que el B. Juan de Ribera profesó siempre á sus Mayores, Superiores y Prelados.* 186
- CAP. VIII.** *De la mucha caridad con los próximos del B. Juan de Ribera, y de sus copiosas limosnas con los pobres.* 194
- CAP. IX.** *Se prosigue la materia del Capítulo pasado, y se refieren algunos milagros que el Señor obró en confirmacion de la gran caridad del B. Juan de Ribera.* 206
- CAP. X.** *Prosigue la materia del Capítulo pasado, y se da noticia de los muchos Conventos que fundó, y la mucha caridad con que los socorrió, y á sus Religiosos.* 216
- CAP. XI.** *Del don de profecía, y penetracion de los corazones, que el Señor comunicó al B. Juan de Ribera.* 235



- CAP. XII. *De otros dones y gracias gratis dadas con que Dios ilustró al B. Juan de Ribera.* 245
- CAP. XIII. *De la profunda humildad, que resplandeció en el B. Juan de Ribera.* 252
- CAP. XIV. *De la gran mansedumbre y paciencia heroyca del B. Juan de Ribera.* 264
- CAP. XV. *De la mortificacion y penitencia del B. Juan de Ribera.* 279
- CAP. XVI. *De la oracion continua y fervorosa del B. Juan de Ribera.* 287
- CAP. XVII. *De la castidad, y virginal pureza del B. Juan de Ribera.* 292

## LIBRO IV.

- De la muerte feliz, entierro, milagros y fama póstuma del B. Juan de Ribera.* 301
- CAP. I. *De la última enfermedad y preciosa muerte del B. Juan de Ribera.* ibid.
- CAP. II. *Prosigue la materia del Capítulo pasado.* 311
- CAP. III. *Del magnífico entierro del*

- B. Juan de Ribera, y milagros que por sus méritos obró Dios en esta ocasion.* 325
- CAP. IV.** *Refiérense algunas apariciones con que el Señor quiso manifestar la gloria que ya gozaba su fiel siervo el B. Ribera.* 333
- CAP. V.** *De los muchos y grandes milagros que obró Dios por los méritos é intercesion del B. Juan de Ribera.* 341
- CAP. VI.** *De otros milagros que el Señor obró en los que en sus aflicciones invocaban al B. Juan de Ribera.* 351
- CAP. VII.** *De otros milagros que obró Dios en personas afligidas en sus espíritus por los méritos del B. Juan de Ribera.* 363
- CAP. VIII.** *De la gran fama de Santidad del B. Juan de Ribera, de que siempre estuvo lleno el mundo, y los muchos elogios que le diéron sugetos de alta esfera y notoria virtud, ya en vida, ya despues de muerto.* 372

5

3

1

1

3



*Verd. Ret. del B. Juan de Ribera Pat.<sup>ca</sup> de Antioq  
Arzob.º Virrey y Capitan Gen.º del R.º de Valencia  
Fundador del R.º Colegio de Corpus Cristi donde da  
cansa su cuerpo, murio á 6 de Enero en 1611 de 78 años  
beatificado por N.º S.º P.º Pio VI. en 18 de Setiem.º 1798*



# VIDA

DEL B. JUAN DE RIBERA.

## LIBRO I.

De lo que practicó el B. Ribera desde su niñez hasta que fué electo Obispo de Badajoz.

### CAPITULO I.

*Del nacimiento , Patria , Padres y primera educacion del B. Juan de Ribera.*

España, madre fecunda de varones grandes en valor, letras y virtud, si siempre pudo gloriarse de esta prerogativa, con especialidad en el siglo xvi. en que muchos ilustráron su emisferio, ya en las Campañas, ya en los

A

Generales , ya en los Altares. Entre estos merece lugar muy eminente el B. Ribera sugeto de esta Historia , cuyas virtudes vamos á texer , y poner de manifiesto para gloria de Dios , exemplo y estímulo de los que la leyeren.

En el mes de Marzo de 1532 , gobernando la Iglesia Clemente VII. y la Corona de España el Emperdor Carlos V. nació este insigne Varon en Sevilla , Ciudad de las mas famosas de España por la fertilidad de su suelo , benignidad de su clima , y gran número de sugetos , que diéron asunto á la fama , y materia á la historia , unos con su valor , otros con su sabiduría , otros con su brillante santidad. Su padre se llamó D. Pedro , ó D. Perafan de Ribera , primero Duque de Alcalá de los Gazules , segundo Marques de Tarifa , y sexto Conde de los Molaes. Príncipe de nobleza tan elevada , que hombrea con los primeros Grandes de España , y solo concede ventajas y mayorías al Trono y la Corona : tan consumado en prudencia y demas virtudes civiles , militares y christianas,

que mereció de los Reyes de España las mayores confianzas, y que le mandasen servir las primeras Dignidades del Reyno, como son de Adelantado mayor de la Andalucía, de Virey y Capitan General primero de Cataluña, despues de Nápoles; en cuyos officios se conduxo con tan sazónada prudencia y fino manejo, que sus providencias, decisiones y reglamentos han servido de pauta y modelo á los sucesores en aquellas Dignidades.

Este gran Caballero, bien distinto de muchos, que solo ocupan el tiempo en vanidades, pasatiempos y dar desahogo á sus pasiones, y apénas se acuerdan de los hijos que engendraron para enseñarles letras y virtudes, con que formarles segun el modelo del Evangelio y del Christianismo, convirtió sus primeras miras á su hijo D. Juan, mandando luego recibiese el Santo Bautismo, la Santa Confirmacion, y poniendo á su lado ayos y maestros, que echasen en su corazon las primeras semillas de la piedad y religion, que con el tiempo habian de lograr tantas

creces en su alma dócil , flexible , y prevenida de Dios con bendiciones de dulzura.

Como este piísimo Príncipe labraba en su hijo , no un diamante duro é inflexible , sino una cera blanda capaz de recibir qualquier sello , vió luego bien logrados sus cuidados y afañes en su hijo D. Juan ; porque ayudado este de la gracia , gran talento y prendas naturales con que Dios le habia agraciado , conoció luego quanto debia á su cuna , á su crianza , y principalmente á Dios , procurando un concierto tan prodigioso de pensamientos , palabras y acciones , ya en lo político , y ya en lo moral , que á los diez años estaba ya perfectamente instruido en la Gramática y Retórica , y con disposicion para estudiar las facultades mayores en Salamanca , cuyo destino no quiso tan presto darle su padre por considerarle tan tierno , y no poder sufrir se apartase de su presencia y compañía.

Al compas de estos pasos que dió D. Juan en las letras , fuéron los que



dió en la virtud, cuya hermosura le llevaba la mayor parte de su corazón; porque aunque tan niño, se admiraba un gran fondo de Religión en todas sus palabras y acciones, una gravedad, modestia y compostura raras; y sobre todo, un amor y temor tan casto y filial á Dios, que dexaba en todos que admirar, que alabar y que imitar. En tan tierna edad, como hijo de un Príncipe tan noble, tan político, tan christiano, procuró no desmentir su nacimiento, y cumplir con todos los respetos y obligaciones que nacen de altos principios. Ya trataba de vivir recogido, de ser obediente, de no responder con desentono, de vestir humilde, y tratar á todos con los modos mas finos de cortesía y afabilidad. Ya entónces visitaba con frecuencia las Iglesias, recibia fervoroso los Santos Sacramentos, oia arrodillado la Santa Misa, escuchaba atento la divina palabra, y como otro Tobías huia aun de las diversiones pueriles, que tanto frisan con aquella tierna edad. En las horas que hurtaba al estudio, se ocupaba religioso en com-

poner Altares , en adornar modestamente su aposento con las imágenes de Christo y su Santísima Madre , en cuya presencia desahogaba su corazón en suspiros y fervorosas aspiraciones. En fin , todo el día ocupaba fructuosamente , parte en el estudio , parte en obras de piedad y religion : retratando en toda su conducta la imagen de un hombre maduro y aventajado en la virtud. Así lo conocieron muchos , que afirman con juramento , en edad de niño y mozuelo se dexaba ya ver adornado con aquellas virtudes , que formaron el capital de su santidad quando Obispo.

## CAPITULO II.

*El B. Juan de Ribera pasa á estudiar á Salamanca , y lo mucho que aprovechó en la ciencia y virtud.*

Contaba ya D. Juan doce años á su edad , quando su padre determinó enviarlo á Salamanca , para que allí estudiase y aprendiese las ciencias mayo-

res en compañía de otros señoritos de su condicion y edad ; y con ellas , andando el tiempo , fuese útil á la Iglesia y al estado . Y teniendo presente , que la buena educacion pende mucho de un ayo y maestro pio y docto , tendió la vista sobre algunos , que pudiesen felizmente desempeñar estos encargos y confianzas . Con recta intencion y lastimosa equivocacion eligió uno , en cuya enseñanza y direccion se prometia todo el logro de sus deseos : pero Dios , que tenia elegido á D. Juan para digno ministro del Santuario , y zeloso promovedor de sus glorias y santo nombre , con sábia y oculta providencia estorbó los proyectos de su padre , como lo acredita el caso siguiente .

Vivia en Sevilla un Sacerdote llamado el Licenciado *Manso* , tan acreditado en la sabiduría , que todos le juzgaban digno de dirigir á D. Juan en la carrera de las letras y virtud . Gozábase su padre de tan feliz coyuntura ; y aun se daba á sí mismo el parabien , creyendo , baxo la direccion de tan sabio maestro , iba su hijo á ha-

cer en breve muchos progresos. Estaba todo preparado, y el dicho *Manso* iba ya á poner en las manos de D. Juan los libros en que debia estudiar, aprender y aventajarse; pero cayendo luego en un lecho aquejado de una grave enfermedad, fué preciso que su padre mudase de intento, y dirigiese á otro sujeto sus miras y deseos. Esta que parecia casualidad, fué un golpe fino de la divina providencia, que ya velaba sobre el dichoso mozuelo D. Juan; porque convalecido de su enfermedad dicho *Manso*, á poco tiempo hizo ver era un herege engañoso y pestilente, motivo porque el S. Tribunal en 1549 le hizo sufrir las penas y castigos, que tenia tan bien merecidos.

Puesto ya en Salamanca, donde á la sazón brillaban las letras baxo la enseñanza de sabios maestros, entre quienes se hacian mucho lugar los Reverendos Dominicanos *Cano*, *Soto* y *Sotomayor*, se dedicó con tanto esmero y teson á cultivarlas, que no solo empleaba muchas horas miéntras el dia, sí tambien de la noche hurtándolas al

descanso, que pedian sus fuerzas débiles y casi apuradas. En ellas salió tan aventajado, que á los veinte y dos años de su edad logró el grado de Bachiller en Sagrada Teología, y á los veinte y cinco el grado de Doctor de la misma facultad, con aplauso universal de aquella célebre Universidad, que ya miraba en Don Juan un sol que amanecía, y con el tiempo la habia de ilustrar maravillosamente; pero teniendo presente el aviso de San Isidoro, que la doctrina sin la vida honesta y santa hace al hombre arrogante, y la vida honesta y santa sin la doctrina le dexa inútil para los intereses de la Iglesia y gloria de Dios, procuró hermanar, y hacer un hermoso maridage entre la ciencia y la virtud, esmerándose mas y mas de cada dia en esta. El reir, burlar, chancear, jugar y otros desahogos, que la humana prudencia juzga deben sufrirse en los jóvenes, lo miraba D. Juan como géneros de contrabando, capaces á manchar el candor de su corazon.

Este amanecía en su exterior con

todos los adornos de modestia , gravedad y circunspeccion : virtudes , que el mundo juzga solo propias de hombres ancianos y maduros en la santidad. Asi lo conoció el Ilustrísimo Señor D. Pedro de Castro y Quiñones , Arzobispo de Granada , y despues de Sevilla. A este escribió D. Juan, recien entrado por Obispo en la Santa Iglesia de Badajoz, pidiéndole algunas advertencias , máximas y documentos para hacer su oficio pastoral acertada y escogidamente. Respondióle en estos términos : *Señor Ilustrísimo , esto es lo que yo deseo saber de Vuesenoría Ilustrísima ; porque quando yo me hallaba pasante en Salamanca , ya Vuesenoría Ilustrísima vino Santo á estudiar en ella.*

Eligió por directores de su espíritu á San Pedro de Alcántara , y al V. P. Mtro. Juan de Avila , Apóstol de Andalucía , ornamento del Sacerdocio y de toda España. Con ellos trataba de espacio , y con mucha confianza los secretos de su conciencia : oyendo de su boca documentos sazonados que practicaba á la letra , y con tan-

tas medras de su alma , que siendo tan tierno en la edad , hacia ventajas á todos sus condiscípulos.

Conocia bien el B. Ribera , que el pecado original , que anda en todos (excepta siempre María Santísima) es la madre y raiz de todas las operaciones y sentimientos malos y delinquentes : que era preciso salir al encuentro , y oponerse á este enemigo doméstico y casero con todas las prevenciones y cautelas que caben en la humana prudencia : por lo mismo poco satisfecho con vivir muy recogido , con vestir con sencillez y llaneza , tratar á todos con humildad , comedimiento y respeto , acudir freqüente á las funciones que manda y aconseja la Religion, añadió el mortificar su cuerpo , y ajar sus pasiones con oracion , ayunos , disciplinas y cilicios , con la cautela de huir como de un contagio del trato y comunicacion con las gentes mundanas , partidarias de la vanidad y la locura.

Jamas salia de su aposento sino para comer y cenar. En él vivia tan so-

lo, y con tan rígida abstraccion, que jamas permitió la entrada á criado alguno; tratando por sí solo de todos sus menesteres, aun los mas baxos y humildes: costumbre que guardó siempre aun quando adornado con los elevados officios de Obispo, Arzobispo, Patriarca y Virey de Valencia. Quando salia de su aposento y casa no dirigia sus pasos á los públicos paseos, á las concurrencias y tertulias, donde acaso lo ménos que se pierde es el tiempo, sino al Religiosísimo Convento de los Padres Dominicos, con quienes de espacio trataba los negocios de su alma, y con especialidad (sentado en un humilde banco) con sus Maestros los Reverendos Padres Domingo Soto y Melchor Cano, á quienes profesaba un amor tierno y sincero, una reverencia profunda: así lo contaba algunas veces á su grande amigo el Obispo de Segorbe, que lo depone con juramento.

Aunque era las delicias de todos, y era codiciada su compañía y conversacion por su notoria virtud, prudencia, discrecion, fina y christiana política;



con todo escaseaba mucho las visitas, y quando algun motivo honesto y justo le llevaba á ellas, era muy ceñido en el hablar, y muy cuidadoso de no malgastar el tiempo, de quien procuró siempre hacer el mejor uso. Llegada la noche mandaba cerrar las puertas de su casa, donde ocupaba muchas horas en el estudio, sin que por él olvidase velar sobre sus criados y familia, mandando nadie saliese ni entrase sin urgentísima causa, imitando en ello el concierto y buen orden de un religiosísimo Monasterio.

Como todos veian en el B. Ribera un complexo de todas las virtudes, un modelo digno de ser copiado, aspiraban con una feliz competencia á lograr su amistad y trato; pero él cauteloso, sabiendo es cosa difícil y de gran precio hallar un amigo fiel y verdadero, franqueaba á pocos su corazon y amistad: logrando solos esta dicha los que eran virtuosos y exemplares. Así lo deponen muchos testigos, y afirma su Director, á quien siendo ya avanzado en edad dixo: que los amigos mas ín-

timos con quienes se habia ladeado estudiando en Salamanca, habian sido D. Fernando de Toledo, hermano del Conde de Oropesa, y D. Antonio de Córdoba, hermano del Duque de Feria, ambos hijos de Grandes de España, y de virtud tan notoria y exemplar, que el primero renunció un Capelo, con que le habia agraciado Gregorio XIII. contentándose con ser un humilde Eclesiástico, cuyas ocupaciones y faenas eran visitar Hospitales, remediar pobres, consolar afligidos, enseñar la Doctrina Christiana, y evangelizar con zelo ardiente por las Aldeas, Villas y Lugares. Y el segundo siguiendo las huellas del primero, cambió la grandeza y esplendor de su casa por la humildad del Claustro, vistiéndose la Sotana en la Religion de la Compañía de Jesus, donde vivió exemplarmente, y murió la muerte de los justos y santos.

El amor y aprecio con que todos miraban al B. Ribera llegó á tan alto punto, que se rozaba con la veneracion, mirando en él no ménos que un Angel.

del Cielo. Buen testigo de esta verdad es el Padre Mtro. Domingo Soto, uno de sus Maestros, quien muchas veces dixo desde la Cátedra: *Señores, adviertan, que Dios ha enviado en estos tiempos á D. Juan de Ribera para reformar á este célebre general de Salamanca. Y queriendo acusar y reprehender á algunos de sus discípulos de desidiosos y poco atentos al cumplimiento de sus obligaciones, añadía: Avergüénzense, señores perezosos, de no estudiar para cumplir con sus obligaciones noche y dia, teniendo á la vista los honrosos procedimientos de D. Juan, aun siendo hijo de un Príncipe tan grande é ilustre. Elogios que publican un mérito sobresaliente, difícil de adquirir en las Universidades, donde la concurrencia de tantos tan diferentes en genios, inclinaciones y modos de pensar, suele introducir alguna licencia y libertad digna de censura y de remedio.*

## CAPITULO III.

*El B. Juan de Ribera pasa á Sevilla por órden de su padre , y despues vuelve á Salamanca á proseguir sus estudios.*

**E**ra ya como de diez y siete años el B. Ribera ; y con tan corta edad muy aprovechado en letras y virtud. Dos sugetos doctos y de buena censura aconsejaron en aquel entónces á su padre le mandase pasar á Padua para perfeccionarse en la Teología y Sagrada Escritura ; cuyas facultades allí se enseñaban en aquella sazón con esmero y gran crédito. Vino en ello gustoso , porque freqüentemente meditaba modos de cultivar y adelantar los subidos talentos de su hijo. Mandóle pasar á Sevilla , donde debia concertarse el plan de su viage á dicha Ciudad y Universidad. Puesto en Sevilla , persuadiéronle los mismos le diese por ayo un famoso Doctor llamado *Ruiz*, quien habiendo hecho muchos progresos en Pa-

se llevaba los ojos de toda la Ciudad con sus sábias lecciones de Escritura, que daba en la Catedral.

Accedió el buen Caballero muy gustoso á esta persuasion ; mas luego sin saber la mano que le detenia , mudó de resolucion , no queriendo hiciese viage á Padua su hijo D. Juan. Causó en todos la mayor sensacion y admiracion esta mudanza : siendo por otra parte un Caballero tan prudente , y nada inconstante en sus resoluciones. Pero Dios que escudriña los corazones , vé desde la eternidad todo lo presente , futuro y posible , y tiene en sus manos los de todos , con amorosa providencia trocó el corazon de su padre , y excusó los daños que podian caer en el ánimo de D. Juan ; porque el dicho *Ruiz* era mas engañoso y perverso que el primero, como lo manifestó el Santo Tribunal de la Inquisicion , quien mandó prenderle , y castigó con severidad por ser un pertinaz herege Luterano.

Sueltos estos segundos lazos , que el demonio so color de bien habia tendido á los pies de D. Juan , tomó la vuel-

ta para Salamanca , para continuar y levantar mas alto el noble edificio de letras y virtud , que iba fabricando en su corazon , segun la medida de sus alientos. Puesto allí llevó adelante su esmero en el estudio ; pero sin perder de vista los aumentos en la virtud , que de cada dia iban en crecimiento. Conservaba singular modestia y buen órden en sus palabras y acciones , en su vestido siempre sencillo , y sin el fausto que usan los amadores del siglo y la vanidad , en orar freqüente , en sujetar su cuerpo y pasiones con el rigor de la penitencia : huyendo siempre de las diversiones del mundo , entre quienes la devocion suele resfriarse , y relaxarse el espíritu. No pisaba mas calles , que las que llevaban á la Iglesia y Universidad : en aquella para oír devoto la Santa Misa y divina palabra , y en esta para adelantarse en la ciencia.

Algunas veces afloxaba el arco de este rigor y abstraccion , saliendo á dar un honesto paseo con sus dos Maestros *Cano y Soto* , ó con algunos de sus mas

ejemplares condiscípulos D. Antonio de Córdoba y D. Fernando de Toledo. Sin detenerse en parte alguna, volvía para su casa, donde con otro tanto estudio procuraba ganar el tiempo, que su espíritu mortificado le representaba poco ménos que perdido.

En tiempo de vacaciones ó feriados, quando todos procuran tomar algun desahogo para aliviar sus espíritus brumados con las tareas del estudio, nuestro B. Ribera siempre atento á cultivar su espíritu y sus talentos, llevaba adelante sus tareas literarias, sin conocer siquiera la cara al ocio y al descanso, para que el espíritu no perdiese su vigor y fervor en aquel entónces: con solos tres criados se retiraba á alguna Iglesia situada en la Campaña, ó á alguno de los Conventos mas ejemplares de Salamanca, donde servía de exemplo y edificacion á los Religiosos con su oracion, silencio, ayunos y otros santos ejercicios, que le dictaba su espíritu fervoroso. Salía del Convento alguna vez para ir á visitar los Hospitales, servir en ellos á los en-

fermos, para socorrer las necesidades de algunos que gemian entre los rigores del hambre y la laceria. En el seno de estos vaciaba tantas limosnas y tan copiosas, que llegó á vender la plata de su servicio, y los libros en que estudiaba: quedando tan ceñido en sus haberes, que hubo de retirarse á un Convento, donde vivia como un hombre pobre y vulgar, hasta que su padre noticioso de la estrechez y pobreza de su hijo D. Juan, mandaba proveerle de todo lo necesario. Así lo depuso con juramento el Conde de Castro su sobrino.

Una vida tan virtuosa y exemplar era estímulo para todos, y espejo en que muchos se miraban, y aprendian á concertar y poner en tono su vida y costumbres. Así se vió en algunos jóvenes de su edad y esfera, y especialmente en los ya citados en esta Historia D. Fernando de Toledo y D. Antonio de Córdoba, que muriéron con mucho olor de santidad. Su presencia era una muda y severa reprehension para muchos poco ajustados, que como lechuzas á la presencia del sol, procu-



raban huir de ella, ó reformarse quando le tenían presente. Con efecto, si algunos algo libres en su modo de vivir se entretenían en conversacion ménos decente, al momento que descubrían al B. Ribera se decían: *Ea, caballeros, volvamos aquí la hoja, porque viene Ribera.* Si alguna vez por no incurrir en la nota de descortes, era preciso concurrir con ellos ántes de entrar á oír las lecciones, si soltaban alguna palabra descompuesta, ó con apariencias de deshonestidad, se encogía de hombros, y poniendo los ojos en tierra se sonroseaba; por cuyo motivo, á que se juntaba su natural hermosura, vinieron todos á llamarle la *Virgen casta.*

Con un método tan ajustado y santo de vida, parece podía nuestro B. Ribera adquirir cierta seguridad de ser grato á Dios, y de no cometer culpa alguna, á que á todos lleva la fragilidad propia y genial; pero él, sabiendo, dice Dios: *El que es justo, hágase mas justo*, jamas apartó la mano del rigor y la penitencia, ayunaba con

mucha frecuencia, ceñía cilicios de cerdas, tomaba ásperas disciplinas, bañando con la sangre su virginal cuerpo, sin contar otras penalidades á que le llevaba su espíritu mortificado, y siempre ansioso de agradar á Dios. El peso de tanto estudio y penitencia llegó á ajar y debilitar su cuerpo de complexión delicada en términos, que su ayo temió le llevase hasta el borde del sepulcro la flaqueza y enfermedad de ética calentura que le amenazaba, de lo qual sabedor su padre, le mandó pasar á Sevilla.

#### CAPITULO IV.

*El B. Juan de Ribera pasa á Sevilla á curarse de su enfermedad, y convalecido vuelve á proseguir sus estudios en Salamanca.*

Y informado el Duque su padre de la quebrantada salud de D. Juan, en cuyo restablecimiento y conservacion tenia el mayor interes, mandó llamar los Médicos, quienes bien instruidos de la

Esta del accidente, aplicáron desde luego aquellas medicinas, que su pericia juzgaba útiles y eficaces; las quales surtiéron tan felices efectos, que en poco tiempo recobró la salud y primera serenidad. Hicieron mucho hincapie, en que en un todo sobreceyese al estudio, á que se rindió humilde y obediente. Ya alentado en su cuerpo y espíritu, teniendo muy poca cuenta con su salud y vida, que poco ha vió en conocido riesgo; inspirado de Dios, cuya voluntad santísima era la pauta y móvil de todas sus operaciones, volvió al mismo tenor y rigor de vida, guardando en la casa de su padre tal modestia, silencio y retiro, que parecia un observante Religioso dentro del Claustro.

Este tenor de vida causaba en todos la mayor admiracion, y aun á su mismo padre, á quien daba cierta sujecion y encogimiento la presencia de su hijo; porque si queria entretenerse con otros Caballeros en alguna honesta recreacion, procuraba retirarse de su presencia, diciendo advertido: Se-

*ñores , retirémonos donde mi hijo D. Juan no nos vea ; porque temo le hemos de dar poco gusto con vernos perder el tiempo, aun en esta diversion moderada.*

Luego se sintió bien convalecido, con la bendicion de su padre tomó la vuelta para Salamanca , donde con un estudio continuo y constante llenó con usuras aquellos vacíos , que la pasada enfermedad pudo haber causado en su entendimiento. Este con tan séria aplicacion hizo tales progresos en la sabiduría , y quedó tan ilustrado, que su argumento era el mas sutil y nervioso , que en aquel tiempo se oia en el general de Salamanca. Apénas sabian los Estudiantes argüia ó sustentaba conclusiones D. Juan , ansiosos por oirle se convidaban unos á otros: y aun el mismo Maestro *Manso* , que regentaba Cátedra en aquel tiempo , deseoso de lograr un rato gustoso , solia decir á sus discípulos: *Señores , á la tarde no habrá leccion , porque hay conclusiones , y arguye D. Juan , que por su mucho saber , formalidad y viveza en el discurrir , merece le asistan todos , y con*

*su presencia ninguno dexa de honrarle.*

Estando en vísperas nuestro B. Ribera de concluir la penosa y lustrosa carrera de los Estudios, siendo como de veinte y dos años, á 5 de Mayo de 1554 recibió el grado de Bachiller en Teología con aplauso general de aquella Universidad, que no acababa de admirar en su persona un jóven caballero, discreto, afable, cortes y rico, y sobre todo, adornado de brillantes y sólidas virtudes; prendas que con dificultad se vén juntas en sugetos de esta condicion y esfera.

### CAPITULO V.

*El B. Juan de Ribera se retira á su patria Sevilla, y en ella le libra Dios de un gran peligro de manchar su fe; y despues vuelve á Salamanca donde recibe el grado de Doctor.*

¶ Llegado á Sevilla, aunque acostumbrada á ver grandes sugetos, se conmovió felizmente, poniendo todos los ojos en el B. Ribera, quien léjos de ha-

berse teñido de las erradas máximas de siglo y la vanidad, se dexaba ver sobre muy hermoso en lo natural, discreto, afable, cortes, prodigiosamente modesto, devoto, mortificado; en una palabra, adornado de todas las riquezas que forman el carácter de un verdadero siervo de Dios.

Pero el demonio que veia en él un enemigo, un rival, que andando el tiempo le habia de hacer una cruda guerra, hasta robarle muchas almas, y hacerle volver atrás, cubierto de rubor y confusion; furioso y despechado por haberle salido fallidos sus dos ataques contra su alma, meditó venir por tercera vez á las manos con nuestro B. Ribera, y asaltar con mas fuerza y artificio el muro impenetrable de su fe y su alma: bien persuadido, que derribado este gran Soldado de la milicia del Señor, haria muchas conquistas en las almas. Para ello, sin entenderlo su padre, le puso en el corazon eligiese por ayo y maestro de su hijo D. Juan á un famoso Doctor herege Luterano, y pertinaz como los dos pri-

meros. Este se llamaba el Canónigo *Constantino*, quien sirvió de Predicador al Rey Felipe II. en la desgraciada jornada que hizo á Inglaterra en tiempo de la Reyna Isabela, hija de Enrique VIII. y de su infame amiga Ana Bolena. Estando *Constantino* de vuelta para España, llegó á Barcelona, y se avistó con el Duque padre del B. Ribera, que á la sazón gobernaba aquel Principado con la Dignidad de Capitán General. Este prudente Caballero, informado de la fama era *Constantino* uno de los Teólogos mas doctos de aquel tiempo en la Santa Escritura, le rogó, que en llegando á Sevilla se sirviese dar algunas lecciones de aquella facultad á su hijo D. Juan, que á la sazón se hallaba en aquella Ciudad con el honesto encargo de asistir y servir á la Marquesa de Villanueva del Fresno Doña María Enriquez su muy amada tia.

Admitió gustoso este encargo dicho *Constantino*, y aun miraba como honor suyo dedicarse á tan gloriosa ocupacion. El Duque escribió á su hijo D.

Juan le oyese atento las lecciones de aquel gran maestro, con él seguro iba á lograr grandes ventajas en la ciencia Santa; pero aquel gran Dios que juega con el mundo, y dispone todas las cosas con alta y suave providencia, teniendo desde la eternidad destinado á nuestro D. Juan para atender, conservar y llevar adelante los intereses de su Fe y Santa Iglesia, no sufriendole el corazon defraudar á esta de un tan sabio y utilísimo obrero, puso en el corazon de D. Juan (sin casi entenderlo él) tal tedio, horror y santo odio á la persona de *Constantino*, que jamas pudo doblarse á oír sus lecciones, ni aun siquiera á verle y oírle nombrar, no embarazándose en el disgusto, que en ello tendria su padre, á quien en todas materias fué siempre obedientísimo. Este caso contaba muchas veces á sus mas confidentes amigos, y á su muy especial D. Pedro Gines Casanova Obispo de Segorbe, en cuya presencia temblando el referido dixo: *Era hombre digno de mayor castigo que otro alguno, pues tan grandes beneficios se debieran venerar,*



*y agradecer con perpetua y fina observancia de su santa ley y divina voluntad. Y reconociendo este favor como una efusion de la divina bondad y misericordia sobre su alma, cruzando las manos, bañados en lágrimas sus ojos, y vueltos al Cielo, añadía: ¡O Dios y Señor mio! Yo os rindo infinitas gracias por los muchos y grandes beneficios que me habeis hecho librándome de aquellos malos christianos, que ignorante mi padre de su engañosa doctrina, me queria dar por maestros.*

En todo este texido de cosas se vió la admirable y benéfica providencia de Dios sobre el B. Ribera, librándole de manchar su fe, y caer en manos de los ministros de las tinieblas, de cuyo número era el Canónigo *Constantino*; porque dentro de poco tiempo se descubrió era un herege Luterano, pestilente y pertinaz como los dos primeros: motivo porque el Santo Tribunal de la Inquisicion le puso preso, y despues quemó en estatua, por haber muerto en la cárcel negativo y obstinado.

Tambien observáron todos con ad-

miracion y edificacion quán viva estaba la fe en el B. Ribera, y qué espíritu tan gigante anidaba en su pecho para sostenerla y alejarla de todo eclipse; pues sin faltar á los deberes de amor, reverencia y obediencia, supo resistir á la voluntad y mandamiento de su padre, aun temiendo podria incurrir en su indignacion. Así lo acredita la respuesta, que le dió con santa libertad pocas veces vista en jóvenes de tan pocos años: *Señor, le dixo, suplico á V. Excelencia, que no tiene que tomar disgusto, porque con la mas rendida obediencia no paso á executar lo que me manda; porque demas de no atreverme á mirar á semejante sugeto en la cara, puedo asegurar á V. Excelencia, que Dios á su tiempo me dará aquellos maestros, que sabe me han de instruir en saludable y santa doctrina.*

## CAPITULO VI.

*El B. Ribera vuelve á Salamanca , recibe el grado de Doctor , lee Teología en su general , y luego es elegido Obispo de Badajoz.*

Fuera poco premio de las tareas literarias del B. Ribera el grado de Bachiller ; y así siendo ya como de veinte y cinco años , habiendo recibido en Sevilla los Sagrados Ordenes ( con muy fervorosas y previas disposiciones ) á 7 de Mayo de 1557 de mano del Ilustrísimo Señor D. Ruiz , Obispo de Salou , Abad y Ordinario de Medina del Campo , se pasó á Salamanca donde recibió el grado de Doctor en Sagrada Teología , presidido de su Maestro el Reverendísimo P. Fr. Domingo Soto , y asistido de aquel doctísimo Claustro , y muchos Señores de la primera nobleza , de quienes recibió mil plácemes y enhorabuenas , por haber visto su lucimiento y destreza en las respuestas á las dificultades , y el gran

fondo de sabiduría , que manifestó en todas las funciones. Fué luego premiado su mérito con confiarle la regencia de una Cátedra de Teología , á que concurría un gran número de Estudiantes.

Toda España estaba llena de la fama de santidad y sabiduría del B. Juan de Ribera , cuyos ecos llegaron á la Corte y oídos del Rey prudentísimo Felipe II. , quien juzgándolo dignísimo de ocupar en la Iglesia elevados puestos , y de gobernar con zelo y acierto el rebaño de Jesu Christo , fué servido nombrarle para el Obispado de Badajoz , y mandar se le avisase el nombramiento y real resolución. Quedó sorprendido y afligido el B. Ribera al ver venir sobre sus hombros una Dignidad y carga formidable á los mismos Angeles , y que juzgaba muy superior á sus fuerzas y talentos. Por lo que con humildad y respeto el mas profundo suplicó á su Magestad se dignase absolverle de este oficio , y permitirle permanecer en el honesto grado de simple Sacerdote. No vino en ello el Rey , bien persua-

dido del superior mérito de Ribera, y que nombrándole Obispo hacia gran servicio á nuestro Señor, y atendia á los espirituales intereses de aquella Iglesia.

Acordándose entónces nuestro Beato, que es mucho mejor la obediencia que las víctimas, dobló su serviz al peso de esta Dignidad, y rindió su voluntad á la del Rey, que mandaba á nombre de Dios, á cuya potestad resistir sabia era oponerse á la voluntad de Dios. Complacido el Rey, entendiendo la aceptacion del B. Ribera, mandó escribir á Roma para que se hiciese la presentacion de su persona al Papa Pio IV. que á la sazón presidia en la Iglesia; el qual sabedor de la virtud y brillantes méritos de Ribera, con mucho gusto le proclamó y eligió Obispo de Badajoz, despachando las Bulas confirmatorias en 26 de Junio de 1562. Fué luego consagrado Obispo, habiéndose ántes preparado por muchos dias con fervorosos ejercicios para merecer y recibir la gracia del Espíritu Santo, que es verdadera fortaleza, y

C

sin cuya asistencia ninguna cosa se puede hacer acertadamente, ni aun siquiera nombrar fructuosamente el nombre de Jesus, como lo afirma S. Pablo.

Luego que su padre, que á la sazón gobernaba el Reyno de Nápoles con la dignidad de Virey, tuvo de ello noticia, le escribió una carta hija de su gran prudencia y discrecion, en que le daba las máximas y documentos mas oportunos y sazoados para conducirse felizmente en todos los ramos de la dignidad Episcopal. Aceptó el B. Ribera con humildad y mucho aprecio la carta y avisos de su padre, que puso y conservó toda su vida en una gaveta, leyéndola muchas veces para despertar su devocion, acalorar su zelo, y tomar esfuerzos para llevar hasta una eternidad feliz las obligaciones, que la Iglesia acababa de imponerle.

Teniendo muy presente el juicio severo y durísimo, que se hacia á los que presiden en los Tribunales é Iglesias, para que en el lance de su muerte pudiese dar buena cuenta de su conducta á Dios, Dueño de la viña, cu-

yo cultivo se le habia encomendado; mandó poner á su vista un despertador de este juicio y de la justa severidad, con que Dios exâmina y juzga las almas: él fué un lienzo de primoroso y valiente pincel, que mandó pintar, en que se representaba á su misma persona ya muerto y amortajado, y tendido sobre la dura tierra: y otro que expresaba su alma puesta en la presencia del Juez Supremo para ser juzgada, teniendo á un lado el Angel de su guarda que le defendia, y al otro al enemigo infernal que le acusaba. Estos lienzos mandó pintar por los motivos ya dichos, y por una horrorosa y espantable vision que tuvo en sueños, luego que le eligiéron Obispo de Badajoz para oír continuamente las voces enérgicas, aunque mudas, que daban á su corazon: los tenia en la pieza donde vacaba al estudio; y pareciéndole esto aun poco, les mandó poner en el Altar donde todos los dias celebraba la Santa Misa: este primoroso lienzo se conserva en el dia en la Pieza del Relicario del insigne Colegio de Corpus Christi.

Viéndose ya consagrado Obispo, y cargado con las graves obligaciones que trae esta Dignidad, procuró quanto ántes trasladarse á aquella Santa Iglesia, cuyos intereses corrian ya de su cuenta. Ardian en vivos deseos aquella Ciudad y Diocesanos de recibir á su nuevo Prelado, de cuya sabiduría, virtud y demas bellas qualidades la fama habia adelantado copiosas y lisonjeras noticias. Con efecto, dentro de poco tiempo se puso en Badajoz, cuya Ciudad y Pueblos comarcanos (que en hermosas turbas acudiéron á ver su dichosa entrada) se conmoviéron con las sensaciones mas vivas de gozo al ver un Prelado, sí bien jóven, pero maduro en la sabiduría, virtud, prudencia, discrecion, y demas dotes y gracias que forman el carácter de un Santo Prelado. Todos se daban el parabien de esta comun felicidad, y no acababan de admirar la hermosura y buen talle del Pastor, acompañada de tanta modestia y agradable gravedad, siendo una de las alabanzas que le daban, decir: era un Angel del Cielo, y un don precio-



so, con que Dios favorecia aquella Iglesia y Diocesanos.

## CAPITULO VII.

*Quán bien se manejó en los primeros cuidados de su pastoral empleo el B. Juan de Ribera.*

Sentado ya en su Silla Episcopal procuró esparcir por todas partes rayos de virtud y sabiduría, para que Dios fuese glorificado, y sus súbditos edificados y estimulados á vivir con concierto y santo temor de Dios. El Santo Sacrificio de la Misa, en que se da tanta gloria al Padre Celestial, y de quien se derivan tantos bienes en la Iglesia, por ser fuente inagotable de gracia y santidad, fué una de las principales ocupaciones y devociones del B. Ribera. Celebrábala todos los dias con una devocion exemplar, preparándose para esta tremenda funcion con santas meditaciones y oracion que duraba una hora: concluida se baxaba á su Iglesia Catedral, donde preparado un Al-

tar con ricos y preciosos ornamentos la celebraba con tal gravedad, devoción y ternura, que inspiraba los mismos sentimientos en los oyentes, quienes en gran número concurrían á oirla. Fué tan constante en ofrecer al Padre Celestial esta hostia agradable, que no dexó pasar dia sin esta santísima ocupacion y funcion, por mas que estuviese de viage, cargasen sobre su persona gravísimos negocios, y aun achaques, como no fuesen muy graves, que le detuviesen en la cama sin fuerzas para levantarse.

Concluido el Santo Sacrificio de la Misa, se detenía por espacio de una hora en altísima contemplacion de tan soberano misterio y divina dignacion, derramando su corazon en la divina presencia con lágrimas, suspiros, y otras fervientes aspiraciones. Luego negado á todo descanso, se sentaba en el Confesonario, donde lleno de paciencia, prudencia y caridad oia las confesiones de grandes y pequeños, de personas de toda clase y condicion, imitando á S. Pablo, que se juzgaba deudor á Grie-

gos, bárbaros, sabios é ignorantes. En todos causaba la mas tierna sensacion este zelo de su Prelado, viendo franqueaba indistintamente su corazon lleno de caridad y ardiente zelo por la salvacion de todos. En levantándose del Confesonario, haciendo oficio de zeloso Párroco, les administraba la Santísima Eucaristía, con que alimentaba sus almas ya limpias de los ascos de las culpas mortales.

No podia sufrir el demonio tanto esmero del Santo Prelado en procurar por estos medios la salvacion y aprovechamiento de las almas. Y así con diabólica astucia procuró tender redes á sus pies para que tropezase y se perdiese, y con ello se hiciese inútil para tan sagradas funciones. Una muger casada de mediana esfera, de pocos años, pero de mucha hermosura y desenfrenada libertad, instigada del demonio que reynaba en su corazon, y prendada de la hermosura, blancura, buen talle y gentileza del Santo Prelado, resolvió en su ánimo conquistar su corazon para lograr las libertades y

desahogos mas criminales y vergonzosos. Llegóse con estos intentos al Confesonario, y puesta á sus pies desabrochó su pecho, de donde salió una llama de amor impuro, capaz á hacer titubear al hombre mas cimentado en la virtud. Sorprehendióse el Santo Prelado al oír proposiciones tan desatinadas y sacrílegas, y puesta la castidad de su alma á prueba tan recia y peligrosa, pero asido de un santo temor casto y filial, y de un sumo horror á este sucio vicio, supo pintarle con tan vivos colores lo abominable de sus intenciones, y la monstruosa injuria que cometia contra el Dios de la limpieza y santidad, que convertido felizmente el corazon de la miserable, se levantó una Magdalena arrependida, la que habia llegado como infeliz prostituta, pidiendo perdon al Santo Prelado de atentado tan sacrílego. Y penetrado su corazon de una saludable amargura y arrepentimiento, se volvió á su casa bien diferente de lo que fué hasta entónces. Este rasgo de la divina misericordia con esta miserable, y de pro-

teccion sobre su propia alma, lo contó el B. Ribera á cierta persona que lo depone con juramento.

Llevando adelante su zelo y caridad con sus ovejas, muchas veces llevaba el sagrado Viático á los enfermos, sin embarazarse con las incomodidades de la hora y tiempo; en cuyos lances sentia su espíritu tal ternura y fervor, que prorumpia en dulces lágrimas, apenas tomaba en sus manos el sagrado Copon. Esta dignacion en tan gran Prelado excitaba en los fieles tanta devocion y deseos de venerar el Santísimo Sacramento, que abandonadas las ocupaciones y tareas de sus casas, le iban acompañando para ser partícipes de su espíritu y divinas misericordias, que Dios liberal le dispensaba en aquel entónces.

Hubo quien acaso mas político que devoto, quiso persuadirle, que la ocupacion de llevar á los enfermos el sagrado Viático, y tambien en algunos lances la santa Extrema-Uncion era officio solo propio de los Curas, y no de los Obispos, y que en ello podria inspirar

en el Pueblo alguna sospecha contra los Párrocos, quienes acaso serian mirados como mal cumplidos en sus oficios, á que respondia con mucha gracia: Señores, han de saber, que yo tambien soy Cura, y el mas principal dispensador de los Santos Sacramentos en esta Iglesia. Y luego llevado de los impulsos de su gran caridad añadia: Si Dios con ser Señor de Cielos y tierra no se tiene á ménos de ir con grande amor y clemencia á casa del mas pobre para consolar su triste y afligida alma, díganme, Señores, ¿con qué cara, aunque fuera yo á la del mas necesitado, podré excusarme á no llevar á esta Magestad divina, ó á lo ménos no ir la acompañando adonde vaya? Con cuyas sazonadas palabras ponía un candado, y sellaba los labios de los que interpretaban mal su profunda humildad y ardiente caridad, que tanto brillaban en estos ministerios, que pasáron á imitar algunos Señores Obispos de España.

Sabiendo que los súbditos respiran de alegría, serenidad y consuelo con la presencia de su Pastor, concluida

la funcion , á pie y con su Limosnero, volvía á casa de los enfermos , en cuyos corazones inspiraba espirituales alientos con sus santas palabras y exhortaciones, y vaciaba en sus senos copiosas limosnas , ya en dinero contante , ya en exquisitos dulces , y otros regalitos para despertar su apetito gastado , y apurado con los rigores de la enfermedad. No se ceñía su caridad á solos los enfermos , extendíase tambien á toda casta de pobres y menesterosos , á quienes con sus copiosas limosnas sacaba de sus apuros y estrecheces , sin reparar en desprenderse para ello de las cosas mas precisas para la decencia de su persona y casa : venciendo en estos lances su caridad en muchos grados las ansias de los avaros en acopiar el oro y las riquezas.

Buena prueba tenemos de estas verdades en lo que sucedió gobernando la Iglesia de Badajoz. Una grande hambre affigia todo el Obispado , hasta hacer gemir á los pobres , y aun á los hacendados , que no hallaban recursos y auxîlios para salir de tanto apuro. So-

náron estos clamores en los oídos del B. Ribera, y con mas viveza en su corazón: impelido este de su ardiente caridad, mandó luego se comprase trigo de la mejor calidad que se encontrase, vendiendo para ello la preciosa vaxilla de plata de que se servia. Su Mayordomo, sugeto en todo semejante á su amo, cumplió exâctamente quanto le fué mandado. Supo su padre esta liberalidad de su hijo D. Juan con los pobres, y creyendo como desayre de su persona y dignidad haberse de servir de vaxilla de barro ó de madera, mandó labrar otra de mayor coste y hermosura, que le envió á toda diligencia; pero él vencido otra vez de los impulsos de su gran caridad la vendió como la primera, por haber, andando el tiempo, ocurrido otra calamidad y hambre general; debiéndose creer hubiera vendido otras muchas si se las enviaran.

Imitador el B. Ribera del Santo Job, que decia: *Si he comido bocado de que no diese parte al pobre, jamas se sentaba á la mesa, que no enviase uno*



ó dos platos de las mejores viandas á algunas personas honradas, que no tenían con que alimentar sus hijos, ni alientos para pedir en público impedidos del rubor. Todos los dias socorria á doce pobres viejos con tan abundante comida, que sobre quedar alimentados, tenían con que cenar sus hijos y mugeres. El Juéves Santo, emulando la profunda humildad de Jesu Christo, despues de lavar los pies á doce pobres ancianos, les daba una abundante comida, á que acompañaba vestirlos de pies á cabeza. Esta caridad y liberalidad del B. Ribera bajaba á las puertas de su Palacio, socorriendo á quantos pobres acudian aquejados del hambre, se extendia á muchos Monasterios de Monjas y Religiosos, y á todos los pobres de su Obispado, quienes miéntras hacia las visitas, clamaban á sus oidos y á sus puertas. De todo esto hablaremos con mas extension quando se trate de sus copiosas limosnas, siendo todo lo dicho como un ligero bosquejo y breve insinuacion.

## CAPITULO VIII.

*Las muchas diligencias que practicó el B. Juan de Ribera para instruir en la virtud á sus súbditos, y el esmero que puso para la reforma de su Obispado.*

Al pasto espiritual que daba á sus ovejas el B. Ribera con la administracion de los Santos Sacramentos, añadía anunciarles la divina palabra con mucha freqüencia, y con zelo verdaderamente apostólico que admiraban todos; quienes ansiosos acudian á oirle, saliendo de sus sermones ilustrados, compungidos y muy mejorados en sus costumbres. Los ecos de su predicacion fervorosa se extendian por todo su Obispado, y aun algunas leguas dentro de Portugal, de cuyo Reyno acudian muchos á oirle, convidándose mutuamente con estas palabras de aprecio: *Vamos á oir al Apóstol de Dios.* Sus palabras eran ardientes rayos, que se forjaban en la fragua de su pecho en-

cendido en caridad , á que no podian resistir los mas duros y obstinados en sus vicios. Así lo asegura su grande amigo el P. M. Fr. Luis de Granada, quien dixo , que con solas estas palabras que proferia el B. Ribera : *Her- manos , no pequemos mas por el amor de nuestro amado Christo Jesus* , como si fueran una bala de cañon , derribaban del trono de su dureza á los mayores pecadores , acaloraban á los mas tibios , y adelantaban á los mas fervorosos. Para que estas palabras , que anunciaba desde el Púlpito fuesen útiles , eficaces y provechosas á las almas , por medio de un constante estudio , procuraba beber la doctrina mas sólida y santa en las Santas Escrituras, Santos Padres y Doctores ascéticos, cuyos libros llevaba de continuo entre las manos.

Muchas veces subia al Púlpito despues de haber por largo espacio curado las almas en la sagrada piscina de la Penitencia. Como su voz , que sonaba en el Púlpito , no podia oirse en todo su Obispado , y producir aquellos

saludables efectos que su zelo ardiente deseaba; para suplir esta falta, y pelear contra los vicios aun desde lejos, escribia muchas cartas llenas de espíritu, que enviaba á los Curas para predicar, digámoslo así, por boca de ellos, ya que no lo sufrían las distancias que lo separaban. En ellas les enseñaba el modo como habían de conducirse para instruir á sus Feligreses, sacarlos de los pecados, y ponerlos en caminos rectos de la salvacion. Y para que todos sus súbditos anduviesen conformes á la creencia de las verdades y misterios de la Religion, y los Curas fuesen una pauta y modelo fijo y seguro para enseñarlas, dió á todos ellos una explicacion de ellas muy clara y muy conforme á las cortas luces, y genial rusticidad de los Feligreses.

Siempre atento el Beato Ribera á destruir y arrancar vicios, plantar y edificar lo mas conforme á la moral mas pura, quitó de raiz muchos abusos introducidos en su Obispado, que á manera de zizaña ahogaban el buen trigo

de la doctrina y santas costumbres, y entre estos uno muy perjudicial que cundia en los Curas y algunos Confesores. Estos con un zelo duro y amargo dexaban poco ménos que abandonados á los de vida tibia y floxa, y solo admitian y abrigaban á los que juzgaban fervorosos, y frisaban con sus máximas y modos de pensar. Otros por el contrario, admitian gustosos baxo su direccion á los que vivian con algun ensanche y libertad, poniendo mal gesto, y mostrándose ásperos con los que trataban de mortificacion y espíritu. A todos avisó el Santo Prelado llevasen siempre en balanza su corazon, acogiendo á tibios y fervorosos, á justos y pecadores, imitando á San Pablo, que se hacia todo para todos para ganarlos á todos.

Que en el Confesonario se conduxesen con mucha caridad, paciencia y prudencia, para que los pecadores espantados con el rigor no dexasen de valerse de tan eficaz remedio, y mas se obstinasen en sus vicios. Les persuadió fuesen muy compasivos y libe-

D

rales con los pobres , aliviando sus trabajos y miserias en quanto alcanzasen sus facultades y haberes , y que si estos por cortos no bastasen á tanto , si eran enfermos y encarcelados les visitasen á menudo , aliviándoles los trabajos de las enfermedades , la dureza de los calabozos y cadenas con consejos , santas exhortaciones y con palabras bañadas con leche y miel.

Tenia muy presente el Santo Prelado , que el aprovechamiento y salvacion de las almas pende mucho del Santo Sacramento de la Penitencia administrado con zelo , ciencia y prudencia : por lo mismo puso mucho cuidado , en que los Confesores mirasen esta ocupacion como muy principal , y como ramo legitimo del Sacerdocio. Para que estas sus miras y deseos se viesesen bien logrados ordenó , que un dia cada semana se juntasen los Curas en un lugar acomodado de sus Feligresías , y allí tratasen de los casos de conciencia mas freqüentes y espinosos que pudiesen ocurrir , y acordasen los medios mas

oportunos y eficaces para conducirse acertadamente, y con provecho de los penitentes: y que si estas juntas por algunas causas graves no pudiesen celebrarse, ni convenirse los Curas en el modo de pensar, acudiesen al Prelado, para que con su notoria prudencia y sabiduría ordenase lo que en tales circunstancias debiera practicarse.

Entre otros añejos vicios, que arrancó de cuajo el Santo Prelado, uno fué la perversa costumbre de jurar y profanar el santo nombre de Dios; á cuyo pestilencial vicio ocurrió con un remedio oportuno y santo, mandando fundar una devota Cofradía, que tuviese por instituto combatir tan abominable costumbre, é inspirar en todos la mas profunda reverencia al santo y augusto nombre del Señor. El efecto correspondió á sus deseos; pues luego se vió libre el Obispado de este vicio, que habia cundido como cáncer y gangrena. Con estas y otras no ménos sábias providencias logró el B. Ribera alejar de su Obispado los vicios, y ha-

cerle florecer en virtudes ; quedando su corazon penetrado de un gozo inexplicable , viendo tan bien logradas sus empresas , y sus afanes pastorales y apostólicos.





# VIDA

DEL B. JUAN DE RIBERA.

## LIBRO II.

Lo mucho que á honra y gloria de Dios trabajó el B. Ribera en el Arzobispado de Valencia.

### CAPITULO I.

*El B. Ribera es elegido Patriarca de Antioquía , y luego Arzobispo de Valencia.*

**F**lorencia en virtud la Santa Iglesia de Badajoz baxo la direccion, enseñanza y gobierno del B. Ribera, pudiendo servir de exemplar y modelo á todas las de España. Por toda esta Península vo-

laba la fama de sus virtudes y gloriosos hechos ; y siendo , digámoslo así , como corto teatro para celebrarlas , se extendió hasta Roma , y hasta el Sólío Pontificio , que á la sazón ocupaba dignísimamente S. Pio V. Este bien informado del superior mérito del B. Ribera , resolvió en su ánimo darle un premio condigno , lo que practicó como vamos á referir.

En 29 de Enero de 1568 vacáron las dignidades de Patriarca de Antioquía y Arzobispo de Valencia , que adornaban la digna persona de D. Fernando de Loaces , insigne Valenciano , é hijo de la Ciudad de Orihuela. Tendió la vista el Santo Pontífice sobre muchos Prelados , que con su zelo y santo gobierno honraban la Iglesia en aquel tiempo. Y luego mirando al B. Ribera entre ellos como sol entre estrellas , á 30 de Abril pasó á agraciarle con la dignidad de Patriarca , concediéndole Bula de retencion del Obispado , que segun leyes de la Iglesia , debia renunciar : haciendo con este motivo un magnífico elogio de su persona , que tra-

ducido del latin á nuestro idioma es como se sigue: *Es una lumbrera de toda España, singular exemplo de virtud y bondad, dechado de gloriosas costumbres y santidad, tanto que yo me confundido oyendo lo que oigo decir de su mucha humildad y modestia. Porque no solo cumple con la obligacion de Obispo, sino con la de Cura, exercitándose en administrar los Sacramentos, y llevar él propio el Viático á las casas de los enfermos. Su vida mas es de Religioso que de Prelado, y muchos Obispos en España siguen sus pisadas y exemplo. Sin contar otros muchos que hizo de nuestro B. Ribera en las Bulas de las Dignidades que le confirió.*

Estos elogios son de un peso inestimable, por pronunciados de un Pontífice ya Santo canonizado, en cuya boca no podian caber la ficcion y la lisonja. Haciendo el Santo Pontífice como empeño de honrar mas y mas á nuestro Beato, en el siguiente Consistorio, tenido en 18 de Mayo, tuvo la dignacion de concederle el uso del Palio, que solo se concede á los Arzobispos, siendo entonces el B. Ribera solo Obispo, y de

constituirse su abogado, oficio necesario para terminar el acto dicho.

El Rey prudentísimo de España Felipe II. (grande apreciador de los hombres de virtud y mérito) bien informado de los muy brillantes, que adornaban la persona del B. Ribera, de allí á pocos meses le honró eligiéndole para el Arzobispado de Valencia, con preferencia á muchos, que en aquella era ennoblecían su Reyno, y santificaban las Iglesias con sus exemplos. Cuya real resolución le hizo saber por mano de D. Federico Enriquez. Quedó el B. Ribera sobrecogido de un santo temor, al ver venir sobre sí esta elevada Dignidad, pareciéndole cosa dura haber de dexar la Santa Iglesia de Badajoz, con quien habia celebrado santos desposorios, y donde vivia gustoso, creyendo hacer servicio á nuestro Señor, á quien temia ofender; no sea que el interes y el honor le moviesen, y no la obediencia á su Rey y Señor. Así se lo hizo entender á dicho Marques por medio de una carta llena de humildad, generoso despego, gratitud y profunda reveren-

cia á la sagrada persona del Rey, exponiendo sólidas razones para no admitir aquella nueva Dignidad.

Informado el Rey por el Marques de esta humilde y justa resistencia del B. Ribera, léjos de ceder de lo que habia determinado y resuelto cerca de su persona, tuvo la bondad de escribirle una carta, su fecha 16 de Junio de 1568, en que con graves razones expuso seria de su real agrado admitiese la presentacion del Arzobispado, seguro haria en ello la voluntad de Dios, y procuraria los intereses de aquella Iglesia, en que su Magestad tenia puestas sus miras. Convencido el Santo Prelado de las razones del Rey, y temiendo con mas resistir desobedecer á Dios y á su Rey, humilde dobló su cerviz, y admitió el Arzobispado.

Noticioso el Rey de esta aceptacion, que con tanta instancia habia procurado, se dignó escribirle otra su fecha 1<sup>o</sup> de Julio de 1568, en que le manifestaba quán complacido habia quedado, y quán seguro habia hecho el servicio de Dios, y procurado el bien de la Igle-

sia de Valencia, presentándole el Arzobispado. Igual contento recibió S. Pio V., quien tenia en gran precio al B. Ribera, como queda arriba dicho. Y luego difundiendo en magníficos elogios de su persona, en presencia de los Cardenales, con mucho gozo de su espíritu pasó á confirmarlo.

Todos alababan esta eleccion, y miraban con santa envidia la Iglesia de Valencia, que iba á ser regida por un Pastor tan zeloso y santo. Sola la Iglesia de Badajoz quedó penetrada de un vivo dolor, viéndose ya en vísperas de perder un Pastor, que se deshacia por sus espirituales aumentos, y en quien todos hallaban luces, enseñanzas, consuelo y remedio en todas sus necesidades y aflicciones. No pudo ménos de enternecerse el Santo Prelado al ver á sus Feligreses poseidos de pena tan grande, que no les cabia en el pecho. Y para excusarles el dolor de verle separar de su compañía, se salió de la Ciudad en silencio, y al abrigo de la noche, dexando allí su corazon y afectos, y en el seno de los pobres todo

quanto tenia en su erario, habiendo ya ántes tomado posesion de la Iglesia de Valencia á los 16 de Febrero de 1569, con poderes bastantes, que dió á su Vicario General D. Gomez de Carabajal, Freyle de Santiago, y despues Obispo auxîliar con título de Coron.

Es por demas querer referir y ponderar las demostraciones de aprecio y júbilo con que recibió á su nuevo Prelado la muy noble y leal Ciudad de Valencia; porque es bien notoria en todo el mundo la profunda reverencia con que siempre miró á sus Prelados como dignos Xefes de la Religion, y zeladores zelosos de las virtudes y costumbres. Solo diré, que gobernando como un año esta Diócesis, fué combatido de unos pensamientos y temores tan melancólicos y funestos, que apénas se podia valer. Pintábale su imaginacion si habria sido desleal á su primera esposa, que era monstruosa ingratitude haberla abandonado por otra mas noble y rica, y que cargando nuevas obligaciones, seria mucho mayor la cuenta que Dios le pediria en su justo Tri-

bunal. Añadíase á esto ver su Arzobispado ocupado en mucha parte de Moriscos duros, tercos, y casi incapaces de ser reducidos.

Llegó tan léjos con estas imaginaciones importunas y tristes, que resolvió en su ánimo descargarse de la dignidad de Arzobispo, y retirarse á vivir una vida privada y humilde. Con este motivo escribió á San Pio V., que á la sazón gobernaba la Santa Iglesia, una carta lléna de expresiones vivas y enérgicas, pintándole con los mas vivos coloridos su insuficiencia é incapacidad para llevar tanto peso. Hecho cargo el Santo Pontífice de las razones expuestas, estuvo tan léjos de acceder á sus deseos y pretension, que por medio de un Breve despachado á 22 de Septiembre de 1569 las declaró fundadas mas en humildad que en razon, mandándole continuar en su oficio de Arzobispo, fiado en Dios de quien viene toda suficiencia, y en la proteccion de la santa Sede Apostólica, donde siempre hallaria las luces y sorros que hubiese menester para lle-



var con acierto y felicidad la carga que se le habia impuesto.

Así como despues de una tempestad recia y espantosa se dexa ver el Cielo mas sereno , terso y brillante, lo mismo sucedió en el B. Ribera. Leido con profundo respeto el Breve Pontificio tranquilizó en un todo su ánimo y conciencia , aunque jamas por propia eleccion habia querido ser Obispo , Arzobispo y Patriarca : con todo viendo apoyado su gobierno por la suprema Cabeza de la Iglesia , continuó en él con mucho esmero y maravillosa constancia ; pero sin poder apartar de sí el temor de tanta carga , exclamaba muchas veces en tono lastimero: *¡O carga , ó carga , para hacer temblar hasta los hombros mas esforzados de los Angeles!*

## CAPITULO II.

*Lo mucho que trabajó el B. Ribera para reformar su Arzobispado de Valencia.*

Apénas se sentó en su Silla , tendió la vista sobre todo el Arzobispado , y vio con mucho dolor cundian abusos grandes y envejecidos , ya en los seculares , ya en los Eclesiásticos , nacidos en gran parte de la vecindad y comunicacion con los Moriscos , gente perversa , y enemigos crueles de nuestra Santa Religion. El Cielo quiso dar un grito y una señal de que habia venido á quitarlos de cuajo y de raiz como lo acredita el caso siguiente.

Estando el Clero de la Santa Iglesia Metropolitana cantando los Divinos Oficios , entró por medio del Coro un Toro bravo , subió en derechura hasta el Presbiterio , sin que hubiera quien lo pudiese estorbar. Baxó de él , y dando vuelta por las espaldas del Altar mayor , se salió de la Iglesia por la

puerta dicha de los Apóstoles, y luego de la Ciudad sin hacer daño á nadie. Siguiendo su carrera llegó al puente que está sobre el rio dicho de la Trinidad, donde como si fuera acosado dió un salto sobre el pretil, y cayendo en el rio rebentó y quedó muerto. Muchos se fatigáron en interpretar un caso tan raro y tan sobre las reglas comunes, y entre estos un famoso Predicador; este á lo que se cree con luz del Cielo descifró este enigma, diciendo: El Toro era símbolo del B. Ribera, quien como Toro bravo habia entrado en esta Iglesia, no para dañar á alguno, sino para corregir males, remediar abusos, enseñar verdades y el camino del Cielo con zelo apostólico, con fortaleza heroyca, sudando en ello tanto, que moriria como rebentado de puro trabajar, para despues lograr en el Cielo un descanso eterno. Los sucesos posteriores á este ruidoso lance acreditan quiso mostrar el Señor, como con emblemas y geroglíficos los grandes afanes y trabajos, que el B. Ribera se habia de tomar para refor-

mar el Arzobispado, y hacerle brillar en devocion, religion y virtud.

Todos saben qu an dif cil es reformar un hombre atollado en los vicios, cuyas pasiones est an agitadas como un torbellino: qu an  rduo poner en tono y concierto un cuerpo civil   Eclesi stico, si los vicios se ense orearon y arraygaron en  l. El Se or lo manifest  quando como que forcejaba para echar al demonio del corazon del hombre mudo. Estas dificultades se le presentaron luego al B. Ribera, especialmente en los cinco primeros a os de su gobierno, en que le fu  preciso   la dulzura de su corazon y caridad unir la fortaleza de su zelo y su brazo; porque fu eron tantos los delitos en muchos de sus Feligreses, tanta la dureza y terquedad de algunos, que hubo de sudar y agonizar, dig moslo as , para enderazarlos y ponerlos en los caminos rectos de la salvacion; en cuyas espirituales faenas padecia tales amarguras y aficciones su zeloso corazon, que algunos no dudaron afirmar con juramento, podia ser

contado en el número de los Mártires. Lloraba inconsolable á los pies de Christo crucificado , viendo que muchos caminaban por la posta á una eterna condenacion ; y no pudiendo casi sostener tanto dolor , bañados con lágrimas sus ojos , y vuelto al Cielo, le decia: *¡O Dios! quisiera con otras tantas lágrimas de sangre llorar los pecados todos de todas mis ovejas.*

No podia ocultar tanto estas penas , que algunas veces no saliesen afuera , y fuesen percibidas de algunos. Con efecto , un sugeto predicando en su presencia le dixo : *¡O Señor Excelentísimo! sin duda es muy pesada la Cruz, que el Señor ha cargado sobre sus hombros , porque hasta á nosotros sus súbditos y Capellanes nos saca lágrimas compasivas el verle llorar con tanta amargura los abusos y pecados añejos de sus súbditos y ovejas.*

Como diestro Cirujano y Médico perito , poco satisfecho con compadecerse y llorar los pecados de su pueblo , procuró ocurrir con prontos y eficaces remedios. Por espacio de algu-

✓ E

nos meses cerrado en una Iglesia con todos los Eclesiásticos de la Ciudad, les propuso con claridad y nervio sus graves obligaciones, enseñándoles medios para desempeñarlas con felicidad. Se habia en estas juntas ó conferencias con tanto fervor y espíritu, que muchos salian arrepentidos, y con firme resolucion de emendar sus vidas, diciendo admirados: *Es un S. Pablo*. A los Curas y Vicarios de la Ciudad solia tambien mandar concurriesen á su presencia, y le informasen por menor de los pecados y escándalos que cundian, dándoles instrucciones y luces para atajarlos y arrancarlos de cuajo. En los principios de la Quaresma en la Iglesia de Santo Tomas, contigua al Palacio Arzobispal, juntaba á los Confesores y Predicadores, y allí les predicaba, y enseñaba el modo de cumplir y desempeñar con acierto sus respectivas funciones. Reprehendia con severidad á los Confesores, que asidos á opiniones laxâs y poco fundadas, eran fáciles en absolver á aquellos en quienes no veian las mejores señas de arrepen-

timiento: y á los Predicadores, que en los Sermones buscaban mas su gloria, que la de Dios y bien de las almas, predicando á sí mismos, y no á Christo crucificado, como lo manda, y hacia el Apóstol S. Pablo.

Procuró arrancar las malas envejecidas costumbres, y dar lustre al culto divino, que en aquel tiempo padecia algunas menguas y quiebras. Para lograrlo hizo admirables Constituciones, y celebró siete Sínodos Diocesanos, andando los años de su sabio gobierno. Para que todos anduviesen acordes en la enseñanza de la Doctrina Christiana, que él mismo enseñaba á los niños estando de visita, y aun en las plazas y lugares públicos, compuso como en Badajoz otro Catecismo con estilo llano y sencillo, acomodado á la capacidad de gentes rústicas y del campo. Y á mayor abundamiento de enseñanza, mandó dar á la estampa y publicar, emendado en algunos puntos, el que compuso el Señor D. Martin de Ayala.

La justicia, que es una de las Virtudes morales muy propia de los Su-

periores que exercen jurisdiccion , fué muy estimada , y exâctamente practicada del B. Ribera. Formó un consejo de los Letrados mas sabios é íntegros con buenos salarios , asistiendo entre ellos siempre que se trataban asuntos de monta é importancia. Oia los dictámenes de todos , y al remate producía el suyo ; pero tan atinado y fundado , que sobre dexar satisfechas las partes litigantes, nada quedaba que añadir en la materia. En la distribucion de los Curatos y Prebendas , en que todas las Iglesias tienen el mayor interes , y máxîmo las almas que han de ser regidas , llevaba tan en balanza su corazon, que ni la ambicion ni el temor, ni los humanos respetos , ni la carne y sangre podian doblarle y separarle de lo que exîgian la razon , la justicia , y la Religion. Para nunca dar el golpe en falso , y con seguridad llegar á lo mas fundado y justo , asistia personalmente á los exámenes , oia los dictámenes de los Exâminadores , y con asistencia de su Vicario General los pesaba , y viendo á qué parte se inclinaba la justicia,



sin titubear resolvía según ella mandaba.

Véase esto en lo que sucedió con el Dr. Pastor, sobrino de S. Luis Bertran, sin embargo venia propuesto en primer lugar por los Exâminadores, temiendo no le llevase mas el amor al Santo su grande amigo, que el mérito del propuesto, por tres veces preguntó á su Vicario General, si lo podia hacer en conciencia. Poco satisfecho con la aprobacion de la idoneidad de los Opositores, se informaba con escrupulosidad de su vida y costumbres, y aun de los pasos que daban; y lo mismo practicaba en asuntos civiles, y de otra naturaleza, para dar á cada uno, ya fuese Eclesiástico, ya secular, las advertencias ó remedios, que exígia su conducta acaso poco arreglada. Si las faltas de sus súbditos eran secretas, con una dulzura indecible les corrigia, dexando entero y en su lugar su honor: pero si eran escandalosos, revestido de un zelo ardiente y prudente les corrigia ó castigaba con severidad, según la naturaleza del delito.

Los hombres, como herederos con la carne de la soberbia de Adan, sienten mucho ser corregidos y castigados, y á veces como enfermos frenéticos se revuelven contra el Médico que los cura. Así sucedió en algunos, que mal sufridos de puro soberbios, se revolviéron como sierpes pisadas contra el Santo Prelado, poniendo manchas en su honor en presencia del Rey, del Papa, y aun de sus mismos súbditos; pero él, como imitador de Christo, como oveja delante quien la trasquila, ni desplegó sus labios para la queja, ni movió su mano para la venganza. Muy de otra manera se conducia, si terciaba el honor divino; porque entónces como otro Elías reprehendia con severidad, y castigaba con rigor, sin embarazarle el carácter distinguido del delinqüente; mas luego reabsumia su dulzura y suavidad, si esta bastaba para la reforma del pecador.

Como otro S. Pablo que decia: *¿Quién de vosotros está enfermo, que yo no lo esté? ¿quién se escandaliza, que yo no me abraze en zelo? Si veia que las medici-*

nas suaves, y aun ásperas reprehensiones no bastaban á curar los delitos, á imitacion de Christo, cargaba sobre sí los pecados de su Pueblo, y los castigos que él merecia. Así se vió en un Eclesiástico, cuya vida licenciosa era el escándalo del Pueblo, y por la posta le llevaba al infierno. Puesto en presencia del Santo Prelado, viéndole este sordo como un áspid á sus amorosos avisos, y duro como un bronce á sus eficaces y paternales reconvencciones, se puso de rodillas en su presencia, bañados sus ojos en lágrimas, y armada su mano con las disciplinas, empezó á descargar recios golpes sobre sus espaldas; cuyo triste espectáculo así le conmovió y ablandó, que empezó á llorar amargamente sus pecados, volviéndose á su casa bien diferente de como habia llegado á la presencia de su Pastor.

## CAPITULO III.

*De otros eficaces desvelos que en beneficio de sus ovejas empleó el B. Juan de Ribera.*

Como la virtud y la sabiduría deben formar el carácter de un Prelado de la Iglesia, y son las armas de que debe valerse para corregir, enseñar y dirigir las ovejas que Dios puso á su cuidado; pareciéndole poco al B. Ribera, para el desempeño de su oficio, la virtud de que Dios misericordioso le habia adornado, y la sabiduría que con mucho afan habia adquirido en Salamanca, y andando los años de su florida edad, aun siendo Obispo y Arzobispo; procuró estudiar, sudar mucho sobre los libros, para beber en ellos la doctrina que habia de repartir en los oidos y corazones de sus súbditos. Revolvía con frecuencia la santa Escritura, meditaba profundamente sus verdades y misterios, y esto con tanta constancia, que sus criados solo le

veían al tiempo de la audiencia. Después de la fervorosa oración, y haber celebrado la santa Misa, se retiraba á su librería donde consumía muchas horas en la pesada tarea del estudio; observáronlo sus criados, y uno llevado de la confianza que le debía, le dixo: *Señor, repare V. Excelencia, que podrán ocasionar algun daño tantas horas de estudio.* A que respondia dulcemente: *No, hijo, no pierdas cuidado, porque el del estudio nunca ha hecho mal á quien le ha venido de gusto.*

Con este socorro del estudio pudo con celestial doctrina apacentar las ovejas felizmente, ya en Púlpito, ya en Confesonario; en términos, que fué uno de los mas celebrados de doctos en aquella era. Expuso las dos Epístolas de San Pedro, que merecieron de los Eruditos mil elogios, hasta decir, era lo mejor que sobre la materia se habia escrito. Tenia una Biblia grande, cuyas márgenes llenó de notas, advertencias, comentarios tan sólidos y exquisitos, que son la admiracion de quien los lee, lastimándose mucho

no les haya dado á luz su profunda humildad.

El Obispo , segun San Pablo , sobre Doctor debe tambien ser Predicador : insta , oportuna , importunamente , arguye , reprehende con toda ciencia y doctrina , les dixo el Santo Apóstol. El B. Ribera procuró llenar esta obligacion , y ajustarse en todo al aviso y precepto del Santo Apóstol , predicando con freqüencia , en cuyo sagrado ministerio se conduxo con tanto zelo , nervio , claridad y eloqüencia christiana , que en aquellos tiempos fué celebrado por uno de los primeros hombres en Cátedra y Púlpito. Y para que su eloqüencia fuese siempre acompañada de sólida doctrina , á mas de su oracion y continuo estudio , añadió el de la lengua Griega siendo de 60 años , y el de la Hebrea siendo de 70 , en las que salió aventajadísimo , admirando á los hombres mas sabios la facilidad y destreza con que explicaba los textos sagrados , ya predicando , ya escribiendo , ya enseñando. Así lo depone D. Francisco Lopez de Mendoza,

Canónigo Magistral de Valencia , y despues Obispo de Elna. Si disputaba algunos puntos con hombres sabios, luego decia: *Tráiganme mi Biblia grande , que ella nos sacará de la dificultad*: y viendo sus notas marginales tan doctas , quedaban todos admirados y satisfechos.

En sus Sermones , bien léjos de imitar á muchos , á quienes transporta el aura popular con grave perjuicio de sus almas , se conducia con la mayor claridad y espíritu verdaderamente Apostólico , reprehendiendo con santa libertad los vicios , las torpezas , la profanidad , las usuras , y otros que eran la polilla de la República , y lo son en estos tiempos desgraciados. Por eso al oírle decian : Parecia un San Pablo. Algunos quisieron imitar su modo sólido y Apostólico en los Sermones , pero pocos ó ninguno llegó ; porque les faltaba la gracia y uncion del Espíritu Santo de que estaba bañada su alma , y la nobleza , sabiduría , lindos modos de decir , y sobre todo las brillantes Dignidades que adornaban su

sagrada Persona. Los hombres de mayor instruccion y mejor censura decian: *Es imposible oir un Sermon á este Santo Prelado, y no quedar convertido.* Entre estos así lo publicó y ponderó el V. P. M. Fr. Luis de Granada en la Vida que escribió del V. P. M. Avila.

En todos se redoblaba la admiracion al ver que despues de haber predicado como un Apóstol, sin contar con el descanso que pedia aquella fatiga, solia sentarse en el Confesonario en la Capilla de San Luis Obispo, donde lleno de caridad y mansedumbre oia á todos, hasta el mas pobre Morisco recién convertido.

Tenia muy presente el B. Ribera es muy propio del Prelado informarse de cerca, y ver las enfermedades de sus ovejas, para acudir las con la compasion y oportunos remedios; por lo mismo salia muy frecuente de Valencia á visitarlas, haciendo todo el gasto á propias expensas, y sin sufrir que los Curas y Cleros contribuyesen con solo un maravedí. En estas visitas para hacer



las mas fructuosas, y que la lluvia de instruccion fuese mas copiosa, llevaba por compañeros y coadjutores á S. Luis Bertran, con quien solia confesarse, á los Venerables Padres Dominicanos Anadon y Salamanca, á su Confesor el P. Escribá, al B. Nicolas Factor y Hermano Francisco del Niño Jesus, quienes le ayudaban en aquel santo ministerio, confesando, predicando, y haciendo otras espirituales funciones, con cuyos socorros libró á muchos de envejecidas y criminales costumbres, y les puso en los caminos rectos de la salvacion.

Quando sus enfermedades ó graves ocupaciones no le permitian salir á visita, enviaba zelosos Visitadores con órden le informasen de quanto juzgasen digno de remedio. A estas visitas freqüentes añadia muchas Cartas Pastorales que enviaba á los Curas en las fiestas de Navidad y Resurreccion, con que predicaba y curaba sus ovejas, aunque ausente de ellas.

## CAPITULO IV.

*Del gran zelo que empleó el B. Juan de Ribera en la conversion de los Moriscos del Reyno de Valencia.*

**E**l zelo verdaderamente Apostólico del B. Ribera , á manera de sol brillaba sobre justos y pecadores , se extendia á todos sus súbditos , procurando por todas vias , ó sus mejoras ó su conversion ; pero quien le llevaba , digámoslo así , la mayor parte de sus cuidados y afanes Pastorales , eran los Moriscos derramados por toda España , y en mayor número en el Reyno de Valencia. Eran estos gentes de dura cerviz , obstinados en su secta , y capitales enemigos de nuestra Santa Religion , de quien en muchas ocasiones hacian burla y desprecio. Llevaban sí el carácter del Bautismo ; pero en sus obras le desmentian , profesando el Alcoran y sus ritos brutales , y persuadiendo lo mismo á sus hijos aun despues de bautizados.

Lloraba inconsolable ver entre sus ovejas estas tan sarnosas, cuya compañía era un contagio, y causa de muchos pecados y atrasos en materia de piedad y religion. ¡O Dios, decia, y qué grande seria el gozo, que recibiera viendo á toda mi *Diócesi* libre de estos bárbaros enemigos declarados de vuestra Magestad divina, aunque al punto que me hiciérais, Señor, semejante gracia me quitarais la vida! Pasó luego de las lágrimas á las obras, meditando muchos medios para arrancar esta zizaña, y dexar limpio el campo y heredad del Señor. Supo que algunos bárbaros sostenian su incredulidad y supersticion, con decir no habia quien les instruyese en las materias de la Religion, por vivir en Lugares distantes, sin Iglesias, y sin Párrocos. Para hacerlos inexcusables en este particular, mandó fabricar Iglesias á sus expensas, y poner en ellas Curas; aumentó el número de Predicadores y Confesores, que fuesen confesando y predicando por los Lugares, señalándoles para su sustento de su mensa Episcopal todo lo necesario,

con facultad que para ello les diéron Gregorio XIII. en 1576, y Clemente VIII. en 1603.

No siendo fácil encontrar suficiente número de Sacerdotes seculares para estas santas empresas, se valió de los Prelados de las quatro Religiones Mendicantes, quienes le diéron por coadjutores doctos y exemplares Religiosos. A todos previno el zelo y dulzura con que debian conducirse: y de pronto les encargó no se escandeciesen contra las libertades y bestialidades de su secta, para no exâsperarlos y retraerlos de oír los Sermones y explicacion de la Doctrina Christiana: que primero les ponderasen la santidad de nuestra Religion, y las grandes utilidades que iban á lograr abrazándola, y que así ablandados y como ganados sus corazones, diesen asalto á sus entendimientos, ponderando lo falso, abominable y supersticioso de su secta, y su disonancia de razon y santas leyes de Dios. Que le administrasen el Bautismo y Matrimonio, asegurados primero sabian la Doc

trina Christiana. Que anduviesen muy cautos y mirados en darles la absolucion por la Pasqua, porque muchos hacian sacrílegas confesiones, callando su infidelidad y demas vicios sucios que les dominaban.

No contento nuestro B. Ribera con procurar ganar estas almas por agenas manos, él mismo salia y visitaba los Lugares mas remotos é intrincados, que jamas habian visto la cara de sus Prelados, y allí les exhortaba, predicaba, explicaba la Doctrina Christiana, deteniéndose en esta ocupacion un mes entero en solo un Lugar, sin que le detuviesen y embarazasen estos rasgos de su zelo, y efusiones de su caridad, lo áspero de los caminos, lo destemplado de las estaciones, las incomodidades de los alojamientos, y el haber de caminar todos los dias de un Lugar á otro.

En estas espirituales campañas y correrías llevaba por tropas auxiliares á S. Luis Bertran, al B. Factor, y otros, de que arriba se hizo mencion: á los Padres Anadon y Salamanca Dominicanos, quienes deponen, que predicaban

do el B. Ribera en Ribaroja y Benagua-  
cil, trasportado de zelo solia decir á  
los Moriscos: *Traedme aquí el muerto que  
queráis, y veréis como en testimonio de la  
fe que os predico, al punto le resucito, me-  
diante la gracia de Dios.* Son indecibles  
los trabajos que sufrió, los graves pe-  
ligros á que expuso su vida; porque los  
Moriscos le aborrecian de muerte, y  
aun le buscáron para matarle; pero por  
todo pasó intrépido, á fin de ganar aque-  
llas almas, y aumentar á Dios la glo-  
ria. Así se vió entre otras muchas oca-  
siones en *Vétera*: cerróse muchas ve-  
ces por espacio de dos y tres horas en  
la Sacristía de dicho Lugar con los Al-  
faquíes ó cabezas de la secta, y otros  
de los mas principales llamados Santo-  
nes, y en su lengua Marabutos, para  
tratar las materias de la Religion; es-  
perando que vencidos y ganados los ca-  
pataces, seria fácil conquistar los de-  
mas. Pero su dureza y obstinacion fué  
tan grande, que de ninguno pudo lo-  
grar unas ligeras pruebas y prendas de  
querer abrazar la Santa Religion que se  
les predicaba.

Viendo el B. Ribera inútiles sus esfuerzos , y fallidas sus esperanzas de ablandar y convertir aquellos duros corazones , clamó en los oídos del Rey, esperando el remedio de su espada y brazo poderoso. Ponderó á su Magestad los desórdenes sacrílegos de aquellas gentes , la ninguna esperanza de reducirlos , y la grave obligacion en que estaba de ocurrir con sérias providencias á males tan graves y añejos. Por medio de un sabio memorial que trabajó , suplicó á su Magestad hiciese entender á los Moriscos habia resuelto en su real ánimo hacer el último esfuerzo para llevar hasta el cabo su pretendida conversion. Le persuadió , que á los Moriscos que vivian mezclados con los Christianos viejos , no se les consintiese exercer oficios públicos , ni vivir solos en pueblo separado ; y finalmente , que este Decreto se publicase en todas las Diócesis de España, para que los Moriscos Valencianos no pensasen era producido por solo odio y encono contra ellos.

Porque es propio de un padre pru-

dente, ántes de proceder al castigo de sus hijos, usar medios blandos y suaves, el B. Ribera, ántes que el azote del Rey descargase sobre los Moriscos los golpes, que tenían bien merecidos, con facultades obtenidas de Clemente VIII., en 28 de Febrero de 1597 mandó publicar un perdón general de todos sus delitos, con licencia de absolverlos en el fuero interior, como les confesasen arrepentidos ante qualquier Confesor; y en el exterior por los Ministros del Santo Tribunal, detestando primero la apostasía, y demas errores de su bárbara y supersticiosa Religion.

Publicado el edicto, que duró año y medio, y se concluyó en 1600, esperando de tan eficaz providencia algun próspero suceso; salió otra vez á recorrer los Lugares de los Moriscos, donde su zelo hizo, digámoslo así, el último esfuerzo. Les buscaba por montes, cuevas y lugares ásperos, predicándoles la divina palabra, convidándoles y llamándoles con la boca llena de miel, ponderándoles los bienes, que iban á lograr en virtud del Breve ob-



tenido. Dirigia sus mayores miras y espirituales conatos á las cabezas de la secta, creyendo, que vencidos estos, su exemplo atraeria á los demas. Y porque sus manos no bastaban á tantas faenas, enviaba por los Lugares y Villas de Moriscos muchos Predicadores con instrucciones las mas sólidas y oportunas, y prevenidos de medios los mas dulces y suaves para no dar en falso los golpes, y reducir al aprisco del Señor tantas ovejas descarriadas. Para que anduviesen conformes en la enseñanza de las verdades de la Religion, les mandó llevasen entre las manos el Catecismo del Señor Ayala, y las reglas que en esta materia señaláron el Señor D. Jorge de Austria, Arzobispo de Valencia, y el Señor D. Antonio Ramirez, Obispo de Ciudad-Rodrigo, Comisario é Inquisidor Apostólico.

## CAPITULO V.

*El B. Juan de Ribera, viendo imposible la reduccion de los Moriscos, procura sean desterrados de España.*

Quando un accidente es tenaz y reacio, sin querer obedecer á las medicinas mas eficaces, se apela al hierro y al fuego por mas que le duela al enfermo. El B. Ribera, Médico perito de las almas, como queda dicho, habia aplicado á la conversion de los Moriscos quantos medios le sugerian su zelo, su caridad y su prudencia; mas viendo era gritar á sordos, y azotar los peñascos, acudió á los fuertes, pero precisos, para curar tantas y tan envejecidas enfermedades. Los Moriscos como áspides tapáron sus oidos por no oir los clamores de los Ministros del Evangelio: con desvergüenza inaudita se burlaban de los misterios y funciones mas santas de la Iglesia: se congratulaba un Pueblo con otro, quando entendia habian triunfado y resistido

á los clamores de los Ministros de Dios. El Alcoran, sus ritos y leyes brutales le tenían tan en el corazon, que le observaban á la letra, y escrupulosamente.

Para perpetuar su falsa secta y creencia tenían estrecha comunicacion con el Turco y demas Príncipes del Africa, y aun se supo por conductos nada sospechosos habian convidado al Turco para emposesionarse de España, ofreciéndole para esta expedicion muy prontos 1500 Moriscos, cuya empresa iba á executarse al año siguiente. Todas estas cosas y formidables aparatos hacian temblar á la Nacion entera, y al B. Ribera, que mejor instruido que otro alguno, supo para colmo de su afliccion tenia en su Diócesi 391 Lugares de Moriscos, y 170086 casas habitadas por ellos.

Los hombres mas sabios de aquellos tiempos, Obispos, Inquisidores, Prelados seculares y Regulares habian tenido entre sí muchas y sérias conferencias para hallar medios cómo poner en concierto y carrera de salud tantas gen-

tes infieles y perversas ; pero con dolor viéron las insuperables dificultades, y que era aspirar á imposibles hacer entrar en razon , y dentro los sagrados lindes de la Iglesia aquellas gentes ciegas y descaminadas. Así se lo persuadiéron al B. Ribera , y él lo tuvo por cierto enseñado de su propia experiencia. Por lo que , con representaciones varias y nerviosas , hijas de su zelo puro , y gran sabiduría , procuró persuadir al piadoso Rey Felipe III. era preciso arrojarlos de España , y alejar los males que amenazaban á su Real Persona , á la Nacion entera , y principalmente á la Fe y la Religion.

Como los grandes sucesos tienen siempre por contraste grandes dificultades , se aumentáron estas cada dia , y las daban bulto muchos Señores de vasallos , que perdian gruesas rentas con la salida de los Moriscos , por faltar tantos brazos para el cultivo de las tierras ; pero oidas sus poderosas razones y reflexiones , y viendo pesaban mas los intereses de la Monarquía y la Religion , accediéron gustosos á esta em

presa, digna de los hombros de un gigante. Lo era en verdad el B. Ribera, destinado por Dios para empresa tan de su gloria, y bien de su fieles hijos. Así lo entendió el Rey Felipe III., quien resuelto al exterminio de los Moriscos, según se lo persuadía el B. Ribera, por su carta le mandó tomase á su cargo la dirección, continuacion y feliz éxito de este asunto, que tenia en espectacion á España, y aun á la Europa entera. Aceptó el B. Ribera este real encargo y confianza, resuelto á llevarlo á un fin feliz, fiado en el poder de Dios. Con cuyo socorro todo se puede, como afirma el Apóstol S. Pablo.

Dispuestas ya todas las cosas con un secreto inviolable, y con el mejor pulso y finísima prudencia, el 22 de Septiembre de 1609 se publicó el Real Edicto, en que el Rey, convencido de sábias y gravísimas razones, mandaba saliesen de todos sus Dominios todos los Moriscos, y fuesen llevados al Africa á vivir con Mahoma, ya que no habian querido seguir, ni aun ver el Estandarte glorioso de Christo y su

Santa Religion. Viendo ya el B. Ribera tan bien logrados sus santos deseos y vastos proyectos, no pudiendo contener y ahogar en su pecho el gozo de ver iba á arrancarse del campo del Señor la zizaña, subiendo al Púlpito de la Catedral, con un Sermon pio, eloqüente y nervioso lo manifestó á todos sus súbditos, ponderándoles las grandes ventajas, que esta expulsion y destierro de los Moriscos iba á producir al Estado y la Religion. Hizo tanta impresion en todos el texido de sus razones, que muchos que vacilaban sobre el asunto, y no osaban declararse por el acierto, á voz en grito lo celebraron, ofreciendo para su execucion aunque fuesen todos sus bienes temporales.

Luego escribió varias cartas é instrucciones á todos los Curas, enseñando los modos mas atinados con que debian conducirse en este negocio; y previniéndoles hiciesen públicas rogativas ante el Santísimo Sacramento. Misericordioso las oyó el Señor, y con su amorosa providencia y proteccion sa-

lió tan acertado el proyecto de la expulsión, que en dos meses salieron del Reyno de Valencia 15000 Moriscos, y de los demas dominios de España 40000, sin contar los muchos que se escondieron y emigráron á países extraños, que todos llegarían á 90000. Y lo que causa admiracion, y debe sacar lágrimas de consuelo, es saber se hizo todo con paz y sosiego, sin perecer un Christiano, ni derramarse una sola gota de sangre, lo que mucho ántes habia predicho el Santo Prelado.

Quedó el B. Ribera tan lleno de gozo y satisfaccion al ver á sus ovejas ya libres de aquellas tan sarnosas, y limpio el campo del Señor de aquella maldita zizaña, que bañados sus ojos en lágrimas, y saliéndole por la boca el corazon, se derramó en la presencia del Señor con estas afectuosas expresiones: *¡O Dios mio! ahora, Señor, ahora dexad ya morir en paz á este vuestro indigno siervo, que ya como siempre contento os dará la vida, siendo vuestro gusto el privarle de ella, pues le habeis dexado ver ya con sus ojos lo que tanto ha*

*deseado su ansia, que era siempre mirado sin aquellas irreverencias y menosprecio de vuestra Ley santa, venerada, honrada y servida con espíritu de verdad en mi Iglesia vuestra Magestad divina.*

Fué universal este gozo en todo el Reyno, la Monarquía, y en el corazón del Rey y sabios Ministros, á quienes escribió reverentes enhorabuenas, que todos le retornáron como autor de una obra digna de la inmortalidad, y de pasarse á la posteridad entre aplausos y aclamaciones. Así como pasada una recia y deshecha tempestad, salen los paxaritos á espaciarse por la atmosfera y desahogar á su modo el gozo con danzados giros, con entonar trinos y gorgoros nuestro B. Ribera, que hasta entónces ya en público, ya en secreto lloraba las ruinas de la Monarquía y la Religión por la compañía contagiosa de los Moriscos, salidos ya estos de España, y gozando ya esta su Diócesi de paz, serenidad y tranquilidad, salió á visitarla, y dar á sus ovejas, y á sí mismo mil parabienes por la comun felicidad tanto tiempo suspirada, y ya fe-



lizmente lograda. Se redobló su consuelo en los Lugares, que habian sido de Moriscos, viendo ya adorada el Arca del Testamento en el mismo lugar donde ántes Dagon, el Alcoran y supersticion habian logrado sacrílegas adoraciones. Así se vió entre otros muchos exemplares en *Vétera* al querer entrar en la Iglesia donde ya se adoraba el Santísimo Sacramento: fué comprehendido de tal devocion y fervor, que arrodillado en los umbrales de su puerta, los besó y regó con sus lágrimas, y despues llorando, y arrodillado como estaba, prosiguió hasta el Altar, donde su enamorado corazon como mongibelo se desahogó en ternuras y afectos de reverencia y amor.

Para excitar en todos sus súbditos la gratitud con Dios, autor de obra tan grande y gloriosa, les ponderó las grandes ventajas que ella les produjo en lo espiritual y temporal; y que esta Diócesi, que á trechos parecia un erial, una madriguera de fieras, habia quedado un delicioso jardin, donde se veian abundantes flores y frutos de honor y

honestidad, dignos de dar honra á Dios, lustre á la Iglesia de Valencia, y aun de ocupar los Altares. Y añadió, que haberse empezado la expulsion primero por el Reyno de Valencia, era premio de la devocion al Santísimo Sacramento, que él tiene como mejor finca y Mayorazgo.

No salieron fallidas las promesas y anuncios del B. Ribera, porque luego floreció tanto este Reyno en virtud y santidad, que en su tiempo se contaban once causas de Beatificacion, que se seguian en Roma; sin contar otros grandes siervos de Dios de ambos sexos, cuya memoria es muy agradable á los Valencianos, y cuyas virtudes y exemplos son continuos, y grandes despertadores y predicadores, que enseñan á seguir lo que Dios manda y le place. Hasta el Clero, que padecia algunas menguas y eclipses, quedó con este motivo tan reformado y ajustado á sus deberes, que no dudó el B. Ribera decirle al Rey Felipe III. quando vino á Valencia á desposarse con la Sra. Doña Margarita de Austria: *Señor, ha de*

*saber vuestra Real Magestad, que mis Clérigos y súbditos suyos viven como Teatinos reformados, y aunque no son muchas sus rentas, parecen unos Obispos pequeños.*

Este suceso ruidoso y glorioso, obra de las manos, zelo, santidad y prudencia del B. Ribera, dió un grito en toda Europa, y dividió en varias opiniones á muchos políticos, ó poco instruidos en la materia, ó poco devotos y religiosos; pero la Santa Sede, que tiene en sus manos el peso fidelísimo del Santuario, y exâmina los asuntos con la exâctitud y rigor, que cabe en lo humano; habiendo exâminado este punto en una Congregacion celebrada ante el Pontífice de gloriosa memoria Benedicto XIV., declaró este era un hecho glorioso, heroyco y digno de eterna alabanza. Así consta por su Decreto de 30 de Septiembre de 1756.

## CAPITULO VI.

*Del gran concierto que puso en su Palacio el B. Juan de Ribera , y cuánto veló sobre la conducta de sus Domésticos y familiares.*

**E**l Sol , ojo grande del mundo , abundantísimo de luces y resplandores , los deriva sobre los montes y valles , hasta los ángulos mas remotos y desconocidos del mundo : debiéndose decir , nadie hay que se esconda de su calor. Aunque tan grande y magestuoso , no se desdeña enviar sus rayos é influxos por rústicas claraboyas hasta las entrañas de la tierra , donde engendra preciosos metales , que sirven á los hombres para su regalo y comodidad , para su esplendor y ornamento ; y á veces tambien para su condenacion , si no usan de ellos segun las reglas de christiana prudencia , y santo temor de Dios.

El B. Ribera , Sol hermosísimo de sabiduría y santidad , que el Señor hizo

amanecer sobre Valencia y su Arzobispado, derivaba sin cesar las luces de su sabiduría, los ardores de su zelo y santidad sobre todas las Ciudades, Villas y Lugares, viéndose en todas huellas y señales de su santo y atinadísimo gobierno; pero para que se verificase, que nadie se escondia de su calor, se entraba por todas las piezas y rincones de su Palacio, obrando en todos sus moradores quanto convenia á sus almas y conducta, y arrancando qualquier cosa que pudiera empecerles, y hacerles ménos dignos de la gracia y agrado de Dios. Era esto en tales términos, que su Palacio mas parecia un Monasterio de santos Religiosos, que Palacio de un Príncipe tan grande. Tenia siempre la mira solo entrasen en él, y entendiesen en su servicio sugetos de probidad, y de conducta muy concertada, á quienes destinaba, si eran seculares á los officios baxos y humildes, y si Eclesiásticos á los decentes y honrosos.

No permitia entre sus familias juegos, ni otras diversiones en que el tiempo se pierde, y aun se horrorizaba si

G

veia instrumentos de estas profanas diversiones. Con efecto en cierta ocasion subiendo la escalera de su Palacio, vió esparcida por ella una baraja de naypes, y luego exclamó admirado: ¡*Dios me libre! ¿naypes en mi casa? ¿qué novedad es esta?* Y sin osar tocarlos ni con sus zapatos ni borde del vestido, subió de puntillas. Si alguno ménos dócil se resistia, y no cumplia sus avisos y exhortaciones, al punto era despedido de Palacio; pero con tanta cautela, que ninguno podia atinar el motivo de esta despedida. La modestia y compostura de los suyos en todas sus acciones y funciones, era objeto que le llevaba gran parte de sus desvelos, sin poder sufrir en este particular la menor falta. Así se vió en un Page suyo, que dexó en Palacio miéntras estaba de visita en Xátiva. Supo hablaba desde una ventana de Palacio con una muger vecina: al punto mandó le proveyesen de todo lo necesario para el camino, y que saliendo de su Palacio se volviese á su casa, con severa prohibicion de pasar otra vez á Valencia.

Este zelo y desvelo del Prelado hacia andar á todos los domésticos tan medidos, y tan sobre sí, que jamas les viéron en las funciones públicas y profanas, que son freqüentes en la Ciudad de Valencia. Tenia un gran número de Pages, mas no para hacer alarde de su grandeza, sino para que se criasen en su casa con santo temor de Dios, y á su tiempo pudiesen ser útiles y edificantes en sus respectivos destinos. Solo se servia de ellos quando tenia Ordenes, Consagraciones, ó celebraba de Pontifical; cuyas funciones queria fuesen muy lustrosas y pomposas, para así imprimir en todos una alta idea de la infinita grandeza de Dios, que es su objeto.

Porque sus muchas ocupaciones no le permitian atender por sí solo á su enseñanza y medras en letras y virtud, les tenia ayos y maestros tan pios y sabios, que algunos llegaron á la alta dignidad de Obispos: con todo, hurtándose á ellas algunos ratos, por sí mismo les preguntaba y exâminaba de las materias que estudiaban, para sa-

ber si aprovechaban y se aventajaban: y por menor se informaba, y exígia de ellos si tenían oracion mental, si rezaban el Santísimo Rosario, y si todos los dias rezaban el Oficio Parvo de la Vírgen, cuyas devociones á todos estaban mandadas.

Una crianza tan fina, tan política y tan christiana era admirada y alabada de toda la Ciudad y Reyno, y aun en la Corte donde la fama informó de ella. Por eso los Caballeros y Señores mas principales del Reyno y la Monarquía procuraban que sus hijos aprendiesen letras y virtud en el Palacio del B. Ribera, muy seguros habian de salir muy medrados con tanta política y santa enseñanza. No les saliéron fallidas estas esperanzas, porque fuéron muchos los que se criáron y educáron en su Palacio con tanta virtud y perfeccion, que muchos llenáron los Cabildos, ilustráron las Mitras, diéron lustre al Sacro Colegio de los Cardenales, y á los principales Tribunales de la Nacion.

La vanidad y el fausto, que suelen anidarse en los Palacios de los Prínci-



pes, y sentarse allí como en su trono, fuéron como género de contrabando en el Palacio del B. Ribera, y anduvieron muy léjos de allí. Jamas consintió vistiesen sus familiares ropas de seda, cuya ley se impuso y observaban todos, aunque algunos eran Grandes de España, nacidos y criados entre finísimas holandas, sin dispensar de esta ley á sus sobrinos hijos de Doña Catalina de Ribera su hermana: debiendo todos vestir de estameña á imitacion suya, que siempre quiso vestir de lanas. Las modas, usanzas, melindres y afeminacion, achaques de que freqüentemente adolecen los jóvenes, estaban odiadas en Palacio, y desterradas como locuras hijas del seso desconcertado de algunos; debiendo todos portarse con modestia y moderacion, qualidades de hombres christianos y sesudos, que edifican y enseñan con solo dexarse ver.

Para que aprendiesen esta modestia y demas virtudes christianas, procuraba su zelo, y aun mandaba bebiesen freqüentemente en la fuente inagotable de santidad la Santísima Eucaris-

tía, que todos bien confesados y prevenidos debían recibir en las festividades de Christo y la Vírgen. Para que algunos con algun colorido ó frívolo pretexto no dexasen de asistir á tan celestial convite, él mismo les administraba la Santísima Eucaristía; motivo que hacia andar á todos muy advertidos sobre el cumplimiento de esta santísima y fructuosísima devocion. Muchos salían muy medrados en virtud de esta celestial mesa y convite, por lo mismo le merecian especiales cariños y confianzas; pero los que como enfermos no se adelantaban con este celestial manjar, y demas medios de virtud que les proporcionaba, les recibia con semblante algo severo, y sin los halagos de su genial afabilidad.

A todos sus criados acudia con copiosos salarios, y los que advertia mas diligentes en su servicio y en el de Dios, recibian sobre él algunos donecillos de estimacion. No solo se portaba con ellos como superior, sino tambien como amoroso padre. Para darles prendas de esta dulce qualidad, todas las noches des-

pues de cenar les admitia á su audiencia por espacio de una hora oyendo sus aflicciones, trabajos y miserias, y tambien sus justas pretensiones; á quienes lleno de caridad y dulzura acudia con el consuelo y necesarias instrucciones, para poderse vadear con felicidad, y sin dar consigo en tierra con la carga.

Finalmente, hecho un Argos sobre las acciones y conducta de todos sus domésticos, se informaba por menor y escrupulosamente de todos sus pasos y acciones aun fuera de casa: no ocultándose á su noticia y perspicacia la menor falta de ellos, quienes viendo su corazon siempre patente á los ojos de su amo, llegaron á decir no podia saberlo sin revelacion, y luz especial del Cielo. Con estos modos tan finos y santos de conducirse con su familia, llenó todas las obligaciones de un superior, de un padre, de un Pastor vigilantísimo.

## CAPITULO VII.

*De la magestuosa Capilla , y Colegio de Corpus Christi , que fundó y dotó el espi-ritu magnánimo y devoto del B. Juan de Ribera.*

Vamos á hablar de un objeto grandioso y magestuoso , que tiene por testigos á toda la Ciudad y Reyno de Valencia , á toda España , y aun osaré decir á toda Europa : pues los ojos de todos son Censores para aprobarlo y aplaudirlo , no han menester otras pruebas , que entrar en dicha Capilla y Colegio. Por lo mismo juzgaba cosa no tan precisa hablar aquí de esta materia ; con todo dirémos algo , aunque sea un ligero bosquejo , y presentar la cosa como en globo , y en perspectiva.

El B. Ribera sabia , que por hijo de la carne y pecado original de Adan, estaba comprehendido en la sentencia de muerte , que Dios intimó á aquel y sus descendientes , y renovó y publicó con mas expresion el Apóstol S. Pablo:

y que salido del mundo espirarian su zelo y sus afanes por el bien de las almas, y gloria de su amado Señor Sacramento. Por lo mismo deseando perpetuar hasta la fin de los siglos su ardentísima devocion al Santísimo Sacramento, que llenaba é inflamaba todo su corazon, y la enseñanza de la juventud, para proveer de Ministros idóneos y virtuosos á las Iglesias del Arzobispado de Valencia, movido de superior impulso y de las luces, que en la oracion Dios le habia comunicado, resolvió fundar, y con efecto fundó la Real Capilla, el Colegio y Seminario, que quiso llevase á su frente el glorioso título de *Corpus Christi*.

Esta Capilla es magnífica y magestuosa, labrada con todas las reglas y primores de la Arquitectura mas sólida y celebrada; la adornan finísimos jaspes, y barandillas en las Capillas de bronce colado; la enriquecen un gran número de vasos sagrados de oro y plata, para la mayor decencia y magestad en los sacrificios y demas funciones sagradas; Ornamentos ricos y costosos,

que la ponen al nivel de las mas provistas en este ramo de la Ciudad de Valencia; y un Relicario ó depósito de sagradas Reliquias las mas preciosas, raras y peregrinas, ya de Santos, ya de María Santísima, ya de Christo, engastadas en preciosos Relicarios de plata y oro, las que se muestran al Pueblo todos los Viérnes del año por la mañana, excitando en los espectadores la devocion, la admiracion y el asombro: ponderando todos no hay cosa igual en toda la Ciudad y Reyno.

El nicho del Altar de la Capilla mayor le cubre un lienzo de la Cena de Christo con sus Apóstoles, obra del valiente pincel de Ribalta, famoso Valenciano. En el nicho está colocada una primorosa y devotísima Imágen de Christo crucificado, cuya cabeza dice el B. Ribeza es tradicion ú opinion harto fundada fué fabricada por manos de Angeles. Todos los Viérnes del año despues del Oficio, baxando al Presbiterio toda la Capilla, y descubierta esta Santísima Imágen se canta con música lúgubre y patética el Miserere por los que

están en pecado mortal. Todos los Jueves del año se descubre el Santísimo Sacramento por mañana y tarde mientras los Divinos Oficios, y concluidos, con asistencia de toda la Capilla, se cantan ciertas preces por la mañana, y por la tarde la Letanía del Santísimo Sacramento, la qual concluida se reserva.

La Capilla se compone de un número muy competente de Músicos, con algunos Mozos de Coro, y seis Infantillos, los quales cantan los Divinos Oficios con tal gravedad, pausa y mediacion, que inspiran devocion y ternura, y quando el canto es figurado, es la música tan concertada, grave y patética, que sobre distar leguas enteras de la teatral, es tan acorde, que hubo quien dixo: que si los Angeles realmente baxasen á cantar, no cantarían de otra manera. Para ministrar en el Altar y demas funciones sagradas hay seis Acólitos, sugetos graves y modestos, que con un compas y concierto admirables desempeñan sus officios. Quatro Monacillos para ayudar las

Misas, y dos que á cada una acuden con incensarios, y ofrecen incienso al levantar las Sagradas Especies. Todas estas cosas, y otras que omito, que pedian una muy prolixa narracion, hacen á la Capilla ó Templo tan devoto, y lleno de uncion, que nadie entra en él, que no se modere, y se revista de gravedad y modestia, sintiendo como una fuerza interior, que á ello dulce y eficazmente le obliga. Haciendo un mismo cuerpo con la Capilla está el Colegio y Seminario, edificio tan magestuoso, y de Arquitectura tan primorosa, que tiene en dulce suspension á quantos entrando por sus puertas le observan y registran. Para hablar dignamente de esta fábrica es menester la inteligencia de un célebre Arquitecto, y tener bien sabido su lenguaje, y modo de explicarse en la materia: y como esto para mí es muy peregrino y forastero, me contento con decir, que es el edificio mas magnífico de la Ciudad, ó quando ménos, que compite con los mas famosos y soberbios.

En él consumió quando ménos 4000



escudos, sin faltar por ello á las limosnas y obras pias, y demas obligaciones de que estaba cargada la Mitra; porque consumió liberal el rico y grueso patrimonio, que heredó de su padre. En todo le llevó y animó un espíritu magnánimo; pero tambien sólidamente pio y religioso. No buscó en esta obra su gloria y nombre, sí la honra de Dios, y bien espiritual del Arzobispado. Así lo verá el Lector, si lee atentamente lo que dexó escrito en sus loables Constituciones de la Capilla y Colegio, donde cada cláusula es una llamarada de su amor á Christo Sacramentado, que latia en su pecho; y de ardiente amor á los próximos, que le tuvo hasta su dichosa muerte en un continuo y santo afán.

## CAPITULO VIII.

*El B. Juan de Ribera es elegido Virey y Capitan General del Reyno de Valencia, y quan escogidamente desempeon este lustroso y elevado Oficio.*

Como el B. Ribera era una luciente antorcha puesta sobre el candelero de la Iglesia, alcanzaban  todos sus luces y resplandores: no habiendo siquiera uno que no admirase tanta sabiduría y santidad, tanto zelo, discrecion y finísima prudencia. Estos golpes de prudencia, sabiduría y santidad sonaban continuamente en los oidos del pisimo Rey Felipe III., quien juzgaba al B. Ribera digno de desempeñar ventajosamente qualquier oficio, aunque fuese civil y político. Iba  vacar el de Capitan General de Valencia, por ascenso  Nápoles del Exc.<sup>mo</sup> Conde de Benavente, que le regentaba. Tendió el Rey la vista sobre muchos Príncipes dignos de esta confianza y honor, y llegando al B. Ribera, le halló digno sobre todos

de esta lustrosa ocupacion. Con efecto, por su Decreto de 29 de Octubre de 1602 fecho en Córdoba, donde se hallaba su Magestad, le nombró Virey y Capitan General de Valencia, creyendo hacer en ello un gran servicio á Dios y al Público.

Oyó el B. Ribera esta real resolucion y nombramiento, y luego encojiéndose de hombros, dió una ojeada á su persona y méritos, y juzgándolos muy inferiores, derramó muchas lágrimas, que exprimia el dolor y pena de su corazon, y á continuacion hizo esfuerzos para librarse de esta nueva carga; pero conociendo era voluntad de Dios, á quien siempre miraba por norte y apoyo de todas sus empresas, dobló su cerviz, y admitió la nueva dignidad y oficio, de que con las formalidades de estilo se emposesó en 3 de Diciembre de 1602, consagrado á San Mauro Mártir, Patron de su Colegio.

Luego que empuñó la espada de Capitan General, acordándose dixo David, que la justicia y la paz se diéron un santo ósculo, procuró establecer es-

ta en todo el Reyno en las familias, y en todos los cuerpos Civiles y Eclesiásticos, valiéndose de aquella, y mirándola por norte y móvil de todas sus acciones y empresas. Su primera y principal mira fué, que las leyes de Dios y del Rey fuesen exâctamente cumplidas, resuelto á no sufrir por respeto alguno en su observancia el menor fallo y vacío. Conociéndose autorizado, y con bastantes fuerzas para alcanzar tan interesantes objetos, solia decir á sus mayores confidentes con una santa alegría: *Es sin duda, señores, cosa grande empuñar la espada de las dos jurisdicciones; porque esta de dos filos es la que hay mas á propósito para cortar vicios, plantar virtudes, y hacer que Dios no sea ofendido con tantos pecados.*

Pero teniendo presente, que Dios en medio de sus justas iras no olvida su misericordia, aunque resolvió ser exâctísimo en la administracion de la justicia; mas nunca hacia valer sus derechos y fuerza sin que precediesen las dulzuras de su misericordia. Veia culpados, veia delinqüentes, les pro-

curaba reducir y poner en tono por mil modos suaves, ya avisándoles en secreto con la boca llena de risa, ya en público con cierto ayre de severidad, deseando con todo su corazon no verse en la dura precision de hacerles sentir los golpes de su espada justamente vengadora: pero si tercios y reacios continuaban en sus desórdenes y desbarros con injuria de Dios, del Rey, y del público exemplo, arrimada la blanda condicion de cordero, tomaba el temperamento y carácter de leon, castigándoles hasta hacerles pagar con igualdad toda la gravedad de sus delitos, sin que pudiesen doblarle el brazo, ni las intercesiones, ni la nobleza, ni el ser de alto carácter el delinquente.

Así se vió en un Caballero titulado de esta Ciudad, á quien tuvo algunos meses en la cárcel por sus torpezas y escándalos, y entregado á todo linage de mundanas y criminales diversiones, sin que le valieran las intercesiones de un Príncipe de la primera nobleza de España, ni haber ido

H

en persona tres veces su muger á pedir la libertad de su marido: la que solo concedió quando la justicia quedó plenamente satisfecha, y fué desterrada á Mallorca la dama ocasion de los extravíos de aquel Caballero.

Esta justicia tan recta, y santo teson en castigar lo malo del B. Ribera, dió tal grito en todo el Reyno, que amedrentados los ladrones, adúlteros, blasfemos, y demas castas de pecadores, se expatriáron y desterráron voluntariamente á otros Reynos, diciendo á los de su linage, que encontraban por los caminos, se guardasen del *Miser Juan*. Así llamaban al B. Ribera por desprecio los Bandoleros. En esto imitaban á algunos Romanos díscolos, quienes exhortándose á cautelarse, y no caer en manos de la Justicia en tiempo de Sixto V., se decian: *Memento Sixtum adhuc vivere*. Tened presente, que aun vive Sixto V.

Aun ántes de empuñar el baston de Capitan General, sintiendo vivamente dominase en muchos el vicio sucio de la torpeza, hizo nerviosas representa-

ciones á los Reales Ministros, para que atajasen estos males tan contrarios á las leyes de Dios y al buen exemplo; las que no surtiéron efecto, sin duda porque negocios de mayor monta tenían ocupados los corazones y entendimientos de aquellos íntegros y sabios Ministros: pero luego que se vió revestido de la dignidad de Capitan General, y empuñó la espada de dos jurisdicciones, que solia llamar *de dos filos*, se aplicó con todas sus fuerzas y autoridad á desarraigat este vicio abominable, que S. Bernardino de Sena llama *red barradera del demonio*. Puso en paz y santa union muchos matrimonios divorciados, castigó con rigurosa cárcel á muchos atollados en este vicio, sin embarazarse en el carácter y alto nacimiento del delinqüente.

Estuvo tan léjos de llevar la mano blanda en esta materia, que le desagradaba mucho que le hablasen é intercediesen por semejantes personas. Así lo experimentó el V. P. Fr. Juan Ximenez de los Descalzos de S. Francisco, y muy confidente suyo. Llevado de

Su caridad abogó ante el B. Ribera por una muger, que estaba condenada á destierro por sus liviandades, y abrigar en su casa mugeres de su casta y ralea, alegando era muger bien nacida, sobrado moza, y nada fea, qualidades que le parecia convencian de falsas las acusaciones producidas contra ella en su justo Tribunal. A que respondió con entereza: estaba bien informado, que era muger liviana, y fomentaba en su casa liviandades: y que quando volviese por la respuesta, la hiciese entender, cumpliese luego lo que estaba mandado; con el bien entendido, que de lo contrario la mandaria dar como á otras cien azotes montada en un borrico, y llevarla atada al destierro.

Como los ojos de los Superiores no pueden andar sobre todos los súbditos, si son muchos en número, y mucho ménos sobre una populosa Ciudad, y aun un Reyno entero; para que ningun delito se escapase de su vigilancia, y quedase sin castigo ó sin correccion, tenia Ministros con crecidos salarios, que como perros venteros iban zelando y



exâminando la conducta de todos, con órden de darle aviso de qualquier cosa digna de remedio ó de castigo. Los que en esto eran fieles y puntuales merecian su confianza, y algunos regalos ya de diez, ya de mas escudos sobre su salario; pero los que dominados de la avaricia, abrian mano al cohecho, y disimulaban, experimentaban su severidad, hasta salir temblando muchas veces de su presencia, y despedidos para siempre de ocuparse en negocio de tanto interes para el bien público. Ningun respeto humano bastaba á hacerle torcer la recta vara de su justicia, aunque fuesen órdenes de la Superioridad, si vistas y leidas juzgaba eran contrarias á Pragmáticas y Reales órdenes: suspendia su cumplimiento hasta representar los inconvenientes en que tropezaba: con cuya diligencia, ó se retiraban, ó se reformaban.

Como la sabiduría habita en los Consejos, y en ellos se deciden con acierto los mayores negocios, poco satisfecho con su continua oracion, en que humilde pedia á Dios el acierto en

todos los asuntos, tenia á mayor abundamiento un consejo de los Juristas mas sabios é íntegros con buenos salarios, sin cuyo consejo y aprobacion no ponia el sello á causa alguna. Muchos de estos fuéron tan eminentes en sabiduría y justificacion, que merecieron de los Reyes Felipe II. y Felipe III. los primeros officios de la Monarquía.

Teniendo siempre en su corazon establecer y conservar la paz en el público y en todos sus súbditos, procuró con un zelo verdaderamente activo quitar todas las ocasiones de tumultos, sediciones y escándalos, que suelen ser funestos frutos de las concurrencias en casas de juegos, donde los araganes y gentes de vida rota ocupan la mayor parte del dia. Toda esta mala raza de gentes era objeto de su exécracion, mandando cerrar dichas casas, y á ellos en calabozos, donde pagaban su merecido; librándose solos de sus manos justamente castigadoras, los que con la fuga buscaban su impunidad. Para que no cundiese esta casta de gentes libres y perdidas, tenia mandado todos los dias

le diesen noticia de quantos forasteros venian á tratar negocios en Valencia, expresando sus nombres y apellidos: y que las calles por la noche estuviesen iluminadas, y así se excusasen los delitos mas vergonzosos, que suelen correr impunemente al abrigo de las tinieblas.

Sobre ser Juez de todos, tambien era Padre amoroso: y para que á todos alcanzasen las blanduras de este dulce carácter, todos los dias despues del consejo daba audiencia á todos, escuchando sus súplicas y pretensiones con sosiego y benignidad, y dándoles todos aquellos consuelos que sufría la materia. Esta providencia hacia, que todos los Ministros de Justicia anduviesen muy advertidos y sobre sí, temiendo que en el Capitan General hallarian la reprehension ó el castigo, si no eran los que debian. Uno de estos Ministros experimentó la justa severidad del B. Ribera, y previniendo su indignacion varió y mejoró cierta resolucion, que habia concebido en su ánimo. Se exâminaba en justicia la causa de una pobre

viuda, y por mas que su derecho era harto notorio y justificado, iba á oír una sentencia contraria; porque el Juez, vencido del peso del cohecho, y de la dádiva, habia resuelto fallar á favor del contrario. Informado de ello el B. Ribera entró en la Sala al otro dia, se informó del Juez de la causa, y del estado de esta, mandando se estudiase el punto, y al dia siguiente sin falta se resolviese. Esta entereza y presencia de ánimo con que habló, trocó tan felizmente el corazon del Ministro cohechado, que dexándose solo vencer del peso de la justicia, falló á favor de la pobre viuda: de cuyo hecho se pasmáron todos, y el mismo Juez, quien atribuyó su mudanza y mejora de resolucion á influxo de la divina gracia, obtenida por los méritos del B. Ribera. Así se lo contó él mismo á D. Pedro Gines Casanova, Obispo de Segorbe, que lo depone como uno de los milagros que hizo Dios para acreditar y premiar la justicia invencible del B. Ribera.

Un manejo tan justo y santo en su gobierno, que siempre siguió el B. Ri-

bera , produjo los efectos mas admirables , que pasmáron á los mismos que los veian y palpaban ; porque andando los tres años de su gobierno , no sucedió desgracia alguna , ni robo , ni muerte violenta , ni escándalos , que pudiesen manchar el candor de los que otras veces se habian dexado llevar de la corriente de la maldad. Cosa por cierto rara y casi milagrosa en una Ciudad populosa como Valencia , donde la variedad de genios y condiciones , y la mezcla de gentes de varios Reynos , y aun naciones , suele siempre producir alguna licencia y desórden , que fatigan harto el zelo de los que la gobiernan.

Y lo que pone mas admiracion , y se eleva sobre las reglas comunes es , que los mismos á quienes castigaba por sus excesos , les sabia ganar despues con su trato tan fino , agradable y dulce , que ellos mismos aplaudian la justificacion y rectos procedimientos del B. Ribera. Así lo confesó un Caballero titulado de Valencia : oia que algunos hablaban con variedad de la justicia y conducta del B. Ribera , y luego les sa-

lia al encuentro diciendo, no era justo poner mancha donde no la habia; que si alguno podia quejarse del B. Ribera era él por los pesados castigos que habia recibido de su mano; pero que conocia le habian sido provechosos, y que en ellos nunca habia traspasado los lindes de las leyes; pues él y su familia habian mejorado mucho aun en los bienes temporales.



# VIDA

DEL B. JUAN DE RIBERA.

## LIBRO III.

Quánto se exercitó, y quán constante fué en la práctica de todas las virtudes el B. Juan de Ribera.

### CAPITULO I.

*De la virtud de la Fe, quán viva la tuvo, y quánto esmero puso en exáltarla.*

En los dos libros que anteceden, hemos hablado en general y como en grueso de las grandes virtudes que adornáron el alma del B. Ribera, y le levantáron á la cumbre del heroismo: he-

mos puesto de manifiesto algunos rasgos de su humildad, su caridad, su zelo, su abstinencia, su penitencia, y demas que forman el carácter de un héroe Christiano. En este vamos á desplegar el paño sobre el mostrador, y hacer ver cuánto se esmeró y brilló en cada una, y en todas las virtudes; y como la primera en órden y teologal es la Fe, vamos á decir quán viva la tuvo, y quán activa para emprender las mayores hazañas en gloria de Dios y de su Santa Iglesia.

Apénas contaba á su edad algunos lustros, ya reynaba en su alma una Fe tan viva, que atropellaria con las mayores dificultades y trabajos á fin de conservarla. Mirábala como la mejor finca y mayorazgo de un Christiano, y procuraba caminar en todas sus empresas al abrigo de su luz y direccion, sabiendo es la pauta infalible para toda obra buena y meritoria. Tres veces en sus floridos años, como hemos visto, intentó el demonio amancillarla y aun arrancarla de su entendimiento y corazón, inspirando á su padre, sin en-



tenderlo él, pusiese á su lado sucesivamente por maestros tres hereges Luteranos, para que insensiblemente bebiese el veneno, que hombres de esta casta y ralea destilan por sus labios, y todas tres fué rechazado, huyendo de aquellos monstruos, como de aliados del demonio para fabricar su ruina y perdicion, sin que el precepto de su padre, y otras artes de que se valió, pudiesen ablandar la constancia de su pecho sólidamente católico.

Parece bebió con la leche el odio á estos enemigos de la Iglesia, de quienes con santo ardimiento decia: *Que eran unos viciosos é ignorantes, y que si dexaban la Santa Fe Católica Romana, era por querer vivir muy segun la ley de sus gustos y pasiones.* Este amor á la Fe Católica en que habia nacido y sido educado, le comunicaba un gozo indecible, siempre que oia que las armas Católicas habian arrollado y deshecho á los hereges; y que los Príncipes hacian alianzas, para con mayores fuerzas unidas dexarse caer sobre ellos. Igual dolor experimentaba

si entendia que en algun combate habian sido vencidos los Católicos, ó que sus Príncipes celebraban paces, treguas y confederaciones con los hereges.

Con efecto, habiendo entendido, que el piadoso Rey Felipe III. habia consentido á los Ingleses el trato y franco comercio en toda España, concibió tal dolor, que no pudiéndose valer y sostener con la profunda reverencia, que se debe á la Magestad, presentó un memorial animado de las razones mas sólidas, sacadas de la Escritura y Santos Padres, en que le ponderaba los graves inconvenientes que de ahí iban á seguirse al Estado, y á la Religion. Vióle el Rey con reflexión, y como el corazon del Monarca era tan dulce, tan animado de los verdaderos sentimientos de la Fe y la Religion, se dignó responderle en una carta su fecha 13 de Agosto de 1608, en extremo sólida y juiciosa, en que despues de haber alabado su zelo por la Religion y su real servicio, expuso las sólidas razones que á ello le mo-

viéron , y las cautelas que se habian tomado para que esta comunicacion jamas fuese contagiosa y perjudicial á la Religion y las costumbres.

Aunque pudiera , con todo no se acalló el zelo verdaderamente ardiente del B. Ribera. Repitió otra carta exponiendo nuevas razones , á que el Rey, lleno de una amorosa condescendencia, respondió dándole las mayores seguridades de haber procurado de muchas maneras poner en salvo y á cubierto los sagrados derechos de la Religion, y la pureza de las costumbres. Andando estos esfuerzos y officios á favor de la Iglesia y Santa Religion Católica, entendió que en Sevilla su patria los hereges , que allí comerciaban , no hacian reverencia al Santísimo Sacramento , quando por Viático le llevaban á los enfermos. Fué su dolor tan vivo al oír esta nueva , para su espíritu funestísima , que al momento tomando la pluma escribió á su Magestad pusiese remedio á estos males , y enfrenase con su soberana autoridad el sacrílego orgullo y avilantez de aquellos enemi-

gos declarados de la Iglesia. Accedió el Rey gustoso á sus instancias y supplicas , mandando por su Real Decreto , que luego los Protestantes oyesen la campanilla del comulgar , volviessen por otra calle , y así se excusasen las sacrílegas irreverencias , que tanto injuriaban la Magestad Divina sacramentada.

Jamas envaynó la espada con que hacia guerra á los enemigos de la Iglesia. Para remate de sus penas en esta materia , entendió por cartas de Flándes escritas en 1609 , que el Rey tenia casi ajustadas treguas con los protestantes de Olanda , y que en virtud de ellas podrian comerciar con los Españoles. De nuevo se acaloró su zelo , y se aumentáron sus temores , creyendo con ellos venia como un nublado sobre España. Escribió una y muchas veces á su Magestad , alegando para lo contrario quantas razones alcanzó su elevado entendimiento bañado con luz del Cielo. Entre estas hizo mucho hincapié en él deservicio , que ello seria de la Divina Magestad , y perjuicio gran-

de que traeria á los Reynos de España. No pudo el Rey , por justísima razones , dexar de concluir estas treguas; pero tambien procuró poner aceyte en la llaga del corazon del B. Ribera , mandando escribirle una carta con cláusulas de la mayor fineza , y en ella las mismas capitulaciones y cautelas oportunas , que en esta negociacion se habian tenido presentes , y se habian tomado para que se sosegase su zelo, y se acallasen sus cuidados é inquietudes por la causa de la Religion.

Aunque aquí venia como clavado acordar el zelo , afanes y fatigas , que expendió para arrojar del Reyno de Valencia , y aun de toda España , los Moriscos , y así librar á sus súbditos, y á toda la Nacion de la peste y contagio de aquellas perversas y obstinadas gentes ; pero como de ello se habló con extension en el libro antecedente , pareceria cosa impertinente y pesada repetirlo. Por lo mismo remitimos al lector á los Capítulos donde se trató esta materia.

No solo se acaloraba y ponía en

movimiento su zelo por la Religion, quando las armas Católicas peleaban contra los hereges ; si tambien en tiempo de bonanza , y quando no ladraban los perros de los Protestantes. Continuamente se desvelaba por la enseñanza de la Doctrina Christiana , en que por sí mismo instruia á los niños y gentes mas rústicas, como ya se dixo, destinando tambien á este ministerio muchos doctos y zelosos Obreros: aborrecia á par de muerte libros de mala doctrina , ó que llevaban en sus páginas resabios de errores y falsedades contra la Religion , y tambien opiniones poco fundadas. A consecuencia de esto , como Canciller de la Universidad , prohibió con todo rigor se enseñasen en la Escuela algunas opiniones , que aunque probables , le parecian sospechosas , y poco conformes á la pureza de las costumbres , mandando á los Profesores jamas se valiesen de Autores poco seguros en su doctrina , y algo libres en su modo de pensar y discurrir.

En fin , se hizo todo ojos para ve-

lar sobre los intereses de la Fe y la Religion, y para cerrar qualquier portillo por donde pudiese entrar algun error ó ligera sombra, que la pudiese mancillar y obscurecer. Tuvo tan arraygado en su corazon el amor á esta celestial y precisa virtud para salvarse, que solia repetir, trasportado de zelo, estas palabras: *Quisiera, señores, aunque me costara derramar la sangre toda de mis venas, reducir al conocimiento de las verdades de nuestra Sagrada Religion á todos los Protestantes hereges.* No derramó su sangre en su defensa, porque no hubo tiranos que la pusiesen á prueba; pero freqüentemente derramaba abundantes lágrimas si sus empresas por la Religion no salian tan felices como deseaba, ó veia por algunos caminos la amenazaban riesgos y ruinas.

Estas lágrimas derramó, y estos sentimientos expresó, quando supo, que en Madrid habia sido recibido con aplauso el Embaxador de Inglaterra, y se le habian hecho los mismos honores, que á otros de las Potencias

Católicas , pareciéndole , que su trato y conversacion con los nuestros habia de ser un ayre contagioso para sus almas , y un eclipse para su fe. Para poner fin á este Capítulo diremos , que toda su vida fué un exercicio continuo de actos de fe viva , activa y operativa , de la qual , aun en los últimos momentos de su vida , dió los testimonios mas claros y convincentes , alabando su hermosura , su pureza , y la dicha de haberle Dios criado en el seno de la Iglesia , y dádole el don precioso de la Fe.

## CAPITULO II.

*Quán firme y heroyca fué la Esperanza del B. Juan de Ribera , y cuánto se esmeró en ella.*

Con acuerdo de su viva fe , anduvo siempre en el B. Ribera la virtud de la Esperanza ; áncora con que se sostenia la mística nave de su alma en medio de las encrespadas olas de trabajos , persecuciones , calumnias que



forjaba el demonio por medio de sus aliados: celestial socorro, que hacia fáciles sus empresas, á juicio de los hombres, poco ménos que imposibles. Como Dios, el Cielo y bienes eternos son el objeto de esta virtud, siempre fixos en él los ojos de su alma, se arrojaba fácil y gustoso á trabajos, incomodidades, á penitencias, y aun á desayres, odios y persecuciones. Los alivios y honestos divertimientos que algunos juzgan, como aceyte en la lámpara de esta vida, no le merecieron la menor atencion y aprecio. En medio de sus continuas fatigas, jamas se tomó alguna diversion aunque honesta; y como muchos deponen, no gastó siquiera un maravedí en cosa que le pudiese dar gusto.

Grande placer y contento dan á los hombres las riquezas, los honores, elevaciones y preeminencias, y en que su amor propio encuentra el cebo mas gustoso. El B. Ribera, aunque metido entre estos resplandores por su nacimiento, por sus officios, por su sabiduría, estuvo tan léjos de pegar á ellos

su corazon , y dexarse llevar de sus halagos , que todo lo puso baxo sus plantas , asqueándolo , y diciendo en su corazon lo que habia dicho el gran Padre San Ignacio : *¡Ó qué asco me da la tierra mientras miro al Cielo!* En setenta y nueve años que vivió , jamas permitió á su cuerpo el menor descanso y alivio : siendo todo el alimento y contentamiento de su espíritu la oracion , el silencio , el ayuno , los cilicios y ásperas disciplinas , hecho siempre verdugo de sí mismo : acordándose en estos lances , para tomar aliento , que el barro frágil de esta vida se habia de deshacer y caer , y despues lograr su alma el peso de una inmensa gloria , como decia San Pablo.

Sabiendo que el hombre nació para trabajar , y el ave para volar , jamas estuvo ocioso , siempre en movimiento , ya enseñando , ya predicando , ya estudiando , ya orando , ya oyendo á todos para acudir á sus trabajos con sus luces , con sus auxîlios: del tiempo cosa tan preciosa , que llegó á decir por un feliz transporte San

Bernardino de Sena , que vale tanto como Dios , hizo siempre tanto aprecio y feliz uso , que llegó á dolerle el que gastaba en comer y dormir , juzgándolo tiempo poco ménos que perdido , porque le robaba el poderse emplear en los negocios en que interesaba la gloria de Dios , las medras de su alma , y el negociar el Cielo , que era su único necesario , segun á todos dice el Santo Evangelio. Con efecto , para ganarse mas tiempo para el desempeño de sus funciones y ministerios, por espacio de treinta y dos años comió una sola vez al dia , ya entrada la noche dos ó tres horas , sintiéndose estimulado para ello por el exemplo de cierto Sacerdote de la Catedral , quien le dixo seguia este método de vida para ganarse mas tiempo para el servicio de Dios.

Esta esperanza que alentaba su corazon , y animaba todas sus acciones, procuraba zeloso inspirarla en todos, ponderándoles lo frágil y deleznable de esta vida , lo fugaz y corruptible de los bienes temporales , y quán despegados

debían estar de ellos , para en cambio lograr algun dia los incorruptibles y eternos. Estas ponderaciones hizo desde el Púlpito de la Catedral á un concurso infinito que le escuchaba , con el motivo de anunciarles la próxîma salida de los Moriscos , asegurándoles los grandes Celestiales bienes que les esperaban , si gustosos abandonaban algunos temporales por la causa de Dios y la Religion : objeto que siempre tuvo á la vista en esta empresa. Muchos se dexáron persuadir y convencer , y miráron en nada los bienes que perdian , con el seguro de lograr por premio otros tantos eternamente duraderos.

Para despegar mas y mas su corazon de los bienes frágiles de este mundo , y aun de su propia vida , y exercitar en su ánimo los deseos mas vivos , y la esperanza mas robusta de los eternos y Celestiales , mandó , como ya se dixo , pintar un hermoso lienzo , en que se veia retratada su persona , y su alma en acto de comparecer ante el tremendo divino juicio , para con este despertador y memoria mirar siempre los

bienes de la tierra como estiércol y humo, que se desvanece al menor soplo del viento, y poner todo su corazón en el Cielo, que es la verdadera Patria de los escogidos é hijos de Dios. Es verdad, que como hombre estaba siempre temeroso de la cuenta que Dios le había de tomar. Y que considerando la profundidad inagotable de los divinos juicios, temblaba y se afligia hasta derramar muchas lágrimas su angustiado corazón, y casi perder la paz y sosiego interior: lo qual no debe extrañarse, sabiendo que el Santo Job se rezelaba de todas sus obras, y S. Pablo no se tenía por justificado, por mas que no le acusaba su conciencia.

Pero como este temor era todo casto y filial, al momento se templaba ó desvanecía con la esperanza robusta que le inspiraban las llagas y sangre del Salvador, á que acudia confiado, y como abejita á la colmena, segun leemos de S. Buenaventura. Con estas consideraciones, y otras de este linage, llegó á un punto tan maravilloso de esperanza, que hablaba sin titubear

de su salvacion, y como de cosa certísima. Así se vió poco ántes de su preciosa muerte. Observóle su Confesor fixos en el Cielo sus ojos, y el entendimiento como abismado en una profunda meditacion. Preguntóle ¿en qué pensaba? Y luego levantando las manos hácia el Cielo, y fixos los ojos en aquella eterna Patria, todo alegre y regocijado exclamó: *Vamos allá, vamos allá.*

Finalmente para retocar, definir y poner la última mano al lienzo de la esperanza del B. Ribera, solo acordaré las inmensas fatigas que empleó para convertir en jardín ameno el Arzobispado de Valencia, que halló poco ménos que una selva por sus vicios y criminales costumbres: en reprimir y ceñir á límites la soberbia y orgullo de algunos poderosos: en hablar al Rey y sus Ministros con una santa libertad Apostólica, aun temiendo caer de su gracia, y sufrir amarguras: en expeler del Reyno y toda España á tantos millares de Moriscos sin estrépito, sin pérdida de un hombre, ni haberse

derramado siquiera una sola gota de sangre; cuyas empresas y ocupaciones hicieron temblar á los hombres mas sabios y alentados: pero el B. Ribera, como otro S. Pablo, que en Dios todo lo podia, estribando en solo Dios su soberano poder, y maravillosa providencia, intrépido se arrojó á todo, llevando siempre á su vista su mayor gloria, y el premio eterno, que como galardón de estos afanes firmemente esperaba.

### CAPITULO III.

*Del amor encendido á Dios, que siempre ardió en el pecho del B. Juan de Ribera.*

La Caridad, virtud la mayor entre las Teologales, alma de la vida christiana, y vínculo de perfeccion, fué tan grande y encendida en el corazon del B. Ribera, que llenó todos sus senos. Esta caridad le daba un impulso fuerte y suave para todas sus espirituales faenas: esta se las endulzaba y hacia fá-

ciles: esta le daba alientos para llevarlas al cabo. En todo quanto enseñó y trabajó, olvidado de sus propios intereses, solo atendia á los de Dios, y su santo servicio.

Como la oracion es la oficina donde se labra la caridad, y la fragua donde se enciende, acudia freqüente á ella, tratando con su Dios con humildad y confianza los negocios de su alma, y de todas las que habia puesto á su cuidado. Salia de ella tan inflamado y aprovechado, que no hablaba cosa, que no fuese para honra y gloria de Dios, manteniendo viva su presencia en medio de los afanes y cuidados de su oficio Pastoral. Aunque se le ofrecian negocios ya prósperos, ya adversos, ya fáciles, ya intrincados, jamas turbaban la paz de su alma, que veian pintada en su rostro sereno, afable, y siempre amoroso con todos. Este grande amor á Dios que ardia en su pecho, hacia que procurase por todas vias fuese de todos amado y venerado. Léanse las Constituciones de su Capilla y Colegio, y se verán muchos rasgos y llamara-



das de amor á Dios, y de sus vivos deseos le amasen todos con igual fervor.

La observancia de los divinos preceptos es la prueba mas realzada del fino amor á Dios, como dice el Señor por S. Juan. Es cosa que pone admiracion, ver quán ajustada fué siempre la vida y conducta del B. Ribera, y quán conforme á la divina voluntad: aborrece esta el pecado, porque se opone derechamente á su servicio, y es como un eclipse de su gloria. Este enemigo de Dios fué siempre tan temido y aborrecido del B. Ribera, que como atestiguan muchos con su Confesor, jamas cometió pecado mortal, ni aun venial con plena advertencia. Su conciencia fué siempre como un cristal terso, á quien jamas llegó el polvo y vaho de las culpas, que tan fácilmente nacen de las pasiones mal corregidas. Aun una ligera sombra de pecado le hacia temblar, y ponerse sobre las armas para la defensa.

Todos los dias purificaba y acrisolaba su conciencia en el Sacramento de la Penitencia, en cuyo lance derrama-

ba tan copiosas lágrimas, que daban bien á conocer el grande amor á Dios, que latia en su pecho, y el sumo horror con que miraba la falta mas leve en que pudiera ser ofendida la Divina Magestad. Como otro Pablo, que decia: *¿Quién de vosotros está enfermo, que yo no lo esté? ¿Quién se escandaliza, que yo no me abraze de puro zelo?* No solo lloraba con amargura del corazon sus propias faltas, á quienes su humildad abultaba y daba cuerpo, sino tambien arrojaba ayes y suspiros, lloraba inconsolable siempre que entendia los muchos pecados que se cometian por el contagioso é infernal trato con los Moriscos. ¡O Dios! (decia en estas ocasiones) *quisiera con lágrimas de sangre llorar los pecados de la República.*

Iguales expresiones de sentimiento producía quando llegaban á sus pies para confesarse algunos pecadores duros y obstinados: procuraba excitarles al dolor y lágrimas con sus palabras encendidas en santo zelo, y con las muchas que derramaba sobre ellos, considerándolos enemigos de Dios, y que

le hicieron guerra con sus iniquidades. Como el amor hace uno al amante con el amado, estando el B. Ribera tan unido con Dios por la caridad, procuraba siempre aplicar medios para que su Dios fuese de todos amado. Esto exhortaba en los Púlpitos con fervor propio de un Apóstol: para esto destinaba muchos Predicadores, previniéndoles el zelo con que habian de conducirse, y el mucho interes que habian de tomar en la salvacion de las almas.

A pesar de sus desvelos Pastorales, veia algunas almas, que como caballos tascando el freno corrian aprisa á la perdicion. De este número eran muchas mugeres, que haciendo vil mercado de su honestidad, precipitaban con sus liviandades á muchos en el infierno. Acudió zeloso y pronto á su remedio, negociando con el Magistrado de la Ciudad de Valencia se fundase el Monasterio dicho de San Gregorio, donde muchas se recogian y se recogien en el dia, convirtiéndose de prostitutas en exemplares, y por la santidad de vida, de cuervos en palomas

dignas de entrar en la mejor arca de la gloria. Por este medio impidió muchos pecados, bañándose de gozo al ver al Señor sin aquellas heridas, que con sus maldades abrian en su Divino pecho aquellas infelices mugeres. Una de esta casta y ralea estaba terca y reacia sin quererse rendir á los suaves golpes de la Divina gracia. Encendido en zelo por su salvacion, se avisó con ella, empezó á disparar flechas de su enamorado corazon, tan activas, ardientes, y por tanto espacio, que duró una hora el combate; pero al cabo triunfó de satanas y su dureza, presentándola á los pies de Christo hecha ya una Magdalena penitente. Algunos que presenciáron esta feliz escena, advirtiéron que andando la exhortacion, arrojaba el B. Ribera llamas de celestial fuego por los ojos, por la cara, por la boca, reproduciendo en la Iglesia sus ardores y santo zelo del Profeta Elias.

Quando llegaban á su audiencia algunos Curas, y le informaban del estado de sus ovejas, si entendia esta-

ban aprovechadas en la virtud, recibia tanto gozo, que parece no le cabia en el pecho; por el contrario, si le decian cundian pecados y escándalos, y que muchos vivian con abandono de sus almas, era tan viva y extremada la pena que se apoderaba de su corazon, que sin poderse valer derramaba copiosas lágrimas: y luego para tomarse algun consuelo, y acudir al remedio de estos males, llamaba á su presencia algunos exemplares Sacerdotes para meditar y concertar con ellos los remedios mas oportunos y eficaces.

Estos sentimientos que concebía, estas lágrimas que derramaba apénas entendia era ofendida la Magestad de Dios, se viéron en su corazon y en sus ojos quando oyó un caso escandaloso y sacrílego acaecido en la Villa de Bocayrente. Los Beneficiados de aquel Clero, y algunos seculares sus parientes riñéron entre sí con derramamiento de sangre, dexando poluta la Iglesia Parroquial. Llegó á los oidos del B. Ribera este suceso, para él funestísimo; al momento, por primer

K

remedio y castigo de este delito, mandó ayunasen tres dias los vecinos de la Villa, y fuesen castigados los Eclesiásticos segun y como previenen los Sagrados Cánones. Y teniendo presente eran ovejas suyas, y que á él tocaba curarlas, en la edad de sesenta y cinco años, montado en una mula, y acompañado de quatro Canónigos, marchó á ella distante de Valencia trece leguas, sin embarazarse en que era el corazon del invierno, y la tierra estaba cubierta de nieve, y llegó dia 20 de Febrero, primero de Quaresma del año 1597.

Habiendo adorado por mañana y tarde á su amado Señor Sacramentado, y bendecido la Iglesia, derramando muchas lágrimas miéntras las Sagradas preces, con solemne procesion trasladó el Santísimo Sacramento desde la Iglesia de Santa Agueda extramuros, á la Parroquial. Restituido ya el Señor á su Templo ya purgado y santificado, el Sábado mandó juntar en la Sacristía diez ó doce de cada una de las partes enemistadas, y habiéndolos mira-

do á todos con ojos benévolos , adornados con los resplandores de la caridad y sumo interes por el bien de sus almas , les hizo una exhortacion á la paz tan nerviosa , y con espíritu tan fervoroso y levantado , á que acompañaban y daban alma las copiosas lágrimas que derramaba , que sin poderse resistir , ni ser otro en su mano , se conmoviéron todos , y arrodillados á sus pies detestáron con todo el corazon los excesos pasados. Y despues de abrazarse todos en señal de una verdadera y sincera reconciliacion , le diéron rendidas gracias por el interes que habia tomado en su bien espiritual , y por las graves incomodidades que paciente habia sufrido por atraerles la paz que veian desterrada.

Quedó el Santo Prelado inundado en júbilos , viendo ganados tantos hijos pródigos , y vueltas al aprisco de Jesu Christo tantas ovejas sarnosas y descarriadas. Y luego para darles pruebas de este gozo , y del sosiego en que quedaba su espíritu , en cada uno de los cinco dias que allí se detuvo , dió

quarenta escudos á los pobres Labradores, que no podian trabajar por causa de las muchas nieves. Y en prendas de su amor á aquel Clero y Villa, les regaló un preciosísimo Cáliz que sirve para la reserva del Santísimo Sacramento los dias de Juéves y Viérnes Santo. Y tambien una Capa toda recamada de oro, encargándoles la estimasen en mucho, porque era la primera que mandó hacer quando tomó posesion de su amada Iglesia de Badajoz, llevando adelante las efusiones de su amor. Fundó la fiesta de la Cátedra de San Pedro, por ser el dia en que les predicó el Sermon de los enemigos. Y finalmente, para el otro dia en que puso en paz á los enemistados, fundó un aniversario perpetuo por las benditas Almas del Purgatorio. Serenada ya aquella borrasca, y logrados los santos fines que le habian traído á Bo-cayrente, dando á todos su santa Bendicion, con señas del mayor amor, tomó la vuelta para Valencia.

No solo lloraba los pecados de su Pueblo, y procuraba de mil maneras



ó evitarlos ó corregirlos , sí que tenia unos modos tan finos y dulces para hacerles concebir odio al pecado, y amor á la virtud, que bastaba tratarle una ú otra vez para quedar aficionados á la vida devota y christiana. Y era esto tan notorio en Valencia , que viendo á alguno mas modesto , mas devoto , mas afable que lo habia sido ántes , decian : *Se conoce que N. conversa con el Señor Patriarca , porque ya no es tan melancólico , soberbio , y mal acondicionado como era en su trato y persona.* En fin , fué un varon tan ajustado á las leyes santas del Señor , tan puntual en desempeñar quanto tocaba á su servicio y bien de sus ovejas , que no habia quien pudiese hablar mal de él , ni poner la menor mancha en sus hechos y dichos. Elogio que con santa jactancia se atribuyó á sí , delante el Pueblo de Israel el Santo Profeta Samuel.

## CAPITULO IV.

*De la máxima devocion al Santísimo Sacramento del B. Juan de Ribera, y cuánto se esmeró en promover su culto y veneracion.*

**E**l amor á Dios, que el Espíritu Santo derramó en el corazon del B. Ribera desde los primeros albores de su vida, estuvo siempre vivo como el fuego en el Altar del Santuario. Este amor tuvo unos crecimientos maravillosos andando su vida, y mucho mayores desde que el Espíritu Santo le comunicó las ideas mas altas y sublimes de la grandeza de Jesus Sacramentado, que fué siempre el blanco de sus cariños, y profundas veneraciones. La Octava de la Solemnidad del *Corpus Domini* eran dias para él tan festivos, que saliendo de sí, andaba todo embebecido en la consideracion de tan augusto Misterio, celebrándole con aparatos los mas magníficos, músicas las mas con-

certadas, y ceremonias las mas religiosas.

La barahunda y batahola de gentes en Valencia, andando esta Octava, le parecia estorbo para desplegar con sosiego las velas á su devocion. Y deseando llenar todo su corazon con actos los mas tiernos de amor, sin admitir á la parte criatura alguna y aun negocio, solia retirarse á la Cartuxa de Porta-Coeli, al Convento del Valle de Jesus, ó á la Murta de Padres Gerónimos, donde con los Religiosos y otros Eclesiásticos seculares que le acompañaban, atraidos del suave olor de su ardentísima devocion, ocupaba toda la Octava en meditar y adorar tan augusto Misterio, predicando por sí ó por algun compañero todos los dias sus inefables grandezas y dulzuras; cuyas funciones concluidas, sobre una pobre estera de juncos se arrodillaba al lado del Altar Mayor, y separado del concurso, con una cortina intermedia bebia como águila real y generosa los rayos de aquel Sol divino, aunque cubierto con los accidentes; en cuyo acto de

veneracion permanecia hasta que ya muy cerca de la noche por sí mismo reservaba el Santísimo Sacramento, y siempre ayuno; pero tan ágil, y con semblante tan risueño, y bañado de devocion, como si solo un quarto de hora hubiese permanecido en aquella reverente postura.

En este modo de culto perseveró hasta que concluida la magnífica Capilla de su Colegio inventó y estableció las ceremonias mas magníficas para venerar y adorar tan Augusto Sacramento, que todos los Juéves del año se muestra patente por mañana y tarde, cortejado con música tan suave y concertada, que conmueve y enternece el corazon del hombre mas tibio. Este obsequio y veneracion profunda deseaba con tantas ansias, que solia decir: *Que no pusiera la menor duda en ayunar á pan y agua todo un año entero, como á su Dios Sacramentado se diese aquella veneracion y culto, que le deseaba el pobre caudal de su espíritu, viendo terminada la Capilla de su Real Colegio.*

En esta su Capilla estaba todos los

Juéves arrodillado ante tan tremenda Magestad, aunque durase el Oficio tres y quatro horas, sin sentarse jamas, ni servirse de almohada, como pedian los muchos años y dignidad. Si alguna vez la mucha flaqueza, debilidad y cansancio le precisaban á tomar algun alivio, era solo en un humilde banquillo, cuyo débil descanso jamas se tomaba miéntras estaba descubierta el Santísimo Sacramento. En esta postura tan penosa y religiosa perseveraba algunas veces tantas horas, que ponía admiracion en quantos le observaban, y excitaba la compasion de sus mismos criados, que creian habian de debilitarse mucho sus fuerzas, y abreviarse su vida. Con efecto, uno de estos de su mayor confianza llamado *Gonzalo*, lastimado de verle así arrodillado y ayuno desde la mañana hasta la tarde, llevado de ella le dixo en cierta ocasion: *Señor, mire V. Excelencia, que el estar así por espacio de tantas horas descubierta, ayuno, y con tanto frio como hace, puede ser que le haga daño.* A quien respondió con semblante alegre, y en to-

no bondadoso: *No, Gonzalo, no temas, porque jamas ha hecho daño á alguno el honrar á Dios, aunque sea con la incomodidad, que parece á tu afectuoso desvelo.*

Estando así arrodillado ante el Santísimo Sacramento, eran tan altos y sublimes los conocimientos que le daba el Espíritu Santo de la grandeza del misterio, que encogiéndose de hombros, y juzgándose nada, se humillaba hasta pegar su corazon en el suelo, y creerse indigno de la menor reverencia y obsequio. Con efecto mandó, que ninguno de los que subian y baxaban del Altar le hiciesen la menor reverencia, aun pasando muy cerca de su persona, y que los Predicadores que predicasen en su Capilla no tomasen de él la bendicion, sí solo del Sacerdote celebrante, y que sin hacerle la menor seña de veneracion empezasen su Sermon con aquellas palabras tan de su agrado: *Alabado sea &c.*, y diciendo alguna alabanza de tan divino misterio. Quando se encontraba con algun Sacerdote vestido con los sagrados indumentos, que acababa de decir Misa,

adorando el Santísimo Sacramento que llevaba en el pecho, le hacia una profunda inclinacion, sin permitir que le correspondiese con el menor acto de honor á su persona, porque se tenia por indigno (y así lo predicaba) de recibir obsequio del que acababa de recibir el Santísimo Sacramento.

Esta devocion que tenia tan entrañada, y manifestaba con señas tan religiosas y de tanta admiracion, tomaba un vuelo tan alto miéntras celebraba la Santa Misa, que parece excede los lindes de las mayores ponderaciones. Puesto en el Altar, como otro Moyses en el monte, y dentro de aquella misteriosa nube, se inflamaba tanto en santo amor su corazon, que como que despedia finísimas llamaradas. Era como corta esfera para contenerle, y se salia afuera con efectos los mas prodigiosos: derramaba dulces lágrimas de consuelo con tanta abundancia, que á las veces habia menester dos y tres pañuelos para enxugarlas. Observáron su rostro muchas veces brillante como un Sol, y su cuerpo siguiendo los vuelos del es-

píritu , se levantaba á veces de la tierra como dos palmos. Estos consuelos que el Señor le comunicaba , le tenían tan asido del Altar , que solia permanecer en él dos y tres horas , tan embebecido miéntras el Santo Sacrificio, que poseido de un profundo éxtasis tenia los ojos como sin movimiento , y sin pestañear , mirando hito en hito á Christo Sacramentado.

Porque en los asistentes no reconocia el fervor que en su persona , para que no se fatigasen con tantas horas de asistirle miéntras decia Misa en la Capilla de su Palacio , estando cerca de la Consagracion , mandaba al Ministro se saliese , para mas á solas con su Dios desahogar su corazon en actos los mas finos de amor , gratitud y ternura.

Poco satisfecho con su vida tan concertada y santa , jamas se llegaba al Altar , sin haber ántes lavado con las sagradas aguas de la penitencia hasta las manchas mas leves de su alma , que su humildad le representaba de mucho bulto , en cuyo acto procedia con tal exâctitud y escrupulosidad , como si



fuese la última confesion de su vida. A esta preparacion añadia una oracion fervorosa, que repetia despues del Sacrificio, y en accion de gracias por espacio de una hora. Como tan enamorado de Jesus Sacramentado, no supo jamas dispensarse de celebrar la Santa Misa en medio de sus gravísimas ocupaciones, y aun de largos y penosos viages. Solo una grave indisposicion podia impedirle llegarse al Altar, de donde sacaba tanta dulzura y abundancia de espíritu, tal paz y sosiego interior, que lo miraba como presagio y seguridad del acierto en todos los negocios. Así lo dixo á quien lo depone.

No podia tomar en sus manos el sagrado Copon ó la sagrada Forma, ó para sumirla, ó para ministrarla á los fieles y enfermos, que no derramase muchas lágrimas de puro consuelo. Los mismos sentimientos experimentaba predicando de tan admirable Misterio, en cuyos lances era tal la facundia y abundancia de sólidos y elevados conceptos, que manejaba con tanto espíritu y destreza, que cada Sermon parecia nuevo

á los oyentes , por mas que muchas veces le oyesen hablar en el Púlpito de las glorias , grandezas y gracias del Sacramento.

A la medida de su amor á Christo Sacramentado , era el dolor que affigia su corazon quando oia ó entendia era ultrajado ó ménos venerado : sin poderse valer entónces , ni admitir el menor consuelo prorumpia en copiosas y amargas lágrimas , como se vió en el caso siguiente. Dixéronle , que un Bandolero por un transporte y arranque de ira y soberbia dixo habia de matar á su enemigo aunque se encerrase en un Sagrario. Fué tanto el horror , tanta la pena que se apoderó de su corazon al oirlo , que empezó á llorar con tanta amargura , que contristó á quantos estaban presentes. Uno de estos compadecido al ver así angustiada su corazon, para darle algun desahogo , se salió á la antecámara diciendo : *¿Cómo es posible , que haya hombres tan desalmados, que tengan el atrevimiento de cometer tales pecados , que atormentado aun de oirlos , obligan á llorar tan amargamente al*

*Patriarca mi Señor?* Lo mismo sucedió quando aquel sacrílego Frances robó la Custodia y Sacramento en la Villa de Alcoy, escondiéndole baxo del estiércol. Irritado su semblante con el ardor del zelo, fulminó luego muchos enojos contra él.

No solo lloró las injurias hechas á Christo Sacramentado: con un exemplo raro, y acaso singular en la historia, pasó en cierta ocasion á desagraviar al Señor de una injuria que se le hizo, aunque material, por falta de advertencia en el delinqüente. Vió que al pasar por delante un Sacerdote que acababa de decir Misa, arrancando una asquerosa flema la arrojó en el suelo. Conmovido luego su corazon con el zelo, y agitado de un vivo dolor de solo pensar habria allí alguna partícula, y que el Señor seria pisado de las criaturas, venciendo con espíritu heroyco las repugnancias y nauseas de la naturaleza, postrado en tierra tomó con la lengua aquella ascosidad, lamiendo con ella el mismo suelo.

De este amor encendido á Christo

Sacramentado , nacian las ansias con que deseaba en los Altares , y ornamentos Sagrados la mayor limpieza y aseo , y la mayor pausa , gravedad y circunspeccion en los Oficios y ceremonias que le tienen por objeto inmediato , amenazando con su enojo á los que en ello fuesen transgresores , ó menos cuidadosos. Muchas veces predicando en la Capilla de su Real Colegio, presentes los Capellanes y demas Ministros , encendido en santo zelo , y señalando con el dedo la sepultura donde habia de ser enterrado , les decia: *Hermanos mios , han de saber V. Reverencias , que desde debaxo de aquellas losas en que me han de sepultar despues de muerto , clamaré á Dios por venganza, si en el siempre Augusto y Venerable Sacramento , no me le dan aquella honra, veneracion y culto , que de la mucha piedad , y gran devocion de V. Reverencias se promete mi cuidado.*

En todos los demas Sacerdotes deseaba tambien vivamente esta devocion y esmero en venerar á Christo Sacramentado , y manejar las funciones pa-

ra su culto y obsequio; recibiendo mucha pena si entendia algunos andaban apresurados y poco devotos en la Santa Misa: de cuyas faltas luego les avisaba y corregia, y bañándose de gozo siempre que les observaba diligentes y zelosos en tan sagrados ministerios. Para que en este asunto de venerar y adorar el Santísimo Sacramento, que era su devocion primaria, y como dominante en su corazon, hubiese siempre el mayor concierto, concluida la fábrica de su Capilla, y cerradas las puertas, por sí mismo, y por espacio de tres meses, se tomó el trabajo de instruir á los Capellanes y demas Oficiales en las genuflexiones, reverencias, motetes y demas ceremonias, para que el Señor fuese venerado con todos aquellos modos mas finos y religiosos, que le inspiraban su amor y profunda reverencia á tan augusta Magestad.

Para enseñarles, no solo con voz viva sino tambien con su exemplo, el dia de la solemnidad del *Corpus Domini*, mientras vivió ofrecia un jarro

L

grande de plata todo cubierto de oro, adornado de piedras preciosas, y lleno de olorosas flores del tiempo, mandando que doce Capellanes ofreciesen otros tantos vasos tambien ricos y llenos de flores, cuya santa ceremonia se practica todos los Juéves del año, concluida la Misa Conventual, y mientras á tono pausado se dice Nona. Tambien previno, que el Rector de su Colegio, á nombre suyo, y representando su persona, todos los años en este dia ofrezca el mismo jarro, como se practica con admiracion y ternura de todo el Pueblo.

Si entendia algun modo especial de venerar á Christo Sacramentado, que se habia escapado de su zelo y sagrada vigilancia, era para su espíritu una noticia la mas gustosa y plausible: así se vió en cierta ocasion. Un Caballero devoto le avisó, que para mas profunda veneracion á Christo Sacramentado seria muy conforme á razon, que sus Capellanes le adorasen hincando no una sola sino ambas rodillas. Recibió en ello tanto gusto, que á mas

de darle rendidas gracias por el aviso, pasó á mandarlo en sus Constituciones, como se practica tambien por todos los fieles. Quando advertia en esto la menor falta, les requeria con el exemplo de aquel noble Caballero.

No contento el B. Ribera con los reverentes obsequios que sin cesar ofrecia á Christo Sacramentado, procuró tambien comunicar esta devocion, y pegar este celestial fuego en todos los corazones, esperando así cumplir aquel dicho de David: *Os alabaré, Señor, mas y mas, y sin interrupcion.* Mandó que ninguno de sus Capellanes y familiares se presentasen á su audiencia, sin primero saludarle con estas palabras: *Alabado sea el Santísimo Sacramento.* Y que siempre que se encontrasen, olvidados los obsequios hijos del melindre y la afeminacion, mutuamente se saludasen con las palabras: *Alabado sea el Santísimo Sacramento.* Todas sus Cartas Pastorales, Despachos y demas Escrituras queria llevasen á su frente estas palabras: *Alabado sea el Santísimo Sacramento.* Hasta las fundaciones

de Monasterios que labró á propias expensas, ó reparó en gran número, quiso llevasen en sus fachadas el Escudo y blason del Santísimo Sacramento, dexando en olvido los brillantes y pomposos de su casa, como los Enriquez, Riberas, &c. Así se vé en su Real Colegio, en Santa Ursola, y Convento de Padres Capuchinos. Hasta los Ornamentos de su Capilla y muebles de su casa quiso estuviesen marcados con el blason del Santísimo Sacramento. Para que esta alabanza fuese perpetua, mandó que ántes de empezar el Sermón todos los Predicadores rompiesen el silencio con estas palabras: *Alabado sea el Santísimo Sacramento.* Y que todos sus Colegiales honrasen sus conclusiones, actos literarios é impresiones de libros, que sacasen á luz, con poner por cabeza y frontis: *Alabado sea el Santísimo Sacramento.*

Para que este sagrado fuego de devocion prendiese en todo el Reyno, procuró que en muchas Villas y Lugares se fundasen ilustres Cofradías del Santísimo Sacramento: llenándose de



gozo y contento apénas entendia estaban fundadas y que iban en crecimiento. Una señal de este gozo dió en Godella y Burjasot llevando en sus manos el Santísimo Sacramento en el dia prescrito por la Cofradía , asistiéndole de Diáconos San Luis Beltran y el B. Nicolas Factor sus grandes amigos y confidentes.

A distincion de los mundanos que se inflan y llenan de soberbia y vanidad quando suenan en sus oidos alabanzas , y sus dictados pomposos; no oia palabras y alabanzas mas de su gusto , que quando los que le visitaban y hablaban ó encontraban , con devocion y reverencia empezaban el razonamiento con estas palabras : *Alabado sea el Santísimo Sacramento*. Sabe-dores de esta su ardentísima devocion, apénas salia de Palacio , quantos le encontraban le daban por saludo : *Alabado sea el Santísimo Sacramento*; cuyas palabras le dexaban inundado en gozo , y hacian salir las lágrimas á muchos oyendo resonar con tanta frecuencia estas voces : *Alabado sea el*

*Santísimo Sacramento.* Aprovechándose de esta su devoción una pobrecita muger, habiéndole encontrado en su carroza, toda enternecida le saludó con estas expresiones: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*; las quales hicieron tan dulce impresión en el ánimo del B. Ribera, que al punto descubrió su cabeza, é hizo una profunda reverencia, premiándola con una copiosa limosna.

En fin, para encender en todos la devoción al Santísimo Sacramento, alcanzó de la Santidad de Paulo V. Indulgencia Plenaria para todos los que en seis Juéves del año, le visitasen devotos y reverentes en su Real Capilla.

## CAPITULO V.

*Prosigue la materia del Capítulo pasado.*

**D**examos ya escrito en otro Capítulo algo de las sagradas pompas, y magníficas ceremonias, con que en la Real Capilla de Corpus Christi es reveren-

ciado y adorado el Santísimo Sacramento. Y aquí repetirlo seria fastidio. Solo añadiremos algunas cosas que realzan el mérito de esta Capilla, y la ponen en las nubes. En toda ella se vé como derramado y pegado tal respeto, gravedad y santa unción, que el mas tibio se compone apénas entra en ella: y el mayor pecador felizmente se conmueve y estremece, sin atreverse á deramarse en las menores licencias, de que acaso en otras Iglesias se tiene poca cuenta. Para que en esto no haya la menor falta, diputó el B. Ribera un Portero ó Zelador pio y vigilante, este lleno de dulzura, prudencia y caridad advierte de su falta á qualquier distraido, ó en ello ménos advertido. Las hablillas aun ménos culpables se corrigen, y evitan como lunares de la santidad de la Capilla, y tambien las posturas que no son las mas civiles y devotas.

La gravedad, modestia y composura de todos los Capellanes y demas Oficiales, ya en los Oficios Sagrados, ya en manejar las sagradas alhajas de

los Altares , ya en caminar por ella quando lo pide la funcion ó precision, es tal, tan magestuosa y edificante , que no hay hombre por crítico y mordaz que sea , que pueda hincar el diente, ni aun siquiera ladrar. En los Divinos Oficios el canto ya llano , ya figurado es tan pausado , con tantas mediaciones , y con música tan sólida , concertada , pia y jugosa , díganoslo así , que saca lágrimas á qualquier que tenga un poco de espíritu. Sin contar otras muchas sagradas ceremonias , que han hecho esta Capilla la mas devota y recomendable de toda Valencia , del Reyno , y aun de toda España. Esto admiraba el V. P. Dr. Juan Bautista Verge de la Congregacion de S. Felipe Neri de Valencia , varon santo , docto , y famoso Misionero , que la freqüentaba todos los Juéves del año ; advirtiendolo lo que se acaba de referir , y entre otras cien cosas decia : que la Iglesia del Colegio de Corpus Christi tenia ganadas mas almas , que él con sus Sermones y Misiones.

Para que la alabanza de un Valen-

ciano por doméstico no parezca sospechosa, acordaré lo que dixo el Conde de Papenehim. Este gran General al servicio del Emperador, y grande herege Luterano, viajando por España, llegó á Valencia, é informado de la fama de la gravedad y santidad de la Capilla del Real Colegio, mas por curiosidad que por devocion, como el mismo confiesa, entró en ella un dia Juéves, para ver lo que allí se hacia; y al ver el concierto, devocion y uncion de los officios y ceremonias, ayudado de la gracia de Dios, dió su corazon un vuelco tan feliz, que luego exclamó: no es posible, que esto sea invencion de los Papistas, como decimos los Protestantes: y á continuacion resolvió abjurar los errores de Lutero, y abrazar la Religion Católica, lo que efectivamente practicó, y que conservó hasta la muerte. Todo esto refirió el mismo Conde á un Caballero Valenciano, que le visitó quando enfermó, llamado D. Vicente Salvador de Villanueva, añadiéndole: ¡ah Valenciano, Valenciano! ¡por quán dicho-

so puedes tenerte siendo de la Ciudad de Valencia, donde se admira fundado aquel gran Colegio intitulado del Patriarca! Otras conmociones santas, y conversiones á buena vida de otros Católicos, pero malos Christianos, sabríamos, si hablasen las paredes de aquella Capilla. Basta decir, que muchos amadores del siglo saliéron resueltos á servir á Dios con espíritu y verdad.

Todo este admirable conjunto de sagradas ceremonias que ennobiecen, enriquecen y santifican la Real Capilla de Corpus Christi, podemos decir trae su origen del Cielo. El Señor que dió á Moyses la traza para la fábrica del Arca y del Tabernáculo, se dignó desde su Trono enviar un rayo de luz al B. Ribera, con que las inventó, y puso en planta. El caso que sigue convence de verdadera esta pia y prudente persuasion. Pedia al Señor le enseñase los modos mas finos y religiosos con que deseaba ser servido y adorado. Complacido el Señor de estos ruegos, y dexándose obligar, le hizo ver un hermoso Templo, y en él abierta una puerta, por

donde salia un Sacerdote vestido con los sagrados indumentos, que con la mayor gravedad y modestia se encaminaba al Altar para celebrar la Santa Misa, y que despues de concluida, con la misma y pasos mesurados, volvía á entrar, asistiéndole al salir y entrar un Monacillo que le llevaba la falda, y otro que con un incensario ofrecia incienso miéntras la Misa, especialmente al levantar las Sagradas Especies. Lleno de espiritual gozo por haber así entendido la divina voluntad, mandó en sus Constituciones todos los Sacerdotes salgan, entren y celebren la Santa Misa en la misma manera y circunstancias que le fuéron mostradas en la vision, lo que se practica á la letra con edificacion y fructuosa admiracion del Pueblo.

Esta soberana dignacion confió el B. Ribera á un humilde Labrador de Rusafa llamado *Nicolas Asensio*, quien lo hizo tambien saber á un santo Capuchino llamado Fr. Tomas de Valencia, en el siglo el ilustre Conde de la Alcudia.

De todo lo que queda referido, admirado el Señor Cardenal *Julio Saqueti*, que pasó por Valencia, despues de haberse difundido en magníficos elogios de lo rico, grande, hermoso y religioso de la Capilla de Corpus Christi, cerró su discurso y alabanzas llamándola: *La Fe del Sacramento Eucarístico*. Todos hablaban al mismo son y estilo; pero el B. Ribera, cuyo corazon inflamado en devocion y amor á Christo Sacramentado, hacia ventajas, ó quando ménos medía igualdades con Salomon, miéntras fabricó aquel magnífico Templo, gloria y honor del Pueblo Hebreo, le parecia poco ó nada en razon de honrar á Dios Sacramentado. Así lo oyó de su boca el Arquitecto director de la obra: creia este haber llenado todos los deseos y vacíos de su anchuroso corazon, y recibir por ello mil alabanzas; pero oyó estas palabras: *No, hijo mio, no es tan magnífico, ni está tan bien acabado como le parcce á tu gusto, porque es muy poco el adorno, riqueza y hermosura que tiene este Templo, en cotejo de lo mucho mas que mere-*



*ce Christo Señor nuestro Sacramentado.*

Como las obras grandes , por lo comun son objeto de grandes emulaciones y murmuraciones , algunos hombres de corazon ceñido , y de pensar terreno y ratero soltáron sus lenguas, diciendo habia gastado mucho dinero , que pudiera haberse invertido en objetos mas interesantes para el Público ; á que encendido en zelo y ardiente amor á Christo Sacramentado , respondió : *Quisiera , señores , tener aquí no solo todas las Indias con todos sus diamantes , perlas , plata y oro , sino es tambien toda quanta riqueza se pudiera encontrar en el mundo para honrar á mi Dios Sacramentado.* Confúndanse aquí los avaros y discípulos de Júdas , que juzgan necedad y perdicion consagrar á Dios las riquezas , siendo por esencia dueño de ellas , y de quanto hay en Cielo y tierra.

## CAPITULO VI.

*De la ternísima devoción á María Santísima del B. Juan de Ribera , y cuánto procuró la veneración y obsequios de esta Señora , y los Santos amigos de Dios.*

Sabia por San Bernardo el B. Ribera la voluntad de Dios , es que todos sus beneficios , gracias y misericordias, que desde el seno de su bondad baxan á nosotros , pasen por el seguro canal de María Santísima. Bien persuadido de esta verdad , y de la alta dignidad de esta Señora por Madre verdadera de Dios , la miró siempre como el imán de sus cariños , el blanco de sus adoraciones , y como Madre la mas dulce y cariñosa. Continuamente tenia en su boca las alabanzas de esta gran Reyna , derivándose en su corazón inefables consuelos y dulzuras.

Todos los dias la rezaba devoto el Santísimo Rosario , y su Oficio Parvo , cuya devoción inspiró y mandó á

todos sus domésticos y familiares. Para lograr el dichoso título de hijo de esta gran Madre , fué el primero que se escribió por Cofrade en la Ilustre Cofradía que se fundó en el Convento de Predicadores de Valencia , en virtud de un Breve de San Pio V. expedido en el año 1558. Y haciendo alarde de esta devocion y filiacion , llevaba siempre el Rosario ó en las manos , ó colgado del ceñidor , despertando en todos con esto la mayor admiracion y edificacion. Como buen hijo no podia sufrir las ausencias de su buena Madre : freqüentemente la visitaba en su Capilla intitulada la *Virgen del Milagro* , especialmente en los dias dedicados por la Iglesia á su culto y veneracion , y arrodillado en su presencia desahogaba su corazon en mil ternuras y alabanzas , á que acompañaban sus ojos derramando copiosas y dulces lágrimas.

Para que en su muerte no se acabase su devocion á tan gran Madre , y sus alabanzas durasen mas que su vida , mandó poner en un Retablo de su

Capilla de Corpus Christi una primorosa Imágen de María Santísima con el título de la *Antigua*, sacado por un valiente pincel, de la que con la misma invocacion se venera en su patria Sevilla. Y dexó mandado, que sus Colegiales y Ministros al pasar por delante de ella hinquen una rodilla, y que en oyéndola nombrar descubran su cabeza, y hagan una profunda reverencia. Para que en su Capilla siempre resonasen las alabanzas de esta buena Madre, ordenó, que nueve Músicos todos los dias le canten las alabanzas contenidas en la *Salve Regina*, y las devotas redondillas que para mas engrandecerla compuso su piedad ingeniosa: que en los Sábados no impedidos por la Iglesia, se cante una Misa de *Beata Virgine*; y en las fertividades dedicadas á su culto, sobre la *Salve Regina*, se canten la Misa y Horas Canónicas con delicada y concertada Música, y en especial el dia de la Purificacion, en que su devocion se cebaba y alimentaba con especialidad.

Podemos decir sin exâgeracion, que

su corazón mas vivia á los pies y en presencia de esta Soberana Señora, que en su pecho que animaba, porque continuamente meditaba modos como alabarla, honrarla y engrandecerla. Rasgos y llamaradas de esta devocion es la Letanía Encomiástica que compuso en su alabanza, que vió y aprobó la Sagrada Congregacion de Ritos. Y las muchas veces que en romería, y acompañado de muchos Eclesiásticos pasó á la Villa del Puche á visitarla en su preciosa Imágen, que en aquella Iglesia de Padres Mercenarios se venera con el título de la Vírgen del Puig ó Podio.

Los Santos, amigos de Dios, y carísimos hijos de esta Señora, tambien recibieron del B. Ribera las mayores y mas sensibles pruebas de amor y profunda veneracion. Como hijo fidelísimo de la Santa Iglesia, altamente instruido en la doctrina que ella enseña, sabia, que los sagrados huesos de los Santos fuéron templos vivos del Espíritu Santo, y miembros del mismo Christo, como asegura San Pablo; por

lo mismo les procuró en su Casa y Capilla un descanso honroso , y una larga serie de veneraciones , que ya dos siglos están recibiendo de los fieles, quienes les vén y adoran todos los Viérnes del año por la mañana, concluidos los Oficios. Gastó liberal 125<sup>0</sup> escudos en traerlos á su Capilla , y colocarlos en urnas preciosas. Y aun le parecia poco en razon de honrarlos , considerando la felicidad y riqueza espiritual que traia á su Casa , y los medios de soberana proteccion que en ellos proporcionaba á los fieles , y á toda Valencia. Decir el número y grandeza de estas santas Reliquias es asunto de muchas páginas ; me contentaré con decir hay de Christo , la Santísima Vírgen, de los Apóstoles , Mártires , Confesores y Vírgines ; y que en todos se admiran gloriosos trofeos de la Fe y la Religion.

Si religioso el B. Ribera procuró la mayor veneracion á los sagrados huesos de los Santos , con igual espíritu de piedad y religion veneró sus Santas almas , que triunfantes reynan con

Christo en los Cielos. Entre ellos, despues de Christo y María Santísima, le mereciéron especial devocion el Santo Angel Custodio, á quien todos los dias le rezaba su Oficio, y cuya Santa Imágen puso en un Altar de su Real Capilla, San Pedro, San Andres, San Antonio Abád, y los dos Vicentes Mártir y Ferrer: de este traxo desde Vannes de Francia á su Capilla una santa Canilla, gastando santamente pródigo mas de 300 escudos en su logro y conduccion. Para eternizar su aprecio y devocion á este Apóstol Valenciano, compuso los loores, que todos los años en su dia se cantan con acorde Música en su Capilla.

En la misma línea de veneracion puso á San Mauro Mártir Romano, á quien hizo Patron de su Colegio y Capilla, y en cuya alabanza compuso tambien unos devotísimos loores, que todos los años se cantan en su dia con tanta magestad, devocion y ternura, que embelesan, y santamente conmueven un numeroso Pueblo, que ansioso acude á esta sagrada funcion. Para sa-

tisfacer las religiosas ansias del B. Ribera, el Papa Clemente VIII. le envió desde Roma el Santo Cuerpo de este insigne Mártir por manos del Cardenal Fernando Niño de Guevara, en cuyo recibimiento, su espíritu devoto y magnánimo, se explayó en festejos y demostraciones de júbilo las mas magníficas y religiosas.

A San Luis Beltran, beatificado en 1605, profesó tambien una profunda veneracion, dotando con 40 escudos la fiesta que se hace todos los años en un Domingo, y mandando asistir á ella al Rector y Síndico de su Real Colegio, para perpetuar en ellos el aprecio y veneracion á tan grande y santo amigo. Tenia las mayores delicias siempre que se presentaba ocasion de honrar y venerar los Santos. Así lo vió la Villa de Alcira, quando fué hallado el Cuerpo de San Bernardo Mártir, que con magnífica sagrada pompa trasladó, y colocó en la Iglesia del Convento de Padres Trinitarios Calzados. Jamas entraba en los lugares que habian habitado los Santos, que no ca-



minase de rodillas , y humilde besase el suelo que ellos viviendo habian pisado. Así lo practicaba en las Cárceles donde estuvo preso San Vicente Mártir , y en la Celda donde vivió San Vicente Ferrer.

No se contentó su caridad y religion con venerar los Santos , que habiendo triunfado del mundo y sus pasiones reynan ya con Christo , y como estrellas brillan en perpetuas eternidades ; se extendió tambien á muchos Siervos de Dios , que á la sazón honraban y daban lustre á la Iglesia con su vida inocente y exemplar. Ellos son tantos , que podemos llamarlos ejército comandado por el Capitan Christo Jesus. Generacion de los que buscan á Dios , y buscan ver la cara del Dios de Jacob. Todos son dignos de un magnífico elogio ; me contentaré con honrar su memoria , vaciando aquí sus venerables nombres. Ellos fuéron el P. M. Fr. Luis de Granada , P. Anadon , P. Salamanca , Fr. Juan Micon , Dominicanos : Fr. Francisco Dabon , Trinitario Calzado : Fr. Domingo Rusola,

Fr. Juan Sanz , Fr. Angelo de Cernovicho , Fr. Gerónimo Caset , Carmelitas : Fr. Rodrigo Solis , Fr. Joseph Ramon , Fr. Melchor Aracil , Fr. Miguel Envedes , Agustijnianos : Fr. Pedro Nolasco , Fr. Francisco Andreu , Mercenarios : Fr. Antonio Sobrino , Fr. Juan Ximenez , Fr. Antonio Andreu , de los Descalzos de S. Francisco : Los Padres Rodriguez, Baldon, Fuentes, de la Compañía de Jesus. De los seculares , el V. P. M. Juan de Avila , el Doctor Juan Bautista Beltran , Cura de la Alcora : Nicolas Asensio , Labrador de Ruzafa: Y Pedro Muñoz , de Puzol. Con todos estos tuvo una amistad la mas fina y estrecha , acalorando su espíritu con su santa y freqüente comunicacion.

Tambien merecieron especial amor y confianza al B. Ribera los que ya, como hermosos soles , puso en el candelero la Santa Iglesia para la pública veneracion. Ellos fueron los Beatos Nicolas Factor , Gaspar de Bono y Andres Hibernon , con quienes tenia freqüentes celestiales coloquios ; mandan-

do formar Proceso de las virtudes de los dos primeros, que fuéron sólida basa sobre que se levantó feliz, y concluyó la causa de sus Beatificaciones, celebradas en Roma en 1786. Al B. Gaspar de Bono, sobre amarle aun viviendo, le honró persuadiendo á la santa Provincia de los Mínimos le eligiesen Provincial, cuyo empleo regentó con la pureza y santidad que el mundo vió y aplaudió.

Asimismo le diéron singular cariño S. Francisco de Borja y S. Carlos Borromeo, á quien envió cartas llenas de ternura y santa unción, á que el Santo Cardenal correspondió retornando algunas en que se encomienda á sus oraciones, y confiesa sus virtudes acaloráron su espíritu para el desempeño de sus funciones Pastorales.

Pero quien se llevó la mayor parte de sus santos cariños fué S. Luis Beltran, á quien visitaba freqüente, y de quien era visitado; recibiendo de sus coloquios tantas medras para su espíritu, y consuelos tan celestiales, que parece no sabia estar sin su compañía.

Bien persuadido de la santidad de este insigne varon , se difundia en actos los mas humildes y respetosos á su persona. Servíale la comida y bebida , hasta ponerle en la boca los bocados , le curaba sus llagas , y se las besaba humilde , y aun las lamia con su lengua ; en cuyo lance sorprendido y santamente corrido le decia : *Señor , no haga eso V. Excelencia con un Frayle , que está tan podrido en esta cama.* Pasaba muchas horas en la Celda del Santo en celestial conversacion , y el Santo le correspondia con la misma fineza , visitándole en su Palacio. Duráron estas expresiones reverentes y cariñosas tanto como la vida del Santo : en cuya última enfermedad le sirvió como un humilde enfermero , sin saberse desprender de él hasta que le pusieron en la sepultura , abrazándole ántes con ternura de hermano y de padre.

Pagóle el Santo estas demostraciones de amor y de aprecio con tenerle siempre muy en su corazon como uno de sus mayores amigos , con ayudarle con sus consejos y oraciones á lograr

la santidad que el mundo admira, y con una celestial visita que voy á referir. Estaba el B. Ribera en Burjasot en una casa de recreo, donde se retiraba algunas veces para respirar entre sus graves tareas: deseó le acompañase S. Luis, y no pudiendo por sus muchas ocupaciones, dixo le enviaria un Religioso, cuya compañía y conversacion le produciria muchos consuelos. Así fué, porque hablando el Religioso, sentia, que el corazon se encendia en amor de Dios, como los Discípulos conversando con Christo camino de Emaus. Vuelto á Valencia, hizo entender al Santo cuántos consuelos y delicias habia logrado con aquel santo Religioso, á que respondió S. Luis: Monseñor, así lo creo, porque ese Religioso fué S. Vicente Ferrer nuestro afectuoso amigo. Concluirémos este Capítulo con decir, que el B. Ribera, como tan amante y honrador de la santidad, era todo argos para buscarla, y todo corazon para amarla y practicarla, procurando la amistad de todos aquellos, que siguiendo su modo de pensar y obrar, le eran

estímulo para caminar, y aun correr en el estado de la virtud, único negocio en que su alma empleaba todos los esfuerzos y gracias que el Señor liberal le dispensaba.

## CAPITULO VII.

*De la piedad y profundo respeto que el B. Juan de Ribera profesó siempre á sus Mayores, Superiores y Prelados.*

Ya diximos en otra parte el profundo respeto que profesó á su padre, y quán pendiente estuvo de su voluntad en todas las cosas, y que miró sus preceptos y avisos como modelos, á cuya vista componia sus acciones y toda su conducta. Solo añadiremos algunos finos golpes de este respeto y rendida obediencia. Estudiando en Salamanca, le hizo saber seria de su gusto jamas usase de chinelas, por el daño que á su salud podria seguirse; ya nunca las usó solo porque entendió su padre así lo queria. Si hubo de leer Cátedra de Teo-

logía en Salamanca, si hubo de ordenarse, y finalmente admitir las altas dignidades de Obispo, Arzobispo y Patriarca, jamas se resolvió á ello sin haber primero exígido y logrado el beneplácito y bendicion de su padre: sin duda porque sabia lo que enseñó el V. P. M. Juan de Avila, que los que eran gobernados por obediencia, eran llevados en silla de manos, que no corrian peligro. A los Sacerdotes miraba con tanto respeto, que jamas quiso ser servido de ellos, sino en las Misas, Ordenes, Consagraciones y demas funciones Pontificales.

Aunque algunas veces viese alguno de ellos ménos atento á sus obligaciones, y manchado con algun delito, jamas le hablaba con severidad, zeño y tono magistral, sino siempre con gran mansedumbre, respeto y veneracion. Estas atenciones y veneraciones redoblaba si estaban adornados con el carácter Episcopal. Así se vió en uno que tuvo la sacrílega avilantez de poner manchas en su honor, de que hablaremos despues, y en el Señor D. Juan

Bautista Perez, Obispo de Segorbe, á quien asistió en su última enfermedad, y en Valencia, con expresiones del mayor amor; y cuyos últimos suspiros recogió, asistiéndole lleno de caridad hasta el último aliento de su vida, que conmutó por la eterna, según prometia su vida santa y penitente.

Si se ofrecia hablar de los Señores Arzobispos sus predecesores, descubria su cabeza, y si nombraban al Sumo Pontífice, sobre descubrir la cabeza añadía una profunda inclinacion. A los Ministros ó Nuncios del Papa quando pasaban por Valencia viajando á Madrid, ó quando venian á Valencia de vuelta de Madrid, les hospedaba en su Palacio lleno de amor y finísima política, les trataba y regalaba con esplendor y magnificencia, venerando en ellos al Supremo Pastor, cuyas copias y representantes eran. Así lo experimentó el Señor Cardenal Burgecio, despues Papa con el nombre de Paulo V., habiéndole hospedado en su casa, y tratándole con el honor debido á su persona y alto carácter. Por obsequiarle mas salió



con él á pasear en su carroza , pero como encogido de hombros á vista de la sagrada Púrpura , jamas quiso tomar otro lugar y asiento , que un rincon de ella.

Este insigne Purpurado ya Papa , le regaló una Cruz de oro con muchas Reliquias , que lleno de gratitud recibió arrodillado , y adorándola con ojos y boca por ser dádiva del Vicario de Christo , y no sufriendole su humildad servirse de ella , mandó ponerla sobre un pie de plata sobredorada , que depositó como Reliquia entre las muchas que se admiran y veneran en su Real Capilla. Las Bulas Pontificias las recibia igualmente de rodillas , se las ponía sobre la cabeza , y las adoraba con ojos y boca , ordenando poner luego en práctica lo mandado en ellas , y advirtiéndole á sus criados jamas detuviesen en la antecámara á los Notarios que las traian , y venian á intimarlas.

Siguiendo su rendida obediencia á la Silla Apostólica , andando la visita de su Diócesi , se abstuvo sin réplica de entrar en Cocentayna á hacer este

oficio, solo porque los Clérigos de aquella Iglesia le hicieron saber estaban esentos en aquella ocasion por Breve que tenían del Papa. A nombre de este le escribió el Cardenal Alexandrino cancelase y sepultase en el olvido un pleyto ruidoso y enconado sobre los derechos de sepultura, que sostenian los Curas de Valencia contra el Convento de Predicadores: al momento hizo callar las partes litigantes, y estableció entre ellas la paz y el sosiego. Jamas proveyó Beneficio colativo, que no fuese en sugeto Valenciano: por obedecer puntual á un Breve de Sixto V., que manda se provean siempre en Reynícolas. Asimismo luego recibió la orden de su Santidad, para que mudase en negro las Capas y Capillas de los Padres Trinitarios Calzados, hizo con mucha pompa esta ceremonia y funcion en su Iglesia Catedral celebrando de Pontifical, y predicando el nuevo electo Provincial. A esta rendida obediencia al Papa y la Santa Iglesia, acompañaba el vivo dolor que atormentaba su ánimo al

oir qualquier desayre ó vexacion cometida contra ella. La obstinacion de los hereges , y tenaz rebeldía contra sus decisiones era un dardo que penetraba su corazon ; con efecto decia muchas veces en tono lastimero: *Daria gustoso toda su sangre y vida , como con perderla pudiera reducirlos á su verdadera obediencia.* Entendió en cierta ocasion estaba muy trabajada la nave de S. Pedro , y que casi fluctuaba entre encrespadas ondas , al momento escribió al Sumo Pontífice , que si para salir con ayre de tantos apuros juzgaba importante su persona , demas de ella dispusiese de toda su hacienda , que con humildad y sinceridad ponía á sus pies. Aun en las cosas ligeras y de menor monta fué obedientísimo al Papa y la Iglesia. Solo porque el Nuncio del Papa al pasar por Valencia , y estar en su casa , le dixo debía siempre llevar muceta sobre el roquete para autorizar mas su Dignidad , jamas dexó de llevarla ni de dia ni de noche.

La dignidad Cardinalicia , como de-

rivada inmediatamente del Trono Pontificio, la miró siempre con la mayor veneracion, como se dixo arriba, y se verá por lo que refiero. Porque se excusó de recibir la sagrada Púrpura D. Fernando de Toledo, que le ofreció Gregorio XIII. creyendo seria gloria de Dios, y bien de la Iglesia el vestirla tan alto sugeto, y temiendo el no admitirla seria por no poder sostener con esplendor tan sublime Dignidad, al momento le ofreció 2<sup>o</sup> escudos annos, á que se negó cortes y agradecido dicho D. Fernando.

A los Reyes como Tenientes y Delegados de Dios en la tierra, miraba con una extremada veneracion: véase por lo que sucedió en Valencia. Hallábase en ella el dia de Ceniza el Rey Felipe III. que habia venido á desposarse con Doña Margarita de Austria, cuya ceremonia y Sacramento administró por orden de su Magestad, con preferencia al Nuncio y Arzobispo de Sevilla que le acompañaban. Penetrado de un profundo respeto á la sagrada Persona del Rey, al administrarle la

sagrada Ceniza hizo la señal de la Cruz con ella sobre su cabeza, sin osar tocar siquiera un cabello.

Con esta veneracion y aprecio miraba todas las Religiones como Regimientos al sueldo de la Iglesia, y columnas que la sostienen y afianzan. Todas recibieron de su mano muchos beneficios ya en limosnas, ya en favores de otra naturaleza. De ello hay muchos exemplares, bastará aquí referir uno. Celebráron en Valencia su Capítulo Provincial los Padres Dominicos, presididos de su Rev.<sup>mo</sup> P. General Becaria: á este y todos los Definidores convidó á comer en su Palacio, y por prendas de su amor y aprecio les dió 100 ducados para ayuda á los gastos del Capítulo. Y tambien predicó un eloqüente Sermon en la Catedral presentes todos los Capitulares, y el mismo P. General que cantó la Misa.

## CAPITULO VIII.

*De la mucha caridad con los próximos del B. Juan de Ribera, y de sus copiosas limosnas con los pobres.*

En varios pasages de esta historia queda dicho cuánto esmero puso siempre el B. Ribera en convertir los pecadores, reducir los Moriscos al conocimiento del verdadero Dios, é instruir á todos, hasta los mas pobres y desvalidos, en la Doctrina Christia y rudimentos de nuestra Santa Religion. Resta que digamos el zelo ardiente, y diligencia exâcta que puso, en que sus necesidades corporales y estrecheces fuesen socorridas; cuyo ramo es muy propio de todos los ricos, pero con especialidad de los Obispos, cuyas rentas, despues de tomar lo que han menester para la decencia de su estado y persona, deben invertirlo en el socorro de los pobres.

A estos miraba siempre como hijos queridos, y se desvivía por fabricar sus

alivios y consuelos en toda materia. Siempre estuvo aparejado para oírlos con paciencia y agrado, sin que la rusticidad y grosería de algunos bastase á hacerle variar de tono. Ninguna noche se retiraba á tomar un breve descanso, sin preguntar y saber si habia alguno en la antecámara, que pidiese su audiencia por algun negocio, ó necesitase de sus socorros para aliviar su miseria. Aquella pasion de enriquecer y elevar los suyos, que suele ser tan dominante y general en los que pueden, no tuvo la menor cabida en el corazon del B. Ribera. Quería sí en su Palacio á sus sobrinos y parientes; pero era solo para amaestrarles en la virtud, y formarlos sugetos dignos de desempeñar ventajosamente qualquier oficio civil ó Eclesiástico. Jamas encontráron estos en la casa de su tio un Palacio de un Príncipe, vestido de ricas colgaduras, adornado con lienzos de delicadas pinturas, y muebles de exquisito gusto y valor, sí solo como un Seminario donde se criaba y educaba santamente la juventud. Sus antesalas

estaban pobremente compuestas, y solo se veian sillas, camas, colgaduras en aquellas en que se recibian y moraban huéspedes, pero muy ordinario, y sin señales del menor fausto.

Los muebles del aposento de su retiro eran unas esteras de juncos, unas colgaduras de sayal para defenderse del rigor de las estaciones, quatro cuadros de los Santos Doctores de la Iglesia, una Imágen de Christo crucificado, una cama de madera á modo de tarima, y en ella un colchon y dos sábanas de estopa, y unos cabezales aforrados de lo mismo, unas sillas ordinarias, una pequeña mesa con una cubierta de algodón, y otra de lana. Y para el servicio de su mesa unas cucharas de madera, unos platos y escudillas de barro, y para el de su persona solos quatro criados, y una ordinaria carroza tirada de solos dos caballos.

Ceñida así su persona y casa á términos tan pobres y estrechos, resolvió desplegar la grandeza de su ánimo, lo anchuroso de su corazon en remediar



las necesidades privadas y públicas, objeto que siempre le mereció los mayores desvelos. Para ello nombró un pio y diligente Limosnero, que con la mayor exâctitud se informase de las urgencias de los pobres, y les acudiese con copiosas limosnas. Con este tenia conferencias todos los dias, y si de sus respuestas inferia, que algunos habian sido socorridos con escasez, por órden suya habia de volver aunque fuese de noche á remediarles con mas liberalidad y largueza. A las puertas de su Palacio se daba limosna todos los dias á quantos pobres así naturales como extranjeros acudian á pedirla. Y en la antecámara se daba á seis pobres viejos la misma comida, que se servia en la mesa de sus Capellanes. A todo pasajero necesitado, especialmente si era Soldado ó Sacerdote, se daba hospedage en su casa con cama y mesa, y al despedirse una buena limosna.

Su caridad se extendia á los pobres Cautivos, á quienes puso en libertad á costa de gruesas cantidades, y con mas ternura á los pobres enfermos postra-

dos en las camas. Para estos mantenía en el Hospital seis camas muy limpias y acomodadas, enviándoles todos los días de su casa la comida en canastos cubiertos de limpios lienzos blancos y olorosos, y manteniendo en unos quartos vecinos al Hospital dos ancianas mugeres encargadas de su servicio, limpieza y consuelo. De todo debía darle cuenta su Limosnero, y tambien de los enfermos que en sus casas particulares gemian aquejados de su pobreza y necesidad, á quienes tambien daba quanto habian menester para su decencia, consuelo y curacion, gastando en ello y en medicinas 200 escudos cada año.

Esta llama de caridad con los pobres, que el Señor habia encendido en su pecho, de cada dia tomaba mayores vuelos y aumentos, haciéndole discurrir modo y medios para socorrerlos y aliviarlos. A los encarcelados daba todos los dias veinte y quatro panes del peso de doce onzas. A las doncellas, cuya honestidad peligra muchas veces por falta de medios para lograr una honesta y decente colocacion, socorria

con dotes competentes con que se casaban honradamente. Todos los años el día de la Natividad de nuestra Señora gastaba 1200 libras en dotar quarenta doncellas, que vestidas con mantos blancos, y acompañadas de las primeras Señoras de la Ciudad, salían del Palacio Arzobispal procesionalmente hasta la Iglesia Mayor, donde asistían á la Misa y divinos Oficios, llenas de gozo y gratitud por tan señalados beneficios.

Quando estaba de Visita en los Lugares, se informaba del Cura y Regidores de las necesidades y urgencias de los pobres, y no salía sin dexarlas remediadas. En la Villa del Villar, que es de la Mitra, todos los años vestía de pies á cabeza á todos los pobres faltos de medios para subsistir. Andando su Visita llegó á Xátiva, donde entre otros pobres se le presentó una viuda muy necesitada, diciéndole saldria de su necesidad si le diese ocho escudos: oyó el B. Ribera esta súplica, y echando mano al bolsillo, que llevaba siempre lleno de reales de plata col-

gando del cinto , le dió un puñado de ellos : recibiólos , ¡ caso prodigioso ! habiéndolos contado , encontró puntualmente lo que habia pedido y habia menester , llenándose de admiracion quantos oyéron este caso.

Su caridad se extendia tambien á los párvulos. Tenia alquiladas muchas amas de leche , para criar aquellos niños , que por falta de ella , mucha necesidad , y habituales accidentes no podian sus propias madres : y por decirlo en una palabra , tenia por objeto de su compasiva liberalidad todo linage de pobres , y de toda esfera y oficios. Véase por el caso gracioso que voy á referir. Vivía enfrente de su Palacio un Carpintero cargado de muchos hijos, y que trabajaba noche y dia con mucho afan ; pero sin poder despedir de su casa el hambre y la pobreza. Compadecido el Santo Prelado , pensó un medio ingenioso para socorrerle y sacarle de aquella estrechez , que tanto le agoviaba. Mandó hacer un pastel, cuyo interior lleno de doblones se lo envió por mano de un criado de su ma-

yor confianza , cuyo regalo repitió por tres veces ; pero viendo no mejoraba de semblante y fortuna su casa , resolvió no enviarle pasteles tan regalados. En esta coyuntura llegó á su audiencia el B. Nicolas Factor , quien le dijo : no se moleste V. Excelencia en enviar mas pasteles al Carpintero , ni se fatigue en buscar , porque los enviados no le han librado de los ahogos de su pobreza , porque Dios me ha revelado le quiere trabajado y con pobreza en este mundo. Quiso informarse mas á fondo de este caso , y halló , que el Carpintero , sin probarlos , los envió á otro ménos necesitado que él. Quedó alabando la divina Providencia , cuyos giros son incomprehensibles. Muy de otro modo le sucedió á un Zapatero , á quien una grave enfermedad consumió hasta los materiales de su oficio. Asistióle con copiosas limosnas andando la enfermedad , y ya recobrado le mercó todos los instrumentos necesarios de su oficio , con cuyo socorro quedó rico , porque conservó su casa y familia con decencia , sin haber

menester apelar á la caridad del Prelado.

A los nobles de esta esfera , á quienes el rubor cierra la boca para manifestar sus estrecheces, socorria de un modo ingenioso , lindo y político. Les enviaba unas caxitas llenas de confitura , y en el fondo todo el dinero que su prudencia juzgaba habian menester para salir de su apuro , y esto por mano de un criado de su mayor confianza , á quien mandaba las entregase en propias manos del Caballero necesitado , sin que nadie lo entendiese , con este dulce recado : *Que digo yo reciba esa poca de confitura , que espero será de su gusto por ser muy buena , y haberse concertado en mi casa.* Y variando algunas veces la traza , enviábales platos llenos de pollos , gallinas ó capones cocidos , y disimulada entre ellos la suma ya de 100 , ya de 200 escudos. Por el peso llegaron á sospechar los criados habia algo mas sobre la confitura y gallinas , y no se engañaron; porque hubo ocasion , que con este disfraz llevaron á un Caballero 400

escudos , y 300 á una noble Señora.

En las necesidades públicas , y calamidades por hambre , carestia , enfermedades ó peste , se dilataban los senos de su corazon , y se convertia todo este en pies y manos para acudir á todos con los remedios mas oportunos y eficaces. En cinco meses de hambre y carestia que padeció la Ciudad de Valencia gastó 4738 escudos en mercar el mejor trigo , que mandaba amasar en su Palacio , socorriendo todos los dias á cada uno de los pobres con dos panes del peso de treinta y dos onzas , y al anochecer con quatro ó seis onzas mas á las familias horradas y vergonzantes cargadas de hijos , á quienes la luz del dia y el rubor detenia en sus casas. Lo mismo á proporcion practicó en la Ciudad de Xátiva , en las Villas de Carcagente , Ontiniente y otros Lugares ménos numerosos , afligidos con la peste y otras enfermedades contagiosas , á quienes añadía socorros espirituales ; destinando Sacerdotes para que tratasen de todos los menesteres de sus almas con

la administracion de los Sacramentos.

Para no retardar á los pobres el consuelo, y estar siempre expedito para socorrerlos, tenia en su retrete 40 escudos, y un gran repuesto de zapatos, medias, capas, capotes, basquiñas, con eso apénas mediaba tiempo entre oír la necesidad y socorrerla. Quantos vergonzantes se le presentaban, sacaban quanto habian menester para su vestido y calzado. Quando encontraba por las calles ó caminos algunos pobres hombres ó mugeres, que traian pollos ó gallinas para vender, si en su gesto conocia su gran pobreza y necesidad, mandaba parar la carroza, y travaba con ellos pláticas de ajuste de lo que traian, y concertado el precio se los daba doblado, con facultad de pasar al mercado y venderlo por su precio justo.

Era su caridad mas grande que su Arzobispado, se extendia hasta los extranjeros. Todos los años daba 100 escudos para los pobres Ingleses, que en el Colegio de Valladolid estudiaban y se habilitaban para predicar la Reli-



gion en su patria , y otros tantos al P. M. Fr. Luis de Granada , para que socorriese á los pobres que estaban pendientes de su cuidado y enseñanza , encargándole anduviese mas liberal con los mas devotos y recogidos , para quienes entre año enviaba sumas considerables. Hasta algunos nobles que estaban en Madrid padeciendo en sus casas mucha necesidad , porque el rubor les embargaba los pies para buscar remedio , alcanzaban los efectos de su abundante y fecunda caridad , recibiendo freqüentes y copiosas limosnas de su mano.

Esta caridad , de cuyos ardores , como del Sol , podemos decir no habia quien se escondiese , se difundió tambien entre sus domésticos y familiares , á quienes sobre sus salarios asistia con crecidos socorros para salir de sus urgencias , y sobre todos los oficiales que trabajaban en la fábrica de su Capilla y Colegio , á todos dió quanto habian menester para hacerse Maestros en sus respectivos Oficios , y al Director de la obra , que vino á ménos , quan-

to hubo menester para comer y vestir con toda su familia, que era muy numerosa. En fin, el B. Ribera pudo por sus copiosas limosnas decir con Job: *Fuí ojos para el ciego, pies para el cojo, y padre de todos*: de que agradado el Señor, quiso manifestarlo con milagros, como verémos en el Capítulo siguiente.

## CAPITULO IX.

*Se prosigue la materia del Capítulo pasado, y se refieren algunos milagros que el Señor obró en confirmacion de la gran caridad del B. Juan de Ribera.*

Son los milagros obras del solo poder de Dios, y que se elevan muchos codos sobre todas las facultades de la naturaleza. Son voces y testimonios, que da el Cielo de la virtud y santidad de un sugeto, por cuyos ruegos y méritos les hace; en fin, una clara executoria, que su vida es agradable en la divina presencia, y digna de pre-

mio. En muchas ocasiones habló así el Cielo para hacer ver al mundo la heroyca santidad del B. Ribera; cuyas voces repitió canonizando su heroyca caridad con los pobres, de que dan prueba los casos siguientes que voy á referir.

En el Pueblo de Rusafa, poco distante de Valencia, vivia un Labrador humilde, sencillo, y de vida irreprehensible llamado *Nicolas Asensio*. Estaba ya muchos dias aquejado con unas tenaces quartanas, en cuya curacion habia consumido los pocos haberes de su casa, que quedó reducido á una necesidad, que se rozaba con la extrema. Era ya entrado el mes de Diciembre, y se habian cerrado á lo humano todas las avenidas por donde pudiera recibir algun socorro: motivo porque su muger destempló su lengua en palabras pesadas contra su marido, quien paciente como otro Job las sufrió, exhortándola á poner sus esperanzas en Dios, que jamas sufrió estuviese el justo desamparado, y sin pan para su alimento. Obligado el Señor de la pacien-

cia y conformidad de *Nicolas*, acudió con el remedio en la hora, que habia menores apariencias de lograrlo. A dos horas despues de mediodía estando lloviendo, soplando un viento muy frio y destemplado, llegaron á las puertas de su casa un Sacerdote y un criado montados en sus mulas, y preguntando á un doncella, que cerca de la puerta estaba haciendo labor, ¿dónde estaba *Nicolas Asencio*? ¿y qué comunicacion tenia con el Señor Patriarca? Respondió estaba enfermo de calenturas tercianas, y que no tenia el menor trato con el Señor Patriarca, ni sabia le hubiese hablado siquiera una vez.

Oido esto entró á ver al enfermo, á quien dixo: habeis de saber, hermano, que en dia de tanto frio, ayre y lluvia me ha mandado venir desde *Burjasot* el Patriarca mi Señor, que allí se halla. Y mandando luego al criado descargar la mula, le entregó 10 escudos, dos gallinas grandes, dos piernas de carnero con toda la parte de los riñones, muchos panes blancos, y una cesta llena de peras, manzanas,

azucar, confituras y otras cosas de regalo para el enfermo. Quiso entónces el Sacerdote besar la mano al buen Labrador, á que humilde se resistió, quedando lleno de admiracion, de gratitud á su insigne bienhechor, y á Dios, que así le socorrió y consoló sobre toda esperanza, y en la hora de mas aprieto.

Convalecido ya, á pocos dias fué á Palacio á besar la mano al B. Ribera, y darle las mas rendidas gracias por tan copiosa caridad. Recibióle el Santo Prelado lleno de dulzura y afabilidad, encargándole las diese á Dios, que pródigo mira á todos, y hace amanecer el Sol sobre justos y pecadores. Alentóle á perseverar en aquella vida trabajosa y humilde, y que á menudo fuese á visitarle en su Palacio; lo que practicaba todos los Juéves despues de haber visitado y adorado al Santísimo Sacramento en la Real Capilla del Colegio, y en otras ocasiones en que él mismo le llamaba prendado de aquella sencillez y sinceridad de Asensio, cuyas qualidades es-

O

timaba mucho en todos. Pasado algun tiempo llevóse el Señor para sí al humilde *Nicolas Asensio*, y el B. Ribera llevando adelante su amor y liberalidad con él, le mandó enterrar en su Real Capilla, á cuyo entierro concurriéron los Cleros de San Valero y San Andres, pagando todo el coste del entierro, y mandando igualmente celebrar muchas Misas por su alma. Duró esta caridad del B. Ribera en la familia de Asensio, dándoles todos los años crecidas limosnas.

Otra voz dió el Cielo aprobando la caridad del B. Ribera en el caso siguiente. A ocho leguas de Valencia vivia una Señora agoviada de una grave necesidad, y tan sin alientos para buscar remedio, por dominada de un extremado rubor, que estaba casi en vísperas de la desesperacion. Luchando así su corazon con la necesidad y el rubor, vió entrar por las puertas de su casa un criado del B. Ribera, que la entregó un cofrecito cerrado, y una carta que la decia, tomase la llave, le abriese, y tomase quanto hubiese me-

nester para salir de su agovio y pena. Sorprehendióse la Señora del gozo y la admiracion, abrió el cofrecito, y tomó lo que bastaba para salir de su apuro, y cerrado lo devolvió al B. Ribera, acompañando con expresiones de la mas fina gratitud, y quedándose dando gracias á Dios, que así se dignó revelar á su Siervo su gran necesidad, y poner en su corazon la voluntad de socorrerla.

Otro tanto sucedió con otra Señora de Valencia: estaba sumamente afligida por no poder sostener los gastos precisos para vendimiar una viña, en que se estaba pasando la uva, que se disminuía de cada dia, por los muchos que se aprovechaban de ella, como si fueran dueños. Desahogando su pena con una hija suya hácia la media noche dixo: ¡O si el Señor Patriarca tuviera noticia de mi mucha pobreza, y cómo procuraria luego remediarla su caridad fervorosa! Apenas amaneció, y dexó la cama, oyó llamar á la puerta: era un criado del B. Ribera, que la entregó 40. escudos

de limosna, diciendo: Mi amo y Señor me manda ponga en manos de Vueseñoría este dinero, que ha de servir para aquel negocio, que sabe se está pasando. Se despidió quedando la Señora pasmada, y casi sin acabar de creer lo mismo que estaba viendo; porque á sola su hija y dos criados habia manifestado su mucha necesidad. Se redobló su admiracion, porque fué la cosecha mucho mas abundante que otros años: atribuyéndolo á los méritos de su bienhechor, y á la bondad de Dios, que por su mano así quiso consolarla.

Muy parecido á este caso es el que sucedió con un caballero, á quien entre los dulces que le regaló en un gran plato, envió escondida una gran cantidad de dinero, á tiempo que estaba bien necesitado y afligido, sin saber á qué medio apelar para salir de su apuro.

Toda la Ciudad de Valencia fué testigo en cierta ocasion de los prodigios, que Dios obraba para acreditar la caridad heroyca del B. Ribe-



ra. Estaba asediada de tanta carestía y hambre, que no sabia por qué caminos buscar el remedio y consuelo de sus moradores. Estando en este conflicto vió una noche arder en vivo fuego el aposento de retiro del Santo Prelado, y conjeturando de este hecho alguna favorable novedad, á la mañana siguiente vió en la Playa del mar del Grao muchas Naves cargadas de trigo, que bastó para acallar y desterrar el hambre de todo el Reyno. Todos lo tuvieron por un prodigioso milagro, que se dignó hacer la Divina providencia en premio de los grandes méritos y heroyca caridad de su fidelísimo Siervo.

No podia ver ó saber necesidad, que no se le enternecieron las entrañas, y su corazon se conmoviera con la compasion; pero donde esta caridad parece brilló mas, fué en remediar las necesidades y aficciones interiores, que como verdugos atormentan á quien las padece. Ninguno llegó á su presencia triste y pesaroso, que no volviese consolado, y dilatado el

corazon con una santa alegría, porque sus palabras blandas, y como bañadas de miel, parecian un rocío del Cielo derramado sobre los corazones. Lo mismo experimentáron muchos aun despues de su muerte y feliz tránsito al Cielo.

Miéntras vivió en este mundo, poco satisfecho en remediar con ambas manos las necesidades de todos, se valia tambien de las ajenas, dando grandes limosnas á muchos devotos Caballeros, y exemplares Sacerdotes para que las repartieran entre aquellas gentes necesitadas, que alcanzaba su noticia. En fin, no hubo pobre que no hallase en su corazon compasivo todo el alivio que habia menester. A solo uno no alcanzáron los influxos de su beneficencia: llegóse á pedirle limosna, repitió tres veces su súplica, pero jamas fué oido, ni mereció una ligera seña de compasion. Sorprehendido de esta irregular esquivez, puso la mano en el pecho, exâminó los senos de su corazon, y hallándole manchado con el aseó de culpas mortales, creyó lue-

go el Señor le habia dado á conocer su mal estado, y su indignidad de ser socorrido, por enemigo declarado de Dios, á quien tan en su corazon tenia siempre el B. Ribera.

Pareciéndole aun ceñidos los términos de este mundo para desahogar los ardores de su caridad y liberalidad, convirtió su corazon y ojos compasivos hasta el Purgatorio, procurando de muchos modos los alivios de aquellas benditas almas. Todos los dias en sufragio de ellas rezaba el Oficio de Difuntos. Entre año mandaba celebrar muchas Misas; y para que estuviese en los fieles viva la memoria de ellas, erigió en su Real Capilla un Altar en honra suya. Mandó en sus loables Constituciones, que los Oficios de Difuntos se canten con mucha pausa y devocion, para no defraudarlas con la prisa y tibieza de los Ministros; y que todos los años se canten muchos Aniversarios por su alma, por los Reyes de España Felipe II. y Felipe III., por sus padres, parientes, criados, amigos y bienhechores. Y finalmente, que al otro dia

despues de la Octava del Santísimo Sacramento se cante un solemne Aniversario por todos aquellos que fuéron frequentes en adorar tan Augusto Misterio; dándonos lugar con todo lo referido á decir, que fué el B. Ribera qual otro Pablo, todo para todos para llevarlos siempre en su corazon, y ayudarles de mil maneras en lo espiritual y temporal.

## CAPITULO X.

*Prosigue la materia del Capitulo pasado, y se da noticia de los muchos Conventos que fundó, y la mucha caridad con que los socorrió, y á sus Religiosos.*

**P**arece está ya agotada toda esta materia, y que nada resta por decir; con todo vamos á referir con la mayor claridad é individualidad las muchas limosnas, que andando los años de su sabio y santo gobierno repartió, para que el piadoso Lector dé sola una ojeada, y como en resúmen y compendio

vea su extension, y su santa profusion, y tambien para cerrar la boca á algunos temerarios, ignorantes y poco pios, que osáron destemplar sus lenguas, é hincar el diente en la santa memoria del B. Ribera, achacándole la mancha de poco limosnero.

En los años que gobernó la Santa Iglesia de Valencia como dignísimo Arzobispo, repartió entre los pobres 756<sup>3</sup> escudos, sin contar 6<sup>3</sup> que gastó en idas á las Cortes Generales, á las de los Reyes, en sus recibimientos, en hospedages indispensables de Cardenales, Nuncios, Obispos, Prelados, Príncipes, sin embargo de tener gravada su Mitra con 10<sup>3</sup> escudos de pension. Solamente la limosna que repartió andando en las Visitas de su Diócesi ascendió á 62<sup>3</sup> escudos. Y si á estas grandes sumas añadimos los muchos miles que gastó en las Iglesias que fundó en los Lugares que fuéron de Moriscos, y en la magnífica fábrica de su Real Capilla y Colegio; en fundar nuevas Rectorías, muchos Conventos de Religiosos y Monjas, en otras muchas obras

pías, y las que por su mano secretamente repartió: concluirémos, repartió tanta limosna, que parece no cabia en la esfera de sus posibles, y que anduvo en ella la mano benéfica del Señor, que tambien multiplicó en el desierto los panes y los peces.

Los Conventos y los Religiosos percibiéron mucha parte de esta beneficencia y liberalidad del B. Ribera. A los Limosneros de las Religiones mendicantes mandaba dar todos los dias un pan de doce onzas de peso, y sobre otras muy crecidas y fréqüentes, en el dia de su Santo Patriarca les costeaba una abundante y religiosa comida. A los Descalzos de S. Francisco, llamados comunmente de S. Juan de la Ribera, siendo entónces sesenta, daba todas las semanas pitanza de carne en dos dias; y á mas muchos regalos de dulces, pan blanco, vino, gallinas, pollos para los enfermos. Y por considerarlos de suma utilidad para el público y la Religion, mercó el terreno del Huerto y Convento, mandando levantar las paredes hasta el Noviciado, y casi concluir la

Iglesia : y si no prosiguió hasta el fin y sello de esta obra tan pia , fué porque el Arcediano de Valencia llamado *Roca* quiso tomar mucha parte en esta fundacion , y costearla de sus haberes, esperando con ello granjearse un gran premio en la presencia de Dios.

A los Recoletos de S. Francisco, llamados del *Valle de Jesus* , socorria todos los años con 60 escudos, y con una pitanza de carne cada semana , añadiendo en cierta ocasion darles un mulo de los mejores de sus caballerizas para el servicio del Convento. En las ocasiones en que por algunos dias se retiraba y moraba en aquel Convento, no permitia saliesen los Limosneros á pedir limosna , tomando de su cuenta entónces todo el gasto de la Comunidad.

Como la caridad es un fuego sagrado , que arde en el pecho , y tan santamente voraz , que nunca dice basta, el B. Ribera por encendido y poseido de este fuego , estaba noche y dia meditando medios cómo Dios fuese servido y glorificado , y enderezados en

el camino de la eterna salud todos sus súbditos y feligreses. Creyó medio eficaz para estos santos fines traer á Valencia el santo y penitente instituto de los Capuchinos. Tráxolos con efecto desde Cataluña, venciendo mil estorbos y dificultades, que el demonio y la falsa política del mundo suelen presentar y atravesar en semejantes empresas. Fundóles su primer Convento en los arrabales de Valencia al fin de la Calle llamada de Alboraya, en cuya fundacion y establecimiento gastó liberal 17<sup>3</sup> escudos, sin contar los muchos que miéntras vivió gastó para su comer, vestir y calzar. Para que no se extinguiese con su muerte su amor y liberalidad con estos santos Religiosos, mandó, que su Real Colegio les suministrase siempre quanto hubieren menester. Que todos los años le diese la cera para el Juéves y Viérnes Santo, y una comida religiosa decente y abundante en los dias de la Purísima Sangre de Christo, dia octavo del Santísimo Sacramento, y de su Seráfico Padre San Francis-



co, el aceyte de la lámpara que siempre arde ante el Santísimo Sacramento, la lana para su vestuario, y lo que fuere menester para los reparos de la fábrica del Convento. Concluida su Iglesia tuvo la bondad y dignacion de trasladar y colocar el Santísimo Sacramento dia de nuestra Señora de los Angeles del año 1598; cuya solemne y religiosa funcion acompañaron y autorizáron los Cabildos Eclesiástico y Secular, el Virey, y demas Ministros del Gobierno Político y Militar.

Fundado ya este Convento, ó fuerte castillo para hacer guerra al vicio, fomentar y proteger la virtud, convirtió sus miras y corazon á otras fundaciones del mismo instituto, y de tanto provecho espiritual como esta. Con efecto fundó luego el de Santa María Magdalena, que es Casa de Noviciado en el territorio del Lugar de *Masamagrell*, el de la Villa de Albayda, el de Ontiniente, el de Alicante, el de la Ollería, el de la Ciudad de Segorbe, mandando, que este

número de Conventos , que formaban ya Provincia se intitulase *de la Sangre de Christo*. Ordenó tambien á su Real Colegio , que todos los años reparta 10 escudos entre la Parroquia de San Andres , Hospital General , Casa de San Antonio Abad , y Niños huérfanos de San Vicente.

Lleno de gozo el B. Ribera viendo en los Padres Capuchinos como unas tropas auxiliares para el mas provechoso gobierno de su Arzobispado , quiso tambien hubiese santas Vírgines del mismo instituto , que con su vida penitente , y continuos clamores en la oracion atraxesen sobre todas sus ovejas las dulzuras de la divina misericordia. Con efecto aplicó toda su autoridad , para que se fundasen los Religiosísimos Monasterios de Capuchinas baxo la Regla de Santa Clara en la Ciudad de Valencia y Villa de Alzira , para cuyas fundaciones , sobre los influxos de su autoridad , contribuyó con grandes y copiosas limosnas , mirándole por lo mismo ambos Monasterios como su glorioso Padre y Fundador.

Desplegándose mas y mas su caridad y amor con las santas Religiones y Religiosos, contribuyó con grandes cantidades para la fundacion del Convento de S. Joseph, Carmelitas Descalzas: de S. Felipe, de Religiosos de la misma Orden; y de los Padres Agustinos Descalzos, llamados de Santa Mónica, á quienes dió una clarísima y realzada prueba de su amor, regalándoles la primorosa Imágen del Santísimo Christo intitulado *de la Fe*, que colocó con sus propias manos, dexando en él un poderoso incentivo á la devocion y compuncion por ser tan devota, preciosa y bien acabada.

Tambien fué partícipe de su ardiente zelo y caridad la Casa de Arrepentidas, y el Monasterio contiguo de Monjas con la invocacion de S. Gregorio. Dió muchas limosnas para la fábrica, y procuró sostenerlas á todas en su arrepentimiento y virtud con continuos socorros que las enviaba, y con apoyar con sus luces, consejos, y todo el peso de su autoridad al Hermano Francisco del Niño Jesus su fun-

dador, quien inspirado de Dios emprendió y concluyó obra tan de su agrado, y de tanta utilidad para muchas, que de cuervos se conviertan en palomas cerradas en esta mística arca.

Pero donde desplegó todos los resplandores de su zelo y liberalidad, fué en la fundacion del exemplar instituto de Agustinas Descalzas, y en levantar y fundar Conventos, donde estas abejitas pudiesen recogerse para formar el panal de virtudes mas delicioso y agradable á los divinos ojos. Habia hecho muchas instancias á la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesus, para que se dignase venir á Valencia, y fundar Monasterios de su Orden, donde muchas, como olorosas azucenas, pudiesen derramar por Valencia y todo el Arzobispado las suaves fragancias de sus virtudes. Ciertos motivos y estorbos, que la Santa Madre no pudo vencer, priváron al B. Ribera de estos espirituales consuelos, y pretendidas ventajas para su Arzobispado; pero su espíritu siempre fogoso y fecundo en inventar medios para que Dios fuese

glorificado, y las almas aprovechadas no pudiendo aquietarse, y quedarse en una inaccion, comunicó sus santos proyectos á sus grandes amigos S. Luis Beltran, Beatos Nicolas Factor y Gaspar de Bono, y al Hermano Francisco del Niño Jesus arriba citado, quienes los aprobáron y aplaudiéron como derivados de la divina inspiracion: y aun los acaloráron y diéron mayor movimiento, diciéndole habia en algunos Conventos de Valencia Monjas tan observantes, que poco satisfechas con medianías, aspiraban á heroismos, á vivir en instituto mas solitario y rígido, donde estuviesen cerradas todas las puertas por donde el demonio (por nuestra fragilidad) suele inspirar algunas especies, que agitan y turban los ánimos.

No se convirtieron por entónces en frutos estas flores, no surtiéron todo el efecto que se deseaba estos santos pensamientos y proyectos forjados en el pecho del B. Ribera todo encendido en caridad, porque el demonio adivinando la guerra que en aquellos

P

Monasterios ó Castillos se le habia de hacer , con mucha solapa y arte diabólico atravesó estorbos invencibles á lo humano ; pero Dios , que sabe de la boca del leon sacar miel , de los leños purísimos aceyte , y del mismo pecado la gracia , por medios bien distantes y contrarios á la humana prudencia , puso la masa en las manos del B. Ribera , para que emprendiese y concluyese esta obra tan de su gloria y agrado ; permitiendo un lance trágico y sacrílego , que voy á referir , y sirvió como de ocasion y basa al místico edificio de las Agustinas Descalzas.

En la Villa de Alcoy , distante de Valencia diez y seis leguas , vivia un extranjero de nacion Frances , y de costumbres harto rotas. Habiendo entrado en la Iglesia , y visto abierto el Sagrario , robó sacrílego la Custodia de plata , que contenia las Sagradas Formas. Salióse con el robo en el seno , y al pasar por la plaza , á tiempo que la campana hacia señal á las Ave Mariás , todos por superior im-

pulso se arrodilláron hácia su persona , adorando el Santísimo Sacramento que traia escondido. Sorprehendido de tan extraña novedad , y agitado con los remordimientos de su mala conciencia , que le punzaban como aguijon , tomó el camino para salirse de la Villa ; y estando abiertas todas sus puertas , su imaginacion obscurecida con las tinieblas del pecado , se las representó cerradas : repasó luego el camino que habia andado , y á gran priesa marchó para su casa , y entrando en el establo , cavando el estiércol , hizo un hoyo donde enterró la Sagrada Custodia con las Formas , echando encima un haz de leña para quitar toda sospecha del hurto sacrílego , que acababa de cometer.

Llegó esta triste nueva á los oidos del Cura , quien luego la pasó á todos los vecinos : estos penetrados de dolor , y bañados sus ojos en lágrimas , en confusa turba corriéron en busca de su tesoro y su Dios. Y teniendo por prendas de hallarle en casa del ladron , su vida indevota y ro-

ta, se encamináron á ella, y revis-tándola con el mayor cuidado uno de los que andaban en esta ocupacion, asomándose á la puerta que ofrecia paso al corral, vió (¡ó prodigio! ¡ó maravilla!) unas luces que salian entre los ascos del estiércol. Caváron luego el estiércol, que aun blandecía, y á pocos golpes del azadon encontráron el Sagrado Tesoro, quedando sorprendidos del pasmo y de una indecible alegría. Formóse luego una Procesion, y con devota y sagrada pompa trasladáron y colocáron en el Sagrario el Santísimo Sacramento.

De todo se dió exâcta noticia al B. Ribera, en cuyo corazon se excitáron dos afectos bien distantes; de pena, considerando entre ascos al que tiene por peana de su trono los mismos Serafines; y de gozo, viendo ya entre profundas adoraciones al que poco ántes insultaban y ultrajaban sacrílegas manos. Para desagraviar al Señor, y reintegrarle en el honor á que tiene derecho por infinitos títulos, mandó luego fabricar una Iglesia en



el mismo sitio á honra de Christo Triunfante en el Sepulcro ; sobre cuya basa se levantó el Edificio de las Agustinas Descalzas , cuyo instituto, ya algunos años tenia ideado y trazado en su corazon , para que el Señor recibiese continuos sacrificios de honor y alabanza , en el mismo sitio donde habia sufrido injurias tan sacrílegas. Mandó tambien fabricar contiguas á la Iglesia , Celdas , Dormitorios , y demas oficinas para que pudiesen vivir cómodamente algunas doncellas , y con el olor de su virginidad y demas virtudes recrear al mismo Dios.

Un edificio que habia de ser estable , duradero , y de mucha gloria para Dios , pedia unos fundamentos igualmente sólidos , para que jamas cayese, ni aun siquiera bambanease con los vientos de las persecuciones, y soplos malignos del demonio. Para ello habidas las licencias necesarias , en el año 1597 sacó del Monasterio de S. Joseph tres exemplares Religiosas , y otras tantas de igual virtud del Monasterio de Ca-

nónigas de S. Agustín, para con ellas dar principio al Monasterio de la Villa de Alcoy, que quiso se intitulase del *Santo Sepulcro*. Y para que en todas seis viviese un mismo espíritu, un mismo modo de pensar y obrar, ordenó que las Carmelitas Descalzas, como maestras y fundadoras de la nueva Reforma que iba á establecer, instruyesen á las Señoras Canónigas en las prácticas y reglamentos estrechos que iban á dárselas, y dándolas el Hábito, se acomodasen al rigor de la Descalcez. Este instituto ya bosquejado, dígamoslo así, y medio formado, acabó de establecer y darle toda sazon el B. Ribera, poniendo en las manos de todas las Constituciones de la Santa Madre Teresa, y unos reglamentos hijos de su espíritu, llenos de sabiduría, uncion y perfeccion.

Agradóse tanto el Señor de este nuevo espiritual establecimiento, que á manera de árbol plantado junto á las corrientes de la divina gracia, en pocos años extendió sus ramas por muchas partes, fundándose nuevos Con-

ventos, en que muchas santas Vírgines, siguiendo el Cordero Celestial do quiera que va, se van sazonzando y proporcionando para las eternas delicias y bodas en el Cielo. Al de Alcoy siguió luego el de Denia, el de Santa Ursula de Valencia, el de Almansa, el de la Ollería, el de Segorbe, el de Murcia, el de Xábea y el de Beniganim. En todos vive el espíritu de su Santo Fundador y Reformador, porque de todos andan muy léjos los pecados, y en todos florece maravillosamente la humildad, la pobreza, la obediencia, la castidad, el retiro, la abstraccion, y todo quanto contribuye á formar una christiana Heroína.

Rebozaba de júbilo el B. Ribera, viendo ya cumplidos y perfectamente acabados sus santos proyectos; y oyéndose llamar Padre de tantas hijas, que por tan legítimas de su espíritu procuran beberle y conformarse en sus santos modos de pensar y obrar. Buena prueba de estas verdades, fragrantés flores, y sazonzados frutos de este místico jardin son las Madres Sor Do-

rotea de la Cruz, primera piedra de esta Reforma, Sor Juana de S. Joseph, Sor Magdalena de S. Christóbal sus compañeras, Sor Constancia de la Concepcion, Sor Paula de S. Antonio, Sor Francisca de S. Agustin, y Sor Mariana de S. Simon, de quien dixo el Señor D. Andres Balaguer, Obispo de Orihuela, que la noche en que murió, se vió el Cielo tan iluminado, que se podia leer con su luz como si fuera el mediodía. Unos resplandores semejantes se viéron quando con tres compañeras pasó de Denia á la Villa de Almansa, para fundar el Convento que allí tiene esta Santa Reforma.

De igual mérito en la presencia de Dios fuéron Sor Dorotea de Jesus, Sor Vicenta de S. Francisco, Sor Victoria de S. Estéban, y Sor Catarina de la Santísima Trinidad, hija espiritual del B. Ribera, quien muchas veces la vió elevada de la tierra algunos palmos, andando su oracion fervorosa: como tambien Sor Paula del Espiritu Santo, Sor Beatriz de Jesus, y Sor Elena de S. Joseph. Tambien floreciéron en el

Convento de Beniganim Sor Leocadia de los Angeles, Sor Ines de la Cruz, y en el tiempo vecino á nosotros la V. Madre Sor Josepha de Santa Ines, asombro de sencillez, penitencia y todas virtudes que admira el mundo, y dan esperanza de verla sobre los Altares, cuya causa se trata en el dia con mucho zelo y aplicacion. Asimismo viviéron y muriéron en el Convento de Santa Ursola con crecidos créditos de santidad las Venerables Madres Sor Rosa de S. Géronimo, Sor Juana de Christo, Sor Mariana Juana de la Madre de Dios, de la ilustre casa de Palafox y Silva, Sor María de S. Joaquin, y casi en nuestros dias las Madres Sor Vicenta del Corazon de Jesus, Sor Antonia de la Asuncion y Sor Patricia de Santa Clara.

A este Convento de Santa Ursola acudia muchas veces el B. Ribera á oír sus confesiones, y hacerlas espirituales razonamientos, cuyas semillas derramadas en los corazones de tan santas Vírgines, las hicieron crecer en virtud y santidad, que dexáron co-

mo en herencia á todas sus sucesoras, quienes con la gracia de Dios son vivas copias de sus mayores y fundadoras. Para que los avisos, instrucciones y reglamentos que daba el B. Ribera á sus hijas y sus santas Vírgines, que así las llamaba, durasen mas que su vida, y se extendiesen hasta la fin de los siglos, escribió á la Madre Sor Dorothea de la Cruz, Priora de Alcoy, una carta docta, santa, llena de santa uncion, en que les muestra los fines que tuvo en la fundacion de este santo instituto, y las enseña el camino que todas deben seguir para llegar felices al Cielo, y lograr el maná escondido, que Dios prometió á los que se crucificaron con Christo, y vencieron sus pasiones y apetitos.

## CAPITULO XI.

*Del don de profecía , y penetracion de los corazones , que el Señor comunicó al B. Juan de Ribera.*

Es gage esencial , y á solo Dios reservado el escudriñar los corazones , penetrar hasta los pensamientos mas profundos y escondidos , y el conocer con infinita claridad todas las cosas pasadas , presentes , futuras y posibles. Este gage , ó un destello de él , suele el Señor comunicar á sus mas fieles siervos en testimonio del amor que les tiene , y para que los fieles los veneren como tenientes y delegados suyos , puesto participen como algunos rasgos de sus perfecciones infinitas , y en ellos alaben la soberana liberalidad en amar y honrar á quien con corazon puro le ama , y procura su gloria.

El B. Juan de Ribera , segun hemos visto en esta historia , procuró amar siempre al Señor con los modos mas finos , con la caridad mas ardiente , y

adelantar á toda costa su mayor gloria y exáltacion; cuyos desvelos y heroycos actos de virtud quiso el Señor ilustrar, y como sellar con el don precioso de profecía, y penetracion de interiores, como vamos á referir. En tiempo que el Rey de España Felipe II. envió contra Inglaterra una poderosa Armada, esperando triunfar de aquella Nacion y de su perversa Reyna *Isabela*, hija de Enrique VIII. y de su amiga la infame *Ana Bolena*, como fiel vasallo pidió á Dios el feliz éxito en aquella empresa; pero reparáron sus criados, que contra su genial modo de producirse con todos, andaba aquellos dias muy pensativo, triste y pesaroso. Un sugeto de su mayor confianza, usando de ella, se llegó á preguntarle, ¿qué era la causa de su mucha afliccion? A que respondió despues de muchas amorosas porfías: *¿No tengo de estar triste, si en esta empresa, sobre no salir con nuestro intento, hemos de perder lo mejor de nuestra gente y Armada?* Quedáron todos admirados al oír esta respuesta, no habiendo motivos ni apariencias para



temer, por tener España un Ejército de mucha gente valiente y aguerrida, y una poderosa Armada de Baxeles fuertes, y bien surtidos de todo lo necesario; pero dentro de pocos dias llegó la infausta noticia del destrozo de la Armada, quedando todos penetrados de dolor, y admirando el espíritu profético del B. Ribera.

Asimismo quando se trataba la expulsion de los Moriscos, y estaba ya en vísperas de executarse, muchos hombres prudentes, y entre ellos el Canónigo D. Francisco Lopez de Mendoza, llenos de temor y sobresalto, le representáron lo arduo, y poco ménos que imposible de la empresa, y las funestas conseqüencias que podian temerse, por ser ellos gente bárbara, feroz, aguerrida, criada en miseria, y que revueltos y unidos en masa podrian dar mucho que sentir y que llorar; á que respondió con serenidad y lleno de confianza en Dios: *Os aseguro, que no teneis que temer, porque sin golpe ni herida se han de ir mediante las asistencias de Dios nuestro Señor.* Replicó el

Canónigo: va bien, que los Moriscos se vayan; pero siendo muchos en número, dexando aquí sus hijos pequeños, y muchas haciendas á que tienen grande apego, es de temer, que puestos en Africa, se unirán con otros Reyes, y favorecidos del Turco, quando ménos pensemos, se echarán sobre nosotros, poniendo en conflicto toda la Nacion, y causando iguales estragos, que los que experimentó en tiempo del Rey D. Rodrigo por influxos de su mal vasallo el Conde D. Julian: á lo que con ánimo tranquilo, y lleno de certidumbre respondió: *No dudeis sucederá todo sin la menor desgracia, segun os lo tengo dicho, porque aunque amenazan esos peligros que me propone vuestra cordura, habeis de saber, que dentro de breve tiempo todos se han de deshacer como la sal en el agua.* El efecto confirmó la prediccion, porque aquellos bárbaros sedientos del oro y la plata que de España habian traído los Moriscos, acabáron con todos ellos sin quedar rastro, ni hablarse de ellos, como si jamas hubieran exístido. Así lo dixeron

algunos Christianos que vinieron de aquellas Provincias el mismo año del destierro.

Con la misma ilustracion del Cielo predixo un suceso bien distante de suceder, y en tiempo que sobre él ni era regular hablarse ni pensarse. Fué á visitar al B. Juan de Ribera Don Juan de Zuñiga, mocito de catorce años, hijo de los Condes de Benavente, á quien dixo: *¡O, y qué buen matrimonio ha de celebrar con el tiempo V. Excelencia con la Señora de quien hoy se ha tenido noticia haber nacido en Madrid!* Sonrióse el jóven, y sus hermanos que estaban presentes, y tambien sus padres quando lo entendieron; pero el tiempo acreditó no era dicho pronunciado acaso y en tono festivo, sino una clara y expresa profecía, porque andando el tiempo por rodeos y circunstancias que Dios con su sábia providencia convino, se efectuó dicho casamiento con aquella Señora: pasmándose todos al pensar, de quán léjos habia visto el B. Ribera lo que tenian ya presente.

Año y medio ántes que fuese elevado á la sagrada Púrpura D. Gaspar de Borja , se lo dixo al Dr. Tudela el B. Ribera ; añadiendo en la conversacion daba gracias al Señor , porque se dignaba elevar á puestos tan altos sugetos que se habian criado en su casa , y baxo su enseñanza. No faltó una palabra á lo predicho , porque puntualmente fué creado Cardenal dicho Señor al cabo de año y medio. Muchos años ántes de morir , profetizó el dia y hora en que moriria su grande amigo S. Luis Beltran , y que habia de ver vestidos á sus Colegiales en su Colegio concluido este y su Real Capilla , y que habia de morir en los aposentos que á la sazón se estaban fabricando para su persona , que de ellos habian de baxarle á la Iglesia sin ninguna pompa. Todo sucedió puntualmente , y con las mismas circunstancias que lo predixo.

Estando en el Monasterio de la Murta de Padres Gerónimos , y con salud algo quebrantada , quiso una noche cenar de vigilia , de que se le quejó a-

morosamente el Médico Tudela , á quien dixo : *Hermano Dr.* , *habeis de saber , que se va acabando la vela de la vida , y que como Prelado tengo de dar exemplo á los súbditos , y asimismo estoy obligado á hacer penitencia de mis pecados y descuidos.* Con efecto , dentro de diez dias contraxo el accidente que le acabó la vida. Cuyas circunstancias combinadas por el Médico , concluyó diciendo , habia hablado con espíritu profético.

Bien léjos de ser Provincial se consideraba el P. Fr. Juan Ximenez , pues ni aun Definidor habia sido. Se lo predixo muy ántes el B. Ribera , y el efecto probó de muy cierto el vaticinio , de que quedó admirado dicho P. Ximenez ; como de que se empezase el Proceso del P. Sobrino , que el mismo Beato delante de otro Religioso , algunos años ántes dixo , cumpliria el número de doce del Reyno feliz de Valencia , de quien quando habló , solo habia once pendientes.

Con la misma luz del Cielo habló á un Párroco , que le presentó las Bu-

Q

las para percibir cierta pensión de su Curato, que iba á renunciar, en cuyo asunto se habia conducido con el mayor secreto. *Habeis de saber*, le dijo, *que ni á Dios ni á mí nos habeis engañado, aunque todo quanto habeis urdido para la renuncia del Curato, lo habeis hecho con tanto disimulo. Y para que entres en conocimiento de tu yerro, te aviso, que procures prepararte para morir presto, porque te aseguro gozarás poco de los frutos de tu engaño. Y así fué, porque el Párroco Simoniaco no vivió un año cumplido.*

Sabian ya muchos esta ilustracion celestial de que estaba bañado su entendimiento. Por lo mismo temian ponerse en su presencia, conociéndose gravados con culpas mortales. A ello se atrevió uno, pero luego se vió descubierta: habia confesado con otro Confesor sus pecados mortales, y para aparecer ajustado en presencia del B. Ribera, fué á confesar con él los veniales. Mas luego oyó esta respuesta: *Anda á dexar la paja donde has querido dexar el grano.*

El Dr. Bartolomé Giner , fué á presentarse al B. Ribera despues de haber convallecido de una grave enfermedad causada de sus acciones erradas ; luego oyó que le dixo por tres veces : *Gobernaos bien.* Con que conoció estaban patentes á sus ojos su conciencia y conducta.

Por ciertas cosas de poca monta, que se habian perdido en su cocina, reprehendió con severidad á su dispensero. Entendiólo el Dr. Jayme Christóbal Ferrer , y luego le juzgó hombre mísero , apocado, y de corazon ceñido. Fué á visitarle despues de pocos dias , y luego oyó que le dixo : *Hermano , aunque ese otro dia , que asimismo vino á hacerme merced como ahora , vió que reprehendia á mi criado por cosas de poca importancia , que por su descuido se pierden en mi cocina , advierta, que con ello aun no le he dado bastante fundamento para juzgarme en su interior por hombre cuitado y de miseria ; porque habeis de saber , que si le reprehendí, no fué por lo que valen cosas de tan poca monta , sino porque por su descuido*

*se pierde la hacienda de los pobres, que ha encargado á mi cuidado la Magestad Divina.*

Admirable fué tambien el conocimiento que tuvo del interior de la Condesa de Castro Doña María Enriquez de Ribera su sobrina. Agitada esta de crueles escrúpulos fué á consultar con su tio, esperando de sus consejos algun alivio en ellos. Puesta en su presencia, olvidada de lo que deseaba saber, puso en plaza asuntos totalmente inconnexôs; pero el B. Ribera poco á poco fué hablándola al corazon, desatando todas sus dudas, y aplicando con arte medicinas á las llagas de su conciencia agitada. Al momento se tranquilizó su corazon, dando gracias al Señor, que la habia librado de cruz tan pesada, y alabando la luz superior con que su tio habia penetrado hasta el fondo de su ánimo.

Fué á visitarle en cierta ocasion el Duque de Gandía, resuelto en su ánimo (que á nadie habia manifestado) de pedir la libertad de cierto Caba-



llero, que como Virey tenia preso en las Cárceles; pero ántes de hablar, le previno diciendo: *Pariente, os hago saber, que poco hace estaba pensando habia de venir V. Excelencia á pedirme la libertad de D. N. y que yo estaba respondiendo, venia V. Excelencia á pedirme una cosa en que yo no podia darle gusto.* Con cuya respuesta quedó el Duque como atajado, sin atreverse á hablar en ello, y alabando el espíritu de Dios, que latia en el pecho del B. Ribera. Omito otras predicciones prodigiosas, y paso á referir otros dones y gracias gratis dadas con que la Magestad de Dios honró y ennobleció al B. Ribera.

## CAPITULO XII.

*De otros dones y gracias gratis dadas con que Dios ilustró al B. Juan de Ribera.*

El Señor á quien está patente todo corazon, como acertadamente dice la Santa Iglesia, quiso tambien lo estu-

viesen algunos á los ojos del B. Ribera, y que hablase de sus movimientos y sensaciones con la certeza, que de las cosas materiales sujetas al informe de los ojos, y exámen de la vista. Esto confiesa de sí D. Pedro Luis Armunia, Caballero Valenciano, y el Cánónigo D. Francisco Lopez de Mendoza dixo no se atrevia á ponerse en su presencia, si la conciencia le remordia de alguna falta, sin haberse ántes confesado, y quedado muy limpio, por el temor que los ojos lince del B. Ribera la habian de ver y descubrir. Lo mismo sucedia en sus domésticos y familiares, enseñados de varios lances que en esta materia les habian sucedido.

El P. Mtro. Figueroa, de la SS. Trinidad, cada vez que llegaba á su audiencia, quedaba admirado y alabando á Dios, al ver la singular modestia que brillaba en su rostro y en toda su persona, y aun en sus gestos y palabras, pareciéndole voces con que le hablaba al corazon. Y en verdad así era, porque sus familiares viéron salir de su

presencia á muchos llorando sus pecados, á quienes hacia llamar para avisarles y corregirles en desempeño de su oficio Pastoral. Los mas culpados y duros se enternecian en su presencia, añade el Obispo de Segorbe D. Pedro Gines Casanova ; porque en sus palabras, cara, ojos y persona manifestaba la gran santidad, con que Dios habia enriquecido su alma.

Esta santidad se vió como en espejo en todos los lances de su vida ya referidos, y en las dulces lágrimas que derramaba andando sus santos ministerios, como predicar, confesar, manejar el Santísimo Sacramento, llevarlo á los enfermos, avisar pecadores, y otras cien cosas de que ya se hizo mencion, y seria pesadez repetirlo aquí. Aun quiso el Señor retocar mas el lienzo de la santidad del B. Ribera con vivos coloridos de otros dones mas brillantes y realzados. Muchas veces hizo apareciese su rostro bañado de resplandores: que predicando en su Colegio se viesen dos palomas muy blancas junto á él, y cerca de

sus oídos dos hermosos Niños como inspirándole las palabras y sentimientos que habia de predicar: que su librería siendo de noche, y estudiando en ella, brillase como alumbrada del mismo Sol. Y finalmente, concediéndole el don de hacer milagros, executoria la mas convincente de una santidad rara y prodigiosa. Vamos á referir algunos que pondrán de manifiesto esta verdad.

Pablo Alfonso, Escribano de Valencia, ya mucho tiempo padecia un tenaz ardor de orina, que le affigia mucho. Creia que besando la mano al Santo Prelado, y recibiendo su bendicion curaria; hizolo así, y al momento quedó libre. A pocos dias volvió el accidente con la misma fuerza, repitió besar la mano, y recibir la bendicion, cuya medicina fué tan eficaz, que desapareció el accidente para todos los años que sobrevivió. S. Luis Beltran enfermo de hidropesía, padecia una sed tan ardiente, que para sufrirla habia menester la paciencia heroyca que el Señor le concedió. Díxole el B. Ribe-

ra: P. Luis, ¿quiere beber una taza de agua bien fria? ¡O Señor! respondió el Santo, eso seria darme la vida. Al punto mandó enfriar el agua, y darle una taza bien colmada, con órden la bebiese toda. Contradiciéndolo los Médicos y el P. Salamanca, que creyeron seria acabarle la vida. Presentáronle con efecto la taza de agua que bendixo el B. Ribera, cediendo su humildad al Santo, quien se resistió á hacerlo en presencia de tan gran Prelado. Bebióla hasta apurarla, y luego exclamó alegre: Señor, ya estoy bueno. Con efecto, dentro de pocos dias se levantó de la cama perfectamente sano.

Al mismo S. Luis que estaba de visita en Burjasot con el B. Ribera, traxeron un muchacho enfermo de lamparones, para que le curase. Disputáron entre sí los dos quién habia de echarle la bendicion, ó hacer el milagro. Hubo de ceder la humildad del B. Ribera á las santas porfías de San Luis, echó sobre el muchacho su santa bendicion, cuyo efecto fué dexarle enteramente limpio y sano. Un lance

muy parecido al que acabamos de referir fué el siguiente. Traxeron a San Luis un muchacho aquejado de un vehemente dolor de cabeza. Pidió al Santo el B. Ribera consolase al enfermo, repuso: V. Excelencia lo haga, que tambien puede darle lo que pide como yo. Habiendo regateado entre sí quién habia de poner las manos sobre la cabeza, convinieron en ponerlas ambos. Al punto desapareció el dolor, dexando al muchacho lleno de consuelo.

Una pena interior cruel agitaba el ánimo de Bernardo Segarra, sin poderse valer, ni hallar remedio. Juzgó lo seria besar la mano al B. Ribera, besóla con efecto, y al momento quedó su ánimo tranquilo y animado de una dulce serenidad. Es pasmoso el caso que sigue, y que obró nuestro Santo Prelado andando de visita. Llegó á un rio que venia tan crecido, que era imposible vadearle. Echó sobre él la bendicion, y pasáron todos sin mojarse siquiera un pie, de que quedáron pasmados, y alabando su santidad. Así

lo depone Doña Ana María Blanes de Córdoba.

Para poner el sello y fin á este Capítulo, y que el mundo acabe de conocer quán liberal é interesado se mostró Dios en manifestar la santidad de su fiel Siervo el B. Ribera, y quán agradable era en su divina presencia, voy á referir una admirable vision que tuvo una alma de virtud aventajada, andando su última enfermedad. Confesaba esta sierva de Dios con el Dr. Tomas del Castillo, Penitenciario del Real Colegio. Llegado el dia de Navidad de 1614, trece dias ántes que muriese, le dixo: Sepa V. Reverencia, que este Príncipe (así llamaba al B. Ribera) tiene en el Cielo dos grandes Abogados S. Mauro y el B. Luis Beltran, S. Mauro ruega poco por su salud, porque tiene por cierta su salvacion; pero no así S. Luis, porque aunque tiene por cierto lo mismo, á nuestro modo ordinario de pensar, le afligen los trabajos de este Reyno y su Patria Valencia, y la falta que hará en estas urgencias, si Dios le lleva para sí. Y

bien, Señora, le respondió el Confesor, ¿y todo lo que me ha dicho, ya está alcanzado? No Señor, le respondió. Así se vió muriendo el dia 6 de Enero siguiente. Cediendo las súplicas humildes de S. Luis á los eficaces ruegos de S. Mauro, que por tan sazonado en la virtud, y tan fatigado con tantas faenas, le queria para su compañero en el Cielo. En cuyo lance se vé quán preciosa era la vida del B. Ribera, y quán útil y necesaria para los intereses espirituales y temporales del Arzobispado, que obligó á un San Luis á rogar eficazmente, ante el trono Divino, por su conservacion.

### CAPITULO XIII.

*De la profunda humildad, que resplandeció en el B. Juan de Ribera.*

7  
Ser humilde entre los desprecios y abatimientos, y entre las obscuridades de una pobre cuna y vulgar crianza, no es de mucho peso y valor, decia S. Bernardo; pero ser verdaderamente



humilde, baxo y abatido en su interior, quien nació sobre finas olandas, se crió cercado de muchos halagos y gran número de criados, y sobre esto, adornado de altos Oficios y brillantes Dignidades, es cosa rara y peregrina, y que se eleva muchos codos sobre la esfera comun. De esta casta y ralea fué la humildad del B. Ribera. El, como vimos, tuvo una cuna tan brillante, que solo cede al trono, estuvo escoltado de criados, colmado de riquezas, atendido y obsequiado de Grandes, de Príncipes, de Reyes, y finalmente, ilustrado con las altas Dignidades de Obispo, Arzobispo, Patriarca y Virey. Con todo, pensaba de sí tan baxamente, y estaba tan pegado al polvo de su nada, que todos los obsequios y homenajes, que rendian á su persona, eran penas que le affligian, cruces que le martirizaban.

El oirse llamar Il.<sup>mo</sup>, Exc.<sup>mo</sup>., títulos propios de sus Oficios y Dignidades, era para su ánimo humilde una cruz de plomo. Por eso no podia sufrir, que se arrodillasen en su presen-

cia para besarle la mano. *No hijos*, decía en estas ocasiones, *no hagais esto conmigo*, porque no es digno de veneracion, de vuestro devoto respeto un Sacerdote como yo tan malo. Estos mismos humildes sentimientos oyó de su boca el Conde de Benavente, Virey de Valencia. Dia de S. Vicente Ferrer, presente á la Misa este Señor, al verle pasar por la Capilla Mayor para el Púlpito, dexando su asiento, y puesto en pie le hizo reverencia. Afligido y sonroseado de ello el Santo Prelado le dixo: *Suplico, Señor, á V. Excelencia con el debido rendimiento, que no haga tanta honra á un Sacerdote como yo tan malo*. No se dió el Conde por entendido, hubo de ceder la humildad del Prelado al profundo respeto del Virey, que se mantuvo una rodilla en tierra, hasta que le vió puesto en el Púlpito.

Pasando por Córdoba, fué hospedado contra su voluntad en casa de una ilustrísima Persona, quien le previno una cama blanda, mullida, con todos los adornos que dicta y enseña

la mas melindrosa comodidad ; pero estuvo tan léjos de descansar en ella, que sin haberla tocado , mandó á sus criados la descompusieran para disimular su humilde mortificacion.

No solo huia toda honra , aun de un saludo cortes se resentia su humildad. En ocasion de andar por los corredores altos de su Colegio , vióle un sugeto , y le saludó muy cortes, segun se merecia y creia deberlo hacer ; á quien señalando con el dedo la Iglesia , y volviéndose á él con mucho amor le dixo : *No hijo , no bagas eso otra vez conmigo , porque yo no merezco ser venerado , sino Christo Señor nuestro , que se adora en esa Capilla en el siempre augusto y venerable Sacramento , que sea para siempre bendecido y alabado.* Quedó aquel hombre sobremanera admirado viendo tal despego de toda honra , y aun visos de ella , y edificado al considerar quán en su razon tenia la devocion al Santísimo Sacramento.

Siguiendo los impulsos de su mucha humildad y caridad , iba muchas

veces al Convento de sus amados Padres Capuchinos, donde celebraba la Misa Conventual, dando la Comunión á muchos que acudian atraídos de tan poderosos exemplos, y despues visitaba los Religiosos en sus Celdas, á quienes servia la comida algunas veces en el Refectorio, sin sufrir que nadie se levantase, ni le hiciese la menor señal de obsequio y reverencia.

El verdadero humilde huye de los puestos altos como de precipicios, porque su humildad le representa al vivo su flaqueza y su incapacidad para desempeñarlos ventajosamente. El B. Ribera como tan humilde, huyó siempre de ellos á pie junto, sin tener jamas los deseos mas débiles de lograrlos: y si aceptó tantos y tan lustrosos, fué siempre por obediencia á su padre, ó á otros que juzgaba Superiores y Delegados de Dios para mandarle. Puesto en ellos los miró con tan santo despego, que no dudó escribirle al Rey Felipe III. diciéndole, que de él y sus cosas no se debia hacer mas caso, que el que suele hacerse de un trasto, que por

inútil está arrojado á un rincón del mundo. Como la humildad *es tan delicada*, dice S. Francisco de Sáles, *que se espanta aun de su misma sombra, y así no puede oír su propio nombre sin riesgo de perderse*: el B. Ribera huía con la mayor diligencia qualquier cosa que pudiera alterarla y amancillarla.

Jamas pudieron persuadirle mandase imprimir unos Comentarios sobre las Epístolas de S. Pedro, obra docta y sazónada á juicio de los hombres mas sabios. Y si puso en las manos del Rey Felipe III. un docto y fundadísimo memorial, impugnando el trato y franco comercio con los Olandeses, fué persuadido de hombres sabios, que supieron asegurarle terciaba en ello el bien de la Christiandad. Alabáronle el Rey y sus sabios Ministros; pero léjos de hincharse su ánimo con estos aplausos, sirviéron para mas reconcentrarse en su corazón, y sentir de sí con mas baxeza.

Así se vió el año 1604, quando el Rey vino á Valencia á celebrar Cor-

R

tes generales. Deseando su Magestad dar una prueba de su amor y aprecio á su persona, resolvió salir á caballo una tarde, y llevarle á su lado: así se lo hizo entender por mano del Marques de Malpica su sobrino. Oyó este mensaje lleno de rubor y confusión, juzgándose indigno de tanta honra, á que humilde, y con los términos mas corteses se negó. Pasmóse toda la Corte al oír una respuesta fundada en tanta humildad. Volvió el Marques á decirle, que el Rey ya prevenido el caballo le estaba esperando. Redobló el rubor al pensar se hacia tanto caso de su inutilidad, y animado de un valor Apostólico y santa libertad que á los suyos comunica el espíritu de Dios, segun S. Pablo, le dixo: *Me haga V. Excelencia el favor de decir á su Magestad, que aprecio como es debido las muchas honras, que se sirve hacerme; pero que de ningun modo me puedo ajustar á recibirlas, por parecerme no ser razon, que yo siendo un pobre Capellan vaya al lado de mi Rey.*

Siguiendo el mismo estilo de huir

los aplausos y altas confianzas como de peste, jamas quiso convidar á su mesa al Rey miéntras se detuvo en Valencia, ni brindarle para la diversion con el Palacio de retiro que tenia en Burjasot, ni aun allí visitarle, solo porque supo, que en cierta ocasion que el Rey se paseaba por el jardin, le esperaba para hacerle algun particular favor. Del mismo modo se conduxo, y con el mismo espíritu de humildad huyó de semejantes honras, que queria dispensarle el prudentísimo Rey Felipe II., yendo á pasearse algunas veces á otra casa de recreo y retiro, que tenia en los arrabales junto al Convento de los Padres Capuchinos.

Para que su nombre si fuera posible quedase borrado para siempre de la memoria de los hombres, jamas quiso consentir sacasen su Retrato, por mas que muchos se lo instáron; y si en el dia se vé alguno, es porque á hurtadillas y sin saberlo lo pintó alguno á instancias de sus apasionados y devotos. Sobre las fachadas de su Colegio, y de tantos Conventos que

fundó, jamas quiso se pusiese el Escudo de Armas de su nobilísima casa, ni se viese su nombre, por juzgar que eso huele á soberbia y vanidad, achaque tan general en los que nacióron entre los resplandores de una alta distincion. Solo permitió se pusiesen su nombre y oficios sobre una lápida colocada á la entrada de la Capilla Mayor de su Colegio, que escondia sus santos huesos, como deseando ser despreciado y pisado de todos. Estos humildes sentimientos producía muchas veces, y aun desde el Púlpito, diciendo: *Era un gran desatino ostentar no por humildad, sino por soberbia y vana estimacion, no solo el ser fundadores de suntuosos Templos, sino tambien el preciarse de linajudos, Grandes, Ricos, Príncipes, y de muy Caballeros.*

Sabia bien es cosa buena y santa esconder el Sacramento del Rey Eterno, y lo que despues enseñó S. Francisco de Sáles por estas palabras: *El verdadero humilde no quiere parecerlo, sino serlo.* Por lo mismo, con la mayor destreza procuraba desviar todas las



ocasiones , en que su virtud pudiese comparecer en público con su nombre, y geniales colores. *Verdaderamente, Señor, le dixo Don Pedro Gines Casanova, que no parece, sino que segun adivina V. Excelencia es un Profeta.* Al momento en tono festivo, y retirando su virtud hasta el fondo del corazon respondió : *No juzgue Vueseñoría de mí tal cosa, porque aquello que parece profecía, no es sino adivinar de viejos, de quien comunmente se suele decir, que si no adivinan alguna cosa, son viejos que no valen para nada.*

Ponia el mayor cuidado, que no se trasluciese en el público su espíritu mortificado y penitente. Aunque maceraba siempre su cuerpo con ayunos, vigiliass, oraciones, disciplinas y cilicios, echaba sobre estas obras buenas el barniz del mayor disimulo y cautela, escondiendo los instrumentos como géneros prohibidos; aunque Dios, que quiere sean sus Santos antorcha sobre el candelero, para que alumbren á todos los moradores de su Casa la Santa Iglesia, permitió que despues de su

muerte se encontrasen sus disciplinas bañadas en sangre, sus ásperos cilicios y otros instrumentos de mortificación que tenia bien cerrados en su escritorio, y escondidos con disimulo en otros parages.

Tan gran caudal de humildad fué visto y alabado de muchos, que admiraban en él un enlace prodigioso de tanta baxeza en su opinion, con tanta alteza de nacimiento y honores: tanta sabiduría con tanta sencillez, tanta destreza para santificar á otros con la persuasion de ser un mal Sacerdote; solo el B. Ribera abismado en su nada no acertaba á ver sus grandes virtudes y brillantes méritos, ni siquiera creia haber adquirido el ínfimo grado de la humildad.

Así se lo dixo al P. Fr. Juan Ximenez en ocasion de hablar de la profunda humildad de S. Pasqual Baylon. Temblando y lleno de confusion le dixo: *¿Qué es esto, P. Fr. Juan? ¿Qué hacemos nosotros, que no procuramos ser humildes, despreciando nuestro saber y libros, que no sirven sino para fomentar*

*vanos aplausos, viendo se nos levantan con el Cielo los ignorantes, pequeñuelos y sencillos? A que respondió el V. Padre: No tienen, Señor, los libros la culpa, sino nuestra soberbia, que debemos abrasar con el fuego de la mortificación de nuestras pasiones. Se alegró mucho al oír esta tan prudente y oportuna respuesta, que le estimuló á fundarse mas y mas sobre el sólido cimiento de la humildad.*

Llegó esta á tan alto grado en su corazón, que como trasportado del amor y aprecio de ella, no dudó decir muchas veces desde el Púlpito: *Que á saber, que en su auditorio hubiese alguno que sirviese á Dios de corazón, sin la menor duda baxando de él, pasaria á besar donde pisaban sus pies.* No tuvo ocasion de exercitar actos tan heroicos de humildad; pero sí de tratar muchas veces con cariño y afabilidad á personas humildes y sencillas, como pobres labradores y oficiales que tenían en su corazón la mayor cabida, por frisar tanto con su modo de pensar y obrar. Fué este siempre con la misma

sencillez que un niño de quatro años. Así lo deponen muchos que le oyéron discurrir en varias materias y negocios, diciendo habia llegado á un grado eminente de humildad.

## CAPITULO XIV.

*De la gran mansedumbre y paciencia heroyca del B. Juan de Ribera.*

La paciencia es el escudo donde han de dar los golpes de la persecucion, y sin ella no hay mérito ni corona. Esta verdad tuvo muy sentada en su corazon el B. Ribera. Por eso procuró allegar un gran caudal de esta virtud, bien necesaria en los que puestos en lugar alto han de mandar y corregir á otros, que olvidados muchas veces del respeto y la moderacion, se revuelven como sierpes pisadas contra sus superiores. Estos lances pesados y amargos experimentó andando los años de su santo y largo gobierno, en tanto grado, que su co-

razon parecia la campana del relox donde dan todos los golpes. Los casos que siguen harán ver estas grandes verdades. Aunque fué siempre manso y sufrido, fuéron algunas veces tantos los embates de trabajos y persecuciones que agitáron su corazon, que por un honesto desahogo llegó á decir á D. Pedro Gines Casanova: *No sé con qué fundamento pueden decir los hombres, que los pesares han quitado la vida á algunos, quando experimento no me la han quitado á mí, siendo los que he padecido y padezco tantos y tan graves.* Con todo, como sordo no oia, como mudo no desplegabá sus labios para la queja, ni movia sus manos para la defensa. A pesar de su natural colérico, siempre mantuvo su rostro bañado de serenidad, paz y mansedumbre, sin aparecer la menor seña de ira, cólera y sentimiento.

Así lo vió un Obispo, que criado en su casa desde niño, tuvo la sacrilega avilantez de acusarle, por medio de un Memorial en presencia del Rey y del Papa, de mal entretenido con

mugeres. (¡O Dios, y qué tiro tan violento para una alma mas blanca que el armiño!) A pocos pasos se descubrió la enorme falsedad de esta acusacion, y luego baxó de ambos tronos la órden y precepto, que le pidiese perdón de tan enorme calumnia. Fué con efecto; mas luego que le vió el B. Ribera en acto de arrodillarse á sus pies para pedirle perdón, corrió á impedirselo con señas del mayor amor, estrechándole entre sus brazos, y sin dexarle hablar palabra, concluyó lleno de mansedumbre: *Monseñor Il.<sup>mo</sup>, espero, que de disgustos pasados no hemos de hablar, ni que V. Señoría Il.<sup>ma</sup> me ha de negar este favor.*

No habiendo el Obispo podido cumplir en esta ocasion lo que se le mandó, estando el B. Ribera en el Convento del Valle de Jesus, como lo hacia muchas veces, acudió el Obispo á hacer su obligacion y deber, mas luego que supo venia, baxó á recibirlo en la Portería, estrechóle entre sus brazos, con señas las mas finas de amor, en presencia de muchos que le acompa-

ñaban , que lloraban de ternura y admiracion , sabedores del caso. Visto esto , hubo el Obispo de divertir á otro asunto la conversacion ; y lo mismo le sucedió en otras ocasiones. Salió de sí de puro pasmo , pues sobre no permitirle hablar , le regaló los dias que con él allí se detuvo , como si jamas hubiese ocurrido cosa alguna.

Con igual serenidad , paciencia é igualdad de ánimo se portó en otras ocasiones bastantes á hacer titubear la paciencia de Job. En público Cabildo destempló su lengua un Canónigo , diciéndole en su cara palabras muy pesadas y amargas ; pero léjos de darse por entendido y responder con agrura , se fué á su Palacio con el mismo sosiego que habia venido. Otro Prebendado , acaso resentido de algun amoroso aviso ó amonestacion , tuvo la osadía de murmurar en tono muy alto de las acciones del Santo Prelado. El Provisor creyendo esto no podia sufrirse y disimularse , tuvo que proceder jurídicamente contra él. Al fin , apeado de su locura y error , se pre-

sentó al Santo Prelado lleno de vergüenza y confusion por lo que habia hablado ; pero léjos de asomar por sus labios quejas y reprehensiones , con un semblante risueño le levantó del suelo , le abrazó , y en satisfaccion del agravio solo añadió : *Señor D. Fulano , por mi amor le digo se vaya al Coro , y en adelante no tengamos mas ocasiones de disgusto.*

Aun brilló mas su mansedumbre y paciencia en el caso siguiente. Estando en Cabildo con sus Canónigos , un Clérigo , olvidado de los profundos respetos debidos al Prelado , se descompuso indignamente de palabras contra su sagrada Persona. Hablando del caso en Palacio aquella tarde algunos Eclesiásticos , encendidos en justo enojo contra aquel Beneficiado , le juzgaron digno de un exemplar castigo ; pero bien léjos de pensar así el mansísimo Prelado , como sino fuera el ofendido , le dixo al Canónigo D. Francisco Lopez de Mendoza , que lo depone con juramento : *Ea , Señor Canónigo , enviemos á Mosen Fulano alguna*



*cosa de gusto , porque puede ser que con algun pesaroso sentimiento se haya esta mañana con lo que ha sucedido destemplado el suyo. Y luego echando mano de una prenda que valdria como quatro doblones , se la envió con pasmo y admiracion de los presentes , que no acababan de ponderar la paciencia del Santo Prelado.*

En los años primeros de su Arzobispado , como halló tanto desconcierto en las costumbres , y en los Eclesiásticos tanta tibieza y aun relaxacion , hubo de valerse de medios algo duros , sí bien cocidos en el fuego de la Santa caridad , como lo aconseja S. Francisco de Sáles ; pero como los estómagos , por tan relaxados no podian recibir y digerir estas espirituales medicinas , se revolviéron contra el Santo Prelado , dándole tantos sinsabores y pesares , que la vida podia llamarse un largo martirio.

Hubo sugetos , que tuvieron la avilantez de decirle en su misma cara , que era un tirano , y que como cruel no sabia perdonar. Otros desvergonza-

dos hasta el extremo , le apedreáron las puertas de su Palacio. Otros fixáron en las esquinas libelos infamatorios contra su crédito : y no pocos en sus conventículos tomáron por materia de zumba y diversion , despreciar y ridiculizar las santas operaciones y conducta del Santo Prelado ; pero él imitador de Christo , que era pacífico con los que aborrecian la paz , jamas hizo la menor diligencia para saber los delinqüentes ; ántes bien sabiendo por conductos bien seguros , eran autores de estas sátiras dos Eclesiásticos súbditos suyos , por otra parte sugetos beneméritos , procuró colocarlos en empleos honoríficos , y aun defendió á uno de ellos , contra quien en un Sínodo Provincial diéron amargas quejas.

Quando sus familiares le daban noticia de muchos , que insolentes ponian sus lenguas destempladas en sus acciones , pintándolas con ridiculez , sin perder el compas de su ánimo respondia : *Dexadlos murmurar , que aun hasta nuestros paisanos nos han de perse-*

*guir.* Uno de estos vino á gran pobreza, y se comia las uñas de pura miseria; olvidado de sus agravios, por espacio de cinco años le acudió con quanto hubo menester para su alimento y decencia de su persona. Y á otro que era Caballero y súbdito suyo, le dió tambien una crecida limosna para sostener con decencia su crecida familia. Los mismos socorros dió á otros dos, que adolecian del mismo achaque de lengua contra su persona. Hubo sugeto tan insolente, que noche y dia hablaba con desprecio y desembarazo de todas sus cosas, casa y persona; pero léjos de mostrarle ceño y sentimiento siempre que lo encontraba, muy alegre y risueño le mandaba subir en su coche, para pasearse con él adónde, y cómo queria.

Estos triunfos tan gloriosos que lograba continuamente de la ira y soberbia, tan entrañadas en los hombres por herederos del pecado de Adan, hicieron tanta impresion en el Público poco acostumbrado á ver semejantes modos de pelear y vencer, que salió esta voz

comun : *Quien quiera alcanzar favores del Señor Patriarca , no tiene que pensar en otro , sino en cómo probar con disgustos , pesares y agravios su paciencia.*

Fué infamado de ladron en presencia del Rey , representándole cierto Noble con un Memorial , que injustamente se retenia 700 pesos , parte que pertenecian al Colegio del Señor Emperador Carlos V. , parte á los Rectores de su Diócesi. Y por mas que supo era el acusador un sugeto , á quien muchas veces habia beneficiado , se mantuvo tan sobre sí , y tan asido á la paciencia y santa resignacion , que sepultó hasta el fondo de su corazon estos pesares y disgustos. Máximo y de remate fué el que sigue. En ocasion de hacer un viage á Madrid en compañía de su tio D. García de Aro , Obispo de Málaga , un empleado en Reales Rentas , olvidando beneficios , nobleza y sangre , fingiendo que el B. Ribera llevaba fuera del Reyno gran cantidad de oro , cuyo saque él por su oficio debia impedir , mandó salir en su alcance á los Guardias , quienes habiéndolo

le encontrado en una Venta que divide ambos Reynos, se echáron sobre las personas de su séquito y la recámara, mandándoles detenerse para examinar el supuesto fraude. Como perros venteros, y desnudos de cortesía y todo buen término, revistáron cofre por cofre, pieza por pieza; pero con sumo rubor y confusion se halláron burlados, porque no encontráron la menor cosa en que pudiesen hincar el diente, y tiznar el honor del Santo Prelado. Su tio y criados se enojáron sobre manera al ver términos tan viles y desacatados contra un sugeto, por mil vias executoriado de fiel al Rey, y de santísimo en todos sus procedimientos; pero el B. Ribera procuró sosegarlos, mandando á los Guardas hiciesen su deber. Concluido el registro, tomáron la vuelta para Valencia, llevando la ceniza en la frente, y quedando el mismo Beato tan sereno como si no hubiese recibido el menor agravio, y sin hablar en su defensa siquiera una palabra.

Por un rasgo de paciencia heroyca,

S

no solo no se quejaba y mostraba sentido en los agravios, sí que tambien procuraba de muchas maneras excusar y poner á cubierto á los que le perseguian é insultaban. Y si la maldad era tan notoria y evidente, que no sufria excusas y tergiversaciones, solia decir á los que zelosos le excitaban á la satisfaccion y al castigo: *Señores, si Fulano me ha ofendido, adviertan que en ello no ha tenido ningun odio, y si acaso por su flaqueza lo hubiere hecho, movido de algun mal ánimo, yo le perdono, y ahora diciendo un Padre nuestro procuremos encomendar á Dios á todos quantos nos hubieren agraviado, porque todo lo demas no son sino opiniones de un mundo loco. Y si el derecho y la conciencia le forzaban á ello, era con tal moderacion, y tal deseo de hallar la verdad y la justicia, que en Roma se valia del mismo Procurador de los Canónigos, y hubo ocasion, que por excusar todo pleyto les dió á escoger sobre los objetos del litigio, con cuya condescendencia luego quedaban todos en una profunda paz.*

El mismo estilo siguió con sus criados y familiares. Eran algunas veces tan pesados y mal cumplidos, que aun en lo necesario á su persona no acudían; si le preparaban la comida, á veces la presentaban fria, otras fria y mal sazonada. Tenia mandado le diesen luz por la mañana, y á veces tenia que levantarse de la cama para ir á despertar al que de ello estaba encargado: y aunque hacia señal con la campanilla, sin ser oido ni correspondido habia de salir del aposento de su retiro para buscar á los que le servian en la antecámara. Y todo su enojo y reprehension en este caso se ceñia á estas palabras dichas sin destempe ni cólera: *¿Cómo no se está aquí?* Fuéron tantos los deservicios y omisiones de sus criados, que sus parientes desde Madrid se quejaron de ello, diciéndole baxarian á Valencia á encargarse del mejor cuidado de su persona; pero jamas quiso recibir de ellos estos rasgos de zelo y amor.

Llegaron los criados á abusar tanto de su invicta paciencia, que como

si ellos fuesen los dueños , y él el criado , le respondian á veces con tal desahogo y desenvoltura , que provocaban la ira y enojo de los que lo veian y oian ; pero el manso Prelado como si fuera insensible ni una sola palabra que proferia. Así se vió en el lance siguiente. Por motivos justificados se vió en la precision de despedir un criado, lo que por mano de otro le hizo saber ; pero él montado en cólera , y como si le hubieran herido en medio del corazon respondió : *Dirás á su Excelencia , que no quiero irme de su casa.* Oyó el Santo Prelado una respuesta tan descomedida é insolente , y sin perder el compas y dulzura de su corazon respondió : *Dirás á quien te ha dado esta respuesta , que tiene razon , y que supuesto no quiere salirse de mi casa , que se esté en ella.* Y así fué , porque perseveró en su servicio hasta la muerte, y despues de esta con mucha pompa le mandó enterrar en su Real Capilla.

Estando de viage para Madrid con D. Federico de Borja , hermano del Duque de Gandía , Canónigo de Valencia,



habiendo llegado á una posada , en que sus Reposteros que iban delante debian tener prevenida la comida , se halláron sin ellos y sin comida , porque olvidados ó maliciosos habian pasado una legua mas adelante. Sorprehendiéronse el Santo Prelado y los de su comitiva , viendo que ni aun pan habia para desayunarse ; pero sin perturbarse su ánimo y paciencia empezó á hablar con mucho gusto con un Pastorcillo que llevaba una perdiz viva , á quien pidió le diese libertad , y palabra de no cogerla otra vez aunque la encontrase. Llegó á esta sazón el P. Fr. Juan Ximenez , á quien preguntó si traia algun poco de pan en la alforja , y respondiéndole que si , dixo á todos muy alegre : *Ea , Caballeros , vamos á comer lo que se hubiere preparado , que hoy el P. S. Francisco nos ha de dar pan para todos.* Y así fué , porque con él quedáron todos satisfechos , y juntamente admirados al ver el christiano sufrimiento del Santo Prelado en un lance digno de castigo , ó quando ménos de una áspera reprehension.

En otra ocasion pasando por Caraxente, y haciendo alto en el mes de Enero, y tiempo borrascoso, los criados mal cumplidos, como lo habian de costumbre, dexáron mal cerrada una ventana que caia sobre la cabecera de la cama donde descansaba el Santo Prelado, y por no incomodarlos ya dormidos para que se levantasen á cerrarla mejor, toda la noche exercitó su paciencia, sufriendo el gran frio y lluvia, y los fuertes golpes que daba por ser el viento muy recio. Y no habiendo casi dormido en toda la noche, se levantó muy risueño como si hubiera logrado las mayores comodidades, y sin abrir siquiera su boca para quejarse, y hacerles ver su inculpable descuido. En fin, la paciencia del B. Ribera fué tan constante, y hecha á prueba, que los mismos perseguidores, viéndola invencible en todas ocasiones, llegaron á celebrarla, y decir de él, que como sucesor de los Apóstoles era un vivo exemplar de paciencia.

## CAPITULO XV.

*De la mortificacion y penitencia del B.  
Juan de Ribera.*

Enseñado del Santo Job y de la experiencia, sabia el B. Ribera, que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha continua con los enemigos del alma y la salvacion, y que las pasiones aliadas con el demonio, noche y dia gritan para ser oidas y atendidas, que sus asaltos son muchas veces tan vivos y fuertes, que es menester estar siempre de prevencion, y bien armados para no ceder el campo y la corona. La penitencia corporal es una de las armas con que los justos siempre hicieron frente á estos enemigos, y al que preserva los corazones de la corrupcion y cíngulo con que el hombre se aprieta y estrecha para hacerse capaz de entrar por la puerta angosta del Cielo.

Por lo mismo, siguiendo el consejo de Jeremías, desde sus primeros

años procuró echar sobre sus hombros el yugo de la penitencia y mortificación. A los doce años de su edad, y empezando sus estudios en Salamanca, ya usaba un cilicio de cerdas, que punzando la carne, avivaba el espíritu para caminar en alcance de la perfección. Este conservó hasta lo último de su vida, remendándole muchas veces, y mirándolo como galleta preciosa para su cuerpo mortificado. A este cilicio añadía crueles disciplinas, que á pesar de su mucho recato se hallaron después de su muerte unas cerradas en una gaveta, otras entre las sábanas, otras debaxo de una esterilla de juncos, y todas bañadas en sangre que vertía con los recios golpes que descargaba sobre su virginal cuerpo, según santamente curioso los oyó su confidente el Canónigo Mollá. Este asegura no volvía todos los paños que le entregaban, porque los gastaba en limpiar y curar sus llagas, y después los arrojaba en parte donde no pudiesen ser vistos.

Sus ayunos pueden llamarse con-

tinuos ; por ellos y otros rigores enfermó tan gravemente en Salamanca, que creyeron caminaba á ético : motivo porque su padre le mandó pasar á Sevilla para cobrar su salud quebrantada. En treinta y dos años solo comia una vez al dia , á tres horas , y á veces á quatro despues de puesto el Sol. Hubo ocasion en que estuvo dos dias sin comer. Su natural ardiente y colérico exîgia el agua de que gustaba mucho ; con todo en lo mas ardiente del verano , pasaba á veces dias enteros sin probarla. Si su debilidad le rendia y casi postraba , tomaba solo un bocado de pan y alguna fruta ó conserva , y solo enjuagaba la boca con un poco de agua , sacrificando á Dios , como allá David , el gusto de verla y beberla. Padecia mucho de flatos y dolores de estómago ; con todo jamas bebió vino , y si terciaba el precepto del Médico , le tomaba con la moderacion y parsimonia que aconsejaba San Pablo á su discípulo Timoteo.

En las ocasiones que se detenia en

el Convento del Valle de Jesus, mandaba á un Religioso de su mayor confianza pusiera axenjos en la ensalada para hacerla amarga é ingrata al paladar. Jamas comia de los mejores pescados y carnes delicadas que le ponian en la mesa, echando mano siempre de los manjares mas débiles y vulgares, destinando los sabrosos y delicados para los enfermos pobres criados suyos, ú á otros de la Ciudad. Su Camarero y confidente Gonzalo Suarez, advirtiéndole esta mortificación, le suplicaba tomase los manjares sabrosos y de substancia, á quien respondia con gracia y tono festivo: *Te aseguro, Gonzalo, que cómo de lo que mas me gusta.* El mismo compadecido de ver que en medio de sus pesadas tareas, á medio dia no comia cosa de substancia, le reconvino de ello con mucho amor; á que respondió ocultando su mortificación: *Porque, hijo mio, el tiempo me falta para cumplir en los encargos de mi obligacion penosa, y así procuro aprovecharme de aquel que pudiera perder en la comida; porque has-*

*ta ahora te puedo asegurar , que no he podido dar en la vereda de hacer me sobre como á otros sobra.*

A mas de los ayunos mandados por la Iglesia , todos los Lunes , Miércoles y Viérnes ayunaba á pan y agua. Por mas que los huevos en España son permitidos en Quaresma, jamas quiso comerlos en toda ella. Si el Obispo de Segorbe D. Pedro Gines Casanova , llevado del mucho amor y aprecio que le profesaba , queria persuadirle no anduviera tan parco en la comida , y que mirase un poco mas por su salud , en que todos tenian el mayor interes ; solia responder con la misma gracia que al Camarero Gonzalo : *Monseñor , puedo asegurar á V. Señoría Il.<sup>ma</sup> , que segun lo he observado , los mas suelen morir por comer mucho , y aunque parezca que yo en la comida soy sobrado parco , mucho mas lo son los Mínimos , Capuchinos y Cartuxos, y con todo eso viven sanos en el cuerpo.* Jamas dexó de ayunar del modo dicho , por mas afanado y trabajado que estuviese , sino es los dos años últi-

mos de su vida por obedecer á su Confesor que se lo mandó.

El Juéves y Viérnes Santo les pasaba sin tomar el menor alimento, y sino podia mas con la debilidad natural, y se sentia desfallecer, tomaba un bocado de pan y un sorbo de agua, estando en pie á la puerta de su aposento, donde descontadas las horas que por su oficio debia asistir en la Iglesia Mayor, estaba retirado y abstraído de todo trato, meditando profundamente y con muchas lágrimas la amarga Pasion del Salvador.

Entre año, demas de los ejercicios espirituales á que vacaba diariamente, solia ir algunas veces á algunos Conventos muy observantes extramuros, donde empleaba todo el tiempo en oracion, silencio, disciplinas y ayunos, estimulado del exemplo de algunos fervorosos Religiosos, con quienes tenia pláticas espirituales de Jesus, la Virgen, y otras materias. Como sabia que el silencio conduce mucho para el recogimiento y la oracion, era de él observantísimo, hablando solo pregunta-



do, y entónces lo preciso, sin mezclar palabras ligeras, sí solo graves, modestas, y de mucha edificación.

Habia leído en el Evangelio, son bienaventurados aquellos siervos que el Señor halla siempre en vela; por lo mismo era templadísimo en el sueño, que tomaba sobre un corcho, ó sobre unas tablas, no pocas veces sobre unos sarmientos, y muchas veces sentado en una silla. Quando dormía en su cama (que nunca pasaba de cinco horas) era esta de un pobre, no de un Príncipe; porque era de tablas á manera de tarima, con solo un colchon de poca lana, dos cubiertas, dos sábanas gruesas de lienzo de estopa, sin afloxar de este rigor, aun estando enfermo. El pavimento de su aposento, en invierno, estaba cubierto de una estera de juncos, y las paredes de una vayeta verde ó sayal, que eran todo su abrigo contra el rigor de la estación. Aunque todo el año le traían luz á su cámara los criados, siempre le hallaba en pie y vestido el encargado de esta ocupacion: motivo por-

que todos constantemente creyeron pasaba en vela la mayor parte de la noche, ocupado en santos ejercicios. Se confirmaron en esta persuacion, viendo se iba cayendo de sueño y forcejando por vencer esta natural pasion.

Aunque trabajado con el frecuente estudio, Sermones, y otras faenas de su ministerio, jamas tomaba algun reposo y descanso, contentándose con las cinco horas escasas de la noche. Sus camisas sobre ser de lienzo de estopa, las llevaba á veces llenas de remiendos. Los aforros del vestido eran de la misma tela; si bien, en lo exterior siempre vistió con toda decencia por el respeto y honor que se debia á la Dignidad que adornaba su persona. Parecíale melindre y afeminacion llevar guantes, chinelas, collar suelto, y jamas usó de estos ligeros alivios de la humanidad. En una palabra, siguiendo el consejo del Evangelio, ciñó continuamente sus lomos con el cinto de la mortificacion y penitencia, sin permitir jamas á sus pasiones aquellos ensanches y

diversiones, que la política del siglo juzga como aceyte, para mantener viva la lámpara de la vida. Y en sus manos se viéron siempre las antorchas de santas obras, que por nacidas de un corazon purgado de todo lo terreno, eran claras, lucientes, y capaces á ilustrar y santificar á quantos con ojos serenos y despejados las atendian.

## CAPITULO XVI.

*De la oracion continua y fervorosa del B. Juan de Ribera.*

El hombre animal, que vive segun las bastardas impresiones de la carne y sangre, no puede percibir ni entender las verdades y misterios de Dios; porque estos son luz clarísima, que no puede avenirse con las tinieblas, de que está circuida una alma entregada á las inmundas delicias del sentido: pero se dexan percibir y entender de todos aquellos, que dando las espaldas á Babilonia, caminan siempre por las sendas de Sion, que huyendo los falsos

contentamientos de esta vida, suspiran siempre por los sólidos del Cielo. Estos suspiros son muy propios de los que oran, porque allí el fuego de la meditacion acalora el alma, y la hace dar finísimas llamaradas, y ardientes deseos de agradar á Dios, de unirse con Dios.

Estos suspiros ó llamaradas eran freqüentes en el B. Ribera, porque su oracion fué continua, fué fervorosa. En el discurso de esta historia quedan referidos muchos pasages de esta oracion fervorosa, á que solo añadiremos algunas particularidades, que será como retocar el quadro. Todos los dias, si no es que lo impidiese algun accidente, se levantaba al reir del alba, y luego se entregaba á la oracion, que continuaba hasta las ocho, donde formaba y trazaba con Dios todo el plan de sus operaciones miéntras el dia. Andando ella rebozaba su corazon ardientes suspiros envueltos en tiernas lágrimas. Andando estas horas de oracion y recogimiento, rezaba el Oficio de nuestra Señora, del Santo Angel Cus-

todio , el de Difuntos , con otras preces y oraciones ; luego rezaba las horas Canónicas hasta Sexta. Al mediodía rezaba Nona , á la tarde Vísperas , y á la noche Maytines , siempre solo y á puerta cerrada , para tener siempre fixa la atencion , y con el Breviario en las manos , para que no se le escapara siquiera una sílaba. Persona hubo, que miéntras oraba , vió arder en vivas llamas el aposento de su retiro.

Para ganarse mas tiempo para la oracion , se retiraba algunas veces al Colegio de Santo Espiritu , al Valle de Jesus , á los Monasterios de la Murta, de Porta-Coeli y Val de Christo de Padres Cartuxos , donde desplegabá en la oracion todas las velas de su espíritu , libre de los embarazos que presentan los bullicios de la Ciudad , y el trato indispensable con tactas gentes. Lo mismo practicaba muchas tardes retirándose á una casa y jardin junto al Convento de los Capuchinos , donde entre los sosiegos de la soledad trataba mas de espacio y con provecho con su dulce Jesus. El trato frecuente

T

con los Beatos Factor y Bono y el V. Hermano Francisco del Niño Jesus, era como unos fuelles que encendian en su corazon la llama mas pura del amor de Dios. Este conservó siempre vivo en su corazon, ya con la memoria perpetua de la muerte, ya con el santo temor de haber de responder de sus obligaciones en el justísimo Tribunal de Dios. Este santo temor de Dios tenia muy entrañado en su corazon, como se vé por la respuesta que solia dar á D. Pedro Gines Casanova su Vicario General: por la mañana solia preguntarle cómo habia pasado la noche, y si se hallaba con salud, á quien devoto y compuesto respondia: *Ahora, segun hablo todos los dias, quando me despierto, estoy dando gracias á Dios por la vida, y dia mas de ella que me concede su bondad, siendo un tan miserable pecador, y por la noche me recojo dispuesto para morir. Y despues concluia su razonamiento con decir: Plegue á la Divina Magestad me dé su gracia para que le sirva, y le acierte á agradar, y salve mi alma.*

Pasadas las quatro horas de recogimiento y oracion, que quedan dichas, á las ocho decia Misa con la devocion, fervor y espíritu de que ya hemos hablado en otro Capitulo. La materia mas freqüente de su oracion, era las grandezas y finezas de Christo Sacramentado, en cuya presencia oraba todos los Juéves arrodillado en un rinconcito de su Real Capilla desde las ocho hasta las once, y desde las dos hasta las cinco. Tenia de este Señor una idea tan alta, que le hacia estar encogido, y penetrado de un profundo respeto, á cuyos actos acompañaban ardientes suspiros, y vivas ansias de gozarle sin velos, como ahora le adoraba encubierto y escondido baxo los accidentes. De esta oracion, y trato tan continuo y íntimo con Dios, nacia aquella serenidad de su rostro, aquella igualdad de ánimo ya en lo próspero, ya en lo adverso, de manera que su espíritu parecia un elevado olimpo, á quien no alcanzan las nieblas, los turbiones y uracanes.

## CAPITULO XVII.

*De la castidad, y virginal pureza del  
B. Juan de Ribera.*

**H**asta aquí hemos visto al B. Ribera encendido en santo zelo por la gloria de Dios y bien de las almas, Pastor vigilantísimo del rebaño que el Señor le encomendó. Un Antonio en meditar noche y dia los misterios y grandezas de Dios, y un hombre siempre ceñido con el cinto de la penitencia y mortificación. A este místico ramillete de vida, que tiene tanto que admirar y alabar, añadió el jazmin de una pureza virginal y Angélica. Esta preciosa virtud, que segun S. Gerónimo, es una hostia agradable á Dios, y segun el Espíritu Santo es mayor que todos los elogios y ponderaciones, brilló maravillosamente en el cuerpo y alma del B. Ribera en Salamanca, en Badajoz, en Valencia, en todos los instantes de su larga y preciosa vida.

La fama constante, y el dicho de



su Confesor, son de ella una prueba irrefragable. Así lo creyeron todos y el Marques de Carazena, Virey de Valencia D. Luis Carrillo, quien á vista de un concurso innumerable, estando sobre el féretro, y en un tablado cubierto todo de ricas telas de brocado, puso en la cabeza del difunto una corona de flores, y en la mano una palma con este mote: *Corona et palma merenti*, en testimonio de su vida santa, inculpable, y adornada con los candores de una virginal pureza. Del mismo modo pensaron los Padres de San Juan de la Ribera, fundados entre otros muchos motivos, en la feliz casualidad de ser la Palma de su huerta, y la mas hermosa, que se encontró en toda la campaña, que parece la destinó el Cielo para honrar el mérito del B. Ribera, fundador de aquel Convento.

El demonio que se alimenta con la suciedad, y tiene esta por esfera propia, procuró ya jóven, ya Obispo asaltar el muro de su castidad, y deshojar el lirio de su pureza con presentar-

le ocasiones y tentaciones las mas violentas y lisonjeras; pero siempre volvió confuso y con la ceniza en la frente, como consta por los pasages ya citados en esta historia. Estas victorias no le hicieron descuidado ni audaz, ántes mas cauto. Sabiendo que la muerte asalta el alma por las ventanas de los ojos, selló siempre estos con una modestia singular, no mirando advertidamente en toda su vida á muger alguna en su rostro; y si alguna vez dió lugar á que se presentasen con trage ménos honesto, era para afearlas esta criminal libertad, y tomar pie y ocasion para reprehenderlas ásperamente, segun lo pedia la obligacion de su oficio.

Temblando su castidad á vista de una muger estando en Badajoz, jamas quiso oirlas sino en la Iglesia, y entónces á vista de sus criados ó del Pueblo, que pudiera ser testigo de su modo fino y limpio de proceder. En Valencia ninguna, aunque fuese de alta condicion, pudo hablarle á solas, siempre tuvo á vista, andando la confe-

rencia, ó algun criado, ó otra persona de respeto. Lance hubo en que una con sobrado desembarazo le pidió, quisiese oirla sin testigos, á que respondió: *Aseguro á Vueseñoría, que lo que aquí se hablare, no se hará público.* A una Dama de la primera nobleza, que con su Vicario General habia tratado un negocio de gran monta, acompañada de este pasó á la audiencia del Santo Prelado, pidiendo con mucha instancia ser oida á solas y sin testigos, á quien respondió cauto y cortes: *Vueseñoría no tiene que reparar en decir quanto quiera, porque aunque aquí somos dos á oirla, no tenemos mas que una voluntad sola.* La misma en otra ocasion, con la libertad y desenfado que se toman personas de esta condicion, quiso entrar á hablarle á solas; pero con la mayor política fué rechazada y despedida, sin quererla oir mas aun en presencia de testigos.

La hermosura y gentil talle del Santo Prelado era ocasion de que algunas pensasen y resolviesen en su ánimo con poco ajuste á las reglas de la modes-

tia y honestidad. Una de estas, llevada de estos alicientes, en cierta ocasion sin advertirlo él le besó muchas veces la mano. Avisado de ello, mandó hacerse las mangas largas hasta las puntas de los dedos, para que en lo sucesivo ninguna tropezase, ni se viese en peligro su delicada y fina honestidad.

Como el espíritu de torpeza tiene tantas puertas para entrar al corazon, quantos son los sentidos, no solo puso velos á sus ojos, sí tambien añadió muchas cautelas y recatos á sus oidos. Se encogia y amedrentaba siempre que en su presencia debia tratarse alguna causa de divorcio, temiendo saltase alguna chispa, que aun ligeramente pudiese quemar el armiño de su virginal pureza. Sabedor de ello su Vicario General D. Pedro Gines Casanova, buscaba en estos casos las voces mas castas y limpias (así lo depone el mismo) y aun casi temblando como un Soldado que va á entrar en la batalla, le decia al quererse hacer la relacion: *Espero la hará Vueseñoría de modo, que sin el menor escándalo po-*

*damos hacer todos el debido concepto.*

No solo escaseaba y se negaba al trato con mugeres, lo mismo hacia con los hombres, que por precision cercaban su cama quando enfermo. Jamas pudieron ver de su cuerpo otro que la cara y las manos. El mismo se vestia y desnudaba á puerta cerrada, sin consentir cerca de sí un Camarero, como estilan los grandes Señores. Y aun temiendo á sí mismo, á imitacion de S. Vicente Ferrer, jamas se mudó camisa y calzoncillos sino á obscuras. Esta limpieza y castidad deseaba y procuraba en todos: y para ello mandó, que ningun criado casado viviese puertas adentro de Palacio: que todos sus domésticos y familiares durmiesen solos, cada uno en su cama y quarto separado, y que ninguno se familiarizase con mugeres aunque fuesen de buena vida. Porque algunos no quisieron obedecer y cumplir estas órdenes tan útiles para la guarda de la castidad, avisados ya de ello, algunas veces con caridad, fuéron sin apelacion despedidos de su casa.

Porque el vino y las mugeres suelen hacer apostatar los hombres de los reales de la castidad y virtud, sobre no beberle, gustaba mucho quando sabia en algunos esta abstinencia. Y entendiendo que alguno no le bebia, ó andaba en ello muy parco y moderado, daba muestras de mucho contento, y procuraba hacerle su amigo.

Esta pureza Angélica, de que acabamos de producir tantas pruebas y exemplos, conservó sin la menor mancha y eclipse hasta el último aliento de su vida, hasta el mismo borde del sepulcro. Gravado de una enfermedad penosísima, en que estaba bien necesitado de asistencia y consuelo, jamas quiso servirse de ajenas manos para algunos menesteres de su humanidad. No le permitia descanso y sosiego el accidente; con todo habiéndose de mudar camisa quatro dias antes de su muerte, lo hizo con sus propias manos, sin ayuda de nadie, á obscuras y puerta cerrada. Juzgáron los Médicos preciso é indispensable, para descargarle el pecho, tomase u-

nos baños , y aun se lo mandáron. Dócil á este precepto , permitió esta operacion por mano de un Camarero de su mayor confianza ; pero á solas con él , á obscuras , y cerrado el aposento.

Llegáron los extremos de su vida, en que habia de recibir la Santa Extrema Uncion , y aun en este lance, sin embargo de estar ya sus fuerzas tan postradas , jamas consintió , que alguno aun ligeramente tocase su cuerpo. El mismo con sus propias manos descubria lo preciso para que el Sacerdote formase la señal de la Cruz y ungiese , y él mismo al instante se cubria : llenándose todos los circunstantes de admiracion y ternura al ver una pureza tan fina y extremada , y solo propia de los primeros Santos que venera la Santa Iglesia. Por último, para cerrar todo resquicio por donde pudiese en algo exhalarse el suave olor de su pureza aun en los últimos lances de su vida , no quiso durmiese en su cámara criado alguno para su asistencia y servicio (costumbre que guardó toda su vida) admitiéndoles

solo cerca de su persona en las ocasiones que no sufrian dispensa. Motivo, porque habiéndose de levantar una noche, de puro débil cayó en tierra, dándose tan fiero golpe en la cabeza, que le abrevió la muerte, que sucedió dos dias despues, dándonos lugar para que digamos: murió víctima de la Santa virtud de la castidad, y que prefirió la muerte á la menor quiebra de esta Angelical virtud.



VIDA

DEL B. JUAN DE RIBERA.

LIBRO IV.

De la muerte feliz, entierro, milagros y fama póstuma del B. Juan de Ribera.

CAPITULO I.

*De la última enfermedad y preciosa muerte del B. Juan de Ribera.*

¶ Habia ya llegado á su zenith y altura el hermoso sol del B. Ribera. Sus virtudes estaban ya sazoadas y dignas de comparecer para el premio en la presencia de Dios: este Señor que dixo: glorificaría á quien le glorifica-

se, dándose por servido de la mucha gloria que le habia procurado andando el discurso de su santa y trabajosa vida, resolvió darle un premio con digno; y como sola su grandeza y clara vision de ella pueden ser premio grande y colmado, como le dixo á Abraham, resolvió sacarle de este mundo, donde como fuerte guerrero habia felizmente reñido sus batallas, y llevarle al Empíreo, donde contenta, satisface y harta á los que acá se afanáron en amarle y servirle.

Le abrió puerta y camino para llegar á esta colmada felicidad por medio de una enfermedad penosísima, en que su virtud fué probada y afinada como el oro en el crisol. El dia seis de Diciembre de 1610 y Juéves, dia de su mayor devocion, por consagrado en su Real Capilla al culto del Santísimo Sacramento, quiso baxar á adorarle, y en esta religiosa ocupacion descubierta y arrodillado perseveró tres horas: al cabo de las quales se sintió sin fuerzas, tan aromadizado y con tanto frio en todo su

cuerpo , que se vió precisado á apartarse de la dulce presencia de su amado Jesus , y subirse al aposento de su retiro ; pero con tanto trabajo , que hubo de descansar algun poco en la marcha , y servirse de la asistencia y auxilios de sus criados. Púsose luego en cama , y habiéndole ido á ver por la mañana D. Antonio Barberan Vice-Rector de su Colegio , y preguntándole , ¿ cómo habia pasado la noche ? le respondió : *Hermano , esta será la última enfermedad , y de esta cama no tengo de levantarme sino para la sepultura y dar cuenta á Dios.* Contristado al oír esto , le dixo : que no era el accidente tan de consideracion , ni habia por qué temer : á que respondió : *¿ Cómo no ? no dudes que de esta tengo de morir.*

Mandó luego llamar á su Confesor con quien concertó lo que mas le importaba , que era recibir el Santísimo Sacramento todos los Domingos y Jueves. Era su enfermedad una fluxion de catarro al pecho , que no le permitia un instante de descanso , con dolores tan vivos y vehementes , que ni po-

dia estar echado , ni volverse de un lado á otro. Si se levantaba y sentaba algun poco , luego habia de volver á la cama , y de la cama otra vez volver á la silla. Si queria reclinar la cabeza sobre las almohadas , se ahogaba , y si se dormia de puro cansado, una tos tenaz le despertaba y le redoblaba la pena. En una palabra , estaba en un continuo tormento sin encontrar el menor alivio. Así se lo dijo al Señor Obispo de Segorbe D. Pedro Gines Casanova , que al primer aviso vino de Segorbe á asistirle. Preguntóle , ¿qué le afligia y causaba tanto agovio? A que respondió: *Il.<sup>mo</sup> Señor , es un dolor tan vehemente el que continuamente me aflige , que parece que no me lo ocasionaran mas agudo las mas penetrantes espadas , aunque con ellas me atravesaran el corazon.*

Pero como su voluntad era tan conforme con la de Dios , jamas profirió palabra que oliera á impaciencia ; antes como un Job sobre el muladar, alababa la bondad de Dios , que le afligia con tanta misericordia. El *Il.<sup>mo</sup>*

Señor Casanova , compadecido y deseando darle algun consuelo dixo : estos dolores serian para lograr despues mas copiosa gloria : Señor Il.<sup>mo</sup> , hágase en todo la voluntad divina , respondió , y tan en todo en mí se cumpla , que si este Señor quiere condenarme á un infierno , estaré contento ; por ver se cumple en mí la de su divina justicia : y si llevarme á su Gloria , asimismo gozoso , por ver que sin merecerlo , quiere ostentar en mí la de su gran clemencia. Y por último , Il.<sup>mo</sup> Señor , de qualquier modo estaré contento , vuelvo á decir , como en mí se cumpla su voluntad divina.

Como era fiel siervo , y deseaba le encontrase en vela su Señor , previno al Señor Obispo Casanova , á su Confesor el P. Escrivá , y al Vice-Rector de su Colegio , estuviesen muy sobre aviso , para darle á su tiempo los Santos Sacramentos , y demas socorros espirituales , que tiene la Santa Iglesia para los que van á luchar con la muerte , y pasar del tiempo á la eternidad. Al quarto dia se le agravó la enfermedad en términos , que juz-

gáron preciso administrar los Santos Sacramentos. Entró á darle este aviso el P. Escrivá ; pero ántes que hablase palabra le dixo : *Por cierto , Padre , que estaba aguardando que amaneciese para enviarle á llamar ; porque puedo asegurar á V. Reverendísima , que he tenido tan mala noche , que me he pensado morir , y ya que Dios me ha dado misericordioso este tiempo sin merecerlo , me quiero confesar , recibir á nuestro Señor , y que me lo traigan de la Catedral.* Pero habiendo cobrado de allí á poco algunos alientos , y que seria contristar toda la Ciudad con esta nueva , le persuadiéron se contentase con recibirlo por manos del Vice-Rector de su Colegio : humilde y dócil vino en ello.

Estando todas las cosas á punto , y cerca de ver y recibir á su Señor , transportado de una devocion exemplar , y de un amor seráfico , quiso levantarse de la cama , y vestido con hábitos Episcopales esperarle á la puerta de su quarto ; donde arrodillado , y primero besado tierra , le recibió , dándole muchas gracias , y pidiéndole per-

don de no haberle ido á buscar en la Iglesia en su mismo Tabernáculo. Des-hacíanse todos en lágrimas al ver actos tan humildes y animados de tan encendido amor. Quedóse en un profundo y obsequioso silencio meditando la grandeza del beneficio , y quan liberal andaba el Señor con él.

Recibido ya este manjar Celestial, quedóse solo á tratar con su Dios muy de espacio el gran negocio de su salvacion , y tirar todas las líneas de sus afectos á este objeto , que es el uno necesario del Evangelio. Para asegurar mas y de mil maneras este salto y tránsito del tiempo á la eternidad, pidió á su Confesor : *¿ Si despues de seis confesiones generales en el discurso de su vida , le parecia conveniente hacer otra para mayor seguridad de su conciencia? Aunque se le respondió , bastaria confesarse desde la última : con todo confesó con tanta exâctitud y escrupulosidad como si fuese confesion de muchos años. En esta ocasion dixo al Confesor , habia suplicado al Señor le diese algo que padecer ántes de sa-*

lir de esta vida ; y que su Magestad misericordioso le habia oido , haciendo venir sobre su corazon tal tormenta de melancólicos pensamientos , que su pobre alma se habia visto en el mayor apuro , y muy cerca de pedir á Dios levantase la mano , y le restituyese la serenidad y el consuelo.

Llegó el dia de S. Juan Evangelista , y viendo que la enfermedad tomaba mucho vuelo , y que dexaba pocas esperanzas de cobrar la salud, mandó que con toda la pompa y solemnidad (segun lo manda para los Obispos el Ritual Romano) le traxesen de la Iglesia Mayor el Sagrado Viático. Como á las ocho de la mañana formóse una lucida Procesion en que iban todo el Clero , Señores Prebendados , á quienes seguian los Obispos de Segorbe , Marruecos y Coron , el Regente de la Real Audiencia D. Joaquin Real , muchos Caballeros y Titulados , y un Pueblo numerosísimo , llevando al Señor debaxo de un riquísimo Palio el Arcediano mayor.



Como la primera ocupacion en el Santo Prelado fué siempre honrar al Santísimo Sacramento, haciendo lugar entre las penalidades de la enfermedad á estos santos cuidados; mandó, que desde la puerta de su cámara, hasta la puerta de la Iglesia de su Real Colegio, se enramase todo el espacio con yerbas y flores olorosas. Que sus Capellanes, Cantores y Colegiales, revestidos con sobrepellices, esperasen al Señor á la puerta, y le acompañasen hasta el aposento, ofreciendo incienso en todo este espacio el Vice-Rector y Sacristan, y esparciendo flores á una y otra parte dos Colegiales. Con esta magnífica sagrada pompa llegó el Señor á la puerta del aposento del Santo enfermo, quien poseido de un encendido amor á Christo Sacramentado, sin embarazarse ni poderle detener su mucha flaqueza y debilidad, levantóse de la cama, y vestido con una ropa larga, Roquete y Estola, se puso arrodillado sobre la tierra desnuda, que besó humilde luego vió á su amado Señor Sacramentado.

Se disponia ya el Arcediano para decir las sagradas preces que preceden á la Sagrada Comunión ; pero le interrumpió suplicándole le dexase hablar. Luego juntas las manos , y derramando tiernas lágrimas , con voz aunque muy flaca y débil , exclamó : *¿ Vos, Señor , venis á visitarme ?* No pudo proseguir en esta humilde y penosa postura , porque le venció la natural debilidad. Adorando otra vez al Señor , y besando tierra se sentó , y tomando así algun aliento , encendido en caridad , y transportado de un fervor extraordinario , dirigió un humildísimo razonamiento á Christo Sacramentado que tenia presente , y otro á los Señores Canónigos , quienes como los demas circunstantes derramaban tiernas lágrimas de consuelo por lo que veian , y de aflicción por mirar tan cercana la muerte del Santo Prelado. Concluido el razonamiento , recibió con la devoción mas exemplar el Santísimo Sacramento , quedándose despues solo para desahogar su corazon enamorado con su Señor , que tan liberal habia

entrado en su pecho, para enriquecerle con su gracia y dulces misericordias.

## CAPITULO II.

*Prosigue la materia del Capítulo pasado.*

Fortalecido ya el B. Ribera con este pan de Angeles mucho mejor que Eliás con el pan subcinericio, redobló sus vuelos y ansias de ver hito en hito á su Amado, y entrar para siempre en sus eternos gozos. Aunque atormentado con vivísimos dolores, llegó hasta el dos de Enero, en cuyo dia logró tanto alivio, que los Médicos juzgáron podia dexar la cama. Dexóla con efecto, sentóse en una silla, cosa que no pudo hacer andando la enfermedad, y tomó tanto esfuerzo, que comió con gusto. Toda Valencia recobró júbilos al oír esta feliz novedad, y entró en esperanzas de verle perfectamente convalecido; pero como los gustos de esta vida son tan falsos, inconstantes y fugaces, al otro dia Lunes se sintió tan

gravado del accidente, que todos abandonaron las esperanzas que poco habian concebido.

Muy léjos de entristecerse nuestro B. Ribera con esta triste alteracion y mudanza, se llenó de celestial consuelo con este desengaño y proxîmidad de su muerte, hasta decirle con gran paz á su Confesor: *Padre, ¿qué es esto, que ántes solia temer á la muerte, y ahora ya no tengo temor alguno?* A que respondió: Señor, esa es buena señal, porque el no temerla ahora, es evidente indicio de haberla temido ántes Vue señoría Ilustrísima. Quedó muy consolado con esta respuesta, y luego se puso á hablar de su vecina muerte, como si aquel golpe no hubiera de caer sobre su vida, y á concertar con dicho Padre quanto habia de executarse en su entierro, como si otro fuese el difunto, y él hubiese de enterrarle. Presto se entendió el principio de esta serenidad de su espíritu, y gozo de su corazon, porque observándole su Confesor absorto y sin hablar palabra, le pregunto ¿en qué pensaba? A que riendo y levantan-

do los ojos y manos al Cielo, exclamó: *Vamos allá, vamos allá.* Y rogando le dexasen solo, prosiguió en contemplacion de aquella gloria, que ya el Señor parece le habia mostrado como en perspectiva.

Dixéronle en esta sazón, que los Médicos aseguraban, que dentro de dos dias estaria bueno. A que respondió con David, ¿qué hay en toda la tierra, que me pueda contentar? Solo Dios de mi corazón es mi parte, mi herencia, mi Mayorazgo por toda una eternidad. Y ciñendo esta sentencia á pocas palabras, dixo á su Confesor: *¡O Padre! ¿y qué tengo yo de sacar de la salud del cuerpo?* Comunicó luego con el mismo algunas ligeras dudas, y satisfecho de ellas plenamente, añadió: *Padre, estoy sumamente consolado y contento por haberme puesto con confianza en las manos de Dios, que por mi amor hecho hombre, se las dexó enclavar en una Cruz.*

Todo aquel dia empleó en actos fervorosísimos de devoción, y amor encendido á su Dios. Así lo oyó el

Señor Obispo de Segorbe Casanova, que zeloso de su asistencia, entraba freqüente á verle. Siempre le encontró diciendo mil ternuras y santas aspiraciones á su dulce Jesus, que en una primorosa Imágen tenia siempre delante de sus ojos, y haciendo en ellas una ligera interrupcion le decia: *Señor Ilustrísimo, conozco que estoy muy malo, y en las manos de mi Dios y Señor; pero contento de que en mí se cumpla su divina voluntad.*

Toda la Ciudad estaba penetrada de dolor, viendo tan cercana la muerte de su amado Prelado. Así lo juzgaron los Médicos, que mandáron luego se le administrase el Santo Sacramento de la Extrema Uncion. Fué á darle este aviso el Señor Obispo Casanova, para cumplir el encargo que sobre este particular dias ántes le habia hecho. A quien respondió: *Ilustrísimo Señor, mañana es dia de los Santos Reyes, y ya por ser dia de la Aparicion de nuestro Dios y Señor humanado á los Gentes, como tambien por ser Jueves, que por estar dedicado al Santísimo Sacra-*

mento, es dia entre todos los demas de mi mayor devocion, me parece que por estas circunstancias será conveniente lo dexemos para entónces.

Pero considerando los pulsos tan débiles, y las fuerzas tan postradas añadió: Señor, V. Excelencia me mandó le avisase, ó no le ocultase la hora de recibir la Santa Uncion, esta ya ha llegado, segun el dictámen de los Médicos: á mí me es muy sensible ser nuncio de nuevas tan tristes, pero el amor y confianza que debo á V. Excelencia, me precisa á ello. A lo que volvió á responder sin la menor alteracion: *Señor Ilustrísimo, le aseguro que mañana harémos esta funcion: ¿y si no hay mañana?* replicó el Obispo Casanova: entónces, alumbrado con luz superior á lo que se cree, y como seguro de los instantes de vida que le quedaban, dixo con resolucion y gran paz de su alma: *Ilustrísimo Señor, sí le habrá, porque estoy en fe, y no ménos confianza, que para mi consuelo me le ha de conceder la Divina Magestad.* Lo que oido, cesáron de sus

corteses y santas porfías, bien persuadidos sabia con luz divina la hora en que Dios habia de sacarle de este mundo, y trasladarle á las eternas delicias del Cielo. Quedáron convencidos de la verdad de esta revelacion por lo que sucedió poco despues.

Mandó llamar á D. Antonio Barberan, ya Rector del Colegio, nombrado para este oficio el dia ántes; y asegurado no habia otro en el aposento le dixo: *Hermano Rector, decidme, ¿habeis por ventura sido alguna vez Párroco?* Respondiendo que no, le volvió á preguntar: *¿Y alguna vez habeis administrado el Santísimo Sacramento de la Extrema-Uncion?* Y respondiéndole que sí, añadió: *¿Y á vos os bastará el ánimo para administrármelo á mí á su tiempo?* Señor, dixo, este es un lance el mas amargo para mí, pero siendo voluntad de Dios y de V. Excelencia, aquí estoy pronto para obedecer. *Pues observaréis bien, os digo, el Ceremonial Romano, y apénas sentiréis tocar las campanas á la media noche, me subiréis el Santísimo Sacramento, y despues de haberle*



*recibido , me administraréis la Sagrada Extrema Uncion. Pero os advierto , que de todo quanto aquí hemos tratado , guardéis secreto , y no digais á persona alguna la menor cosa de lo que os he dicho , porque os aseguro , que en ello me dariais un gran disgusto.*

Concluido este razonamiento con el Rector , encargó al Señor Obispo Casanova y á su Confesor á nadie permitiesen entrar , sino á los precisos , porque quiero aprovechar , añadió , para bien de mi alma aquellos preciosos instantes de vida , que el Señor misericordioso me concede. Estuvo tan constante en esta resolucion , que ni aun quiso recibir al Marques de Carazena , Capitan General , que fué á visitarle á nombre del Rey , á quien diariamente por extraordinario debia dar cuenta del estado de su salud. Entró el recado el Señor Casanova , á quien respondió : *Vuesenoría Ilustrísima mande decir á su Excelencia , que sabe muy bien cuánto le he estimado , y por consiguiente quán agradecida me seria su visita ; pero que por estarme disponiendo para ha-*

*ber de comparecer ante el Tribunal de Dios, y no permitir la ocasion de divertir el pensamiento á cosas de esta vida, le suplico disimule la falta de no dar lugar á admitir la muy estimada para mí sincera expresion de su fineza.*

Causaba en todos los sentimientos mas tiernos verle en este tiempo cruzadas las manos sobre el pecho, y fixos sus ojos en la Imágen de Christo crucificado, exhalando afectos los mas encendidos, aspiraciones las mas amorosas, que indicaban estaba su corazon ardiendo en vivas llamas de amor á su dulce Jesus, cuyos santos abrazos esperaba lograr dentro de poco. Observó este fervor extraordinario el Señor Obispo Casanova, quien le suplicó se contentase con hablar en su interior, ó soliloquiar; porque la vehemencia y ardor de los afectos que salian por su boca, le fatigaban demasiado; pero como la caridad nunca dice basta: á manera de lámpara que da mayores llamaradas quando mas vecina á apagarse, quanto mas se acercaba á su dichoso fin, tanto mas redoblaba sus

fervores y encendidas aspiraciones.

Así lo oyó un criado suyo, que santamente curioso de saber lo que hacia y decia, se escondió en su cámara. Observó, que cruzados los brazos sobre el pecho, y fixos siempre los ojos en la Sagrada Imágen de Christo crucificado, con voz baxa, pero inteligible, decia: ¡O qué dicha! ¡O qué dicha! Como que veia prendas seguras de su salvacion, y abierto el camino por donde su alma habia de marchar á los eternos descansos, que el Señor tiene prometidos á los que le aman y temen.

Así llegó á la media noche: y aunque habia mandado le avisasen luego sonasen las campanas, como estaba vigilante como fiel siervo, él las oyó primero que todos, y luego hizo señal con la campanilla á sus criados. Acudieron prontos, y con ellos el Confesor con quien confesó por última vez. Mandando llamar al Rector, le dixo: *Hermano, ya sabes lo que los dos hemos comunicado, y así luego procura traerme el Divino Sacramento, y despues administrarme el Santo Oleo.* Obedeció este

puntual, recibiendo de su mano el Santísimo Sacramento con un fervor extraordinario, y despues la Extrema-Uncion: en cuyo acto manifestó una maravillosa presencia de ánimo, respondiendo á todas las oraciones de la Iglesia bañados sus ojos en lágrimas, y elevando á Dios su corazon con actos de caridad ardentísima. En este lance no hubo quien no derramase copiosas lágrimas de dolor, de admiracion, de edificacion.

Terminada esta sagrada funcion dixo: *Bendito sea Dios, que ha dexado en el mundo tanto bien para los miserables pecadores.* Y luego cruzando otra vez las manos sobre el pecho, y fixando los ojos en la Imágen de Christo crucificado, continuó absorto en altísima contemplacion. Preguntado del Señor Obispo Casanova ¿en qué pensaba? dixo: *¡O Señor Ilustrísimo! estoy dando gracias á Dios por los muchos y grandes beneficios que siempre misericordioso ha sido servido de hacer á todo el pueblo Cristiano, con dexarle tantos remedios, como le ha dexado en los Santos Sacra-*

*mentos de la Eucaristía y Extrema Un-  
cion , para que así muy fortalecidos todos  
con ellos puedan triunfar del demonio y  
sus engaños , y salir de este miserable  
mundo llenos de consuelos.*

Pidió le dexasen solo para tratar á solas y cara á cara con su Dios como Moyses sobre el monte. Un criado que se quedó de vela escondido en su cámara observó , que conservando las manos cruzadas , y los ojos fixos en Christo crucificado , de quando en quando prorumpia en ardientes suspiros y expresiones de alabanza á su Dios , que ya le esperaba amante y misericordioso. Así dispuesto y adornado con el vestido nupcial de todas las virtudes para entrar á la cena magna del Cielo , como á las tres de la mañana hizo señal con la campanilla para que entrase alguno de sus criados : como el cuidado tenia á todos en movimiento y sobre aviso , acudiéron luego los Obispos de Segorbe , Coron , su Confesor , algunos Canónigos , y el Rector D. Antonio Barberan con muchos Colegiales.

Mandó luego le diesen su bolsa de Reliquias con muchas Indulgencias, que siempre habia llevado pendiente del cuello, la que se puso habiéndola primero adorado con ojos y boca; que con el aspersorio le echasen agua bendita; y hecha sobre él la señal de la Cruz, le dixesen la recomendacion del alma. Viendo todos con esto la muerte iba luego á acabar aquella preciosa vida, que quisieran eterna, deshechos en llanto, y dirigiendo sus palabras al Santo Prelado, le dixeron: *¡O padre muy amado y Pastor amoroso! ¿así nos dexais sin darnos vuestra santa bendicion? No nos negueis este consuelo, que todos pedimos con humildad y sincero rendimiento, y añadid darnos á besar vuestras santas manos, que será el último testimonio del santo amor que siempre os hemos debido. No pudo negarse á tan justa y reverente súplica, y así amoroso y enternecido, despues de haberles exhortado al santo temor de Dios, á la práctica de todas las virtudes, y á temer el justo juicio de Dios, levantando su mano les dió u-*

na copiosa bendición , á que siguió apretar cariñosamente la mano de cada uno de los asistentes al besar reverentes la suya.

Pasado este lance y aplicadas las Indulgencias por su Confesor , comenzáron la recomendacion del alma , á que estaba muy atento respondiendo á las santas preces , como que sabia bien la virtud y santidad que en ellas se contiene. Entre tanto , sentado en la cama arrimado su cuerpo á unas almohadas , estaba continuamente besando las llagas de la imágen de Christo Crucificado , que con la ayuda del Obispo de Coron tenia en su mano derecha juntamente con la patenilla de oro con muchas Indulgencias , que para esta hora le regaló el Papa Clemente VIII. Terminadas las preces , alargó la otra mano al Rector del Colegio D. Antonio Barberan , y luego invocando tres veces con voz inteligible el Santísimo Nombre de Jesus, sentado como estaba con semblante alegre , sin ninguna agonía , ántes con mucha paz , entre tres y quatro de la

mañana del dicho dia Juéves 6 de Enero del año 1611, entregó dulcemente su dichosa alma en manos de su Criador; contando de su edad setenta y nueve años ménos tres meses, y de su gobierno Arzobispal quarenta y uno, nueve meses y diez y siete dias.

Quedáron todos pasmados y alabando á Dios, al ver su Santo cuerpo tan lleno de carnes, y con colores tan vivos y hermosos, á pesar de una prolixa y grave enfermedad, capaz á consumir la humanidad mas robusta y lozana. De allí á poco se leyó su Testamento en presencia de los Obispos de Segorbe, Coron y Marruecos, muchos Prebendados, Rector y principales Ministros de su Real Colegio, donde entre otras cláusulas y disposiciones mandó, que el Capellan mas antiguo de su familia tuviese la piadosa ocupacion de manejar y vestir su cuerpo difunto, señalándole quarenta escudos por este piadoso trabajo. Cupo esta feliz suerte al Colegial perpetuo llamado el Licenciado Sigüenza, quien con tiernas lágrimas tributó es-



te piadoso obsequio á su padre , su amo y fundador , imitando á los hijos de Jacob en la muerte de este insigne Patriarca.

### CAPITULO III.

*Del magnífico entierro del B. Juan de Ribera , y milagros que por sus méritos obró Dios en esta ocasion.*

Apénas sonó en Valencia la triste nueva de la muerte de su Santo Pastor , se apoderó de todos tan vivo dolor , que no pudiendo ahogarlo en sus pechos , se salió afuera con gemidos y lágrimas que , derramaban gentes de todos estados , clases y condiciones. Temiendo que la extremada devocion y aprecio al Santo Prelado , á tropas y en confusa turba traeria á todos al Real Colegio ; para excusar los excesos á que suele arrojarse una devocion indiscreta , tuvieron por conveniente cerrar desde luego todas las puertas del Colegio. Habia mandado el Santo

Prelado fuese enterrado sin la menor pompa ; pero los Jueces testamentarios , juzgando dignísimo del mayor honor un sugeto en quien concurrían las qualidades mas brillantes de nobleza , sabiduría , dignidad y santidad , juzgáron en este particular , no podían conformarse con la voluntad del difunto.

Por lo que vestido de Pontifical con Alba , Capa , Mitra y Báculo Pastoral , el mismo dia por la tarde fué puesto en público en la Iglesia del mismo Colegio sobre un tablado de diez y ocho palmos de alto , cubierto todo de alfombras de seda , y ricas telas de brocados , sin aparecer la menor señal de luto. Para satisfacer á la devocion del Pueblo , dispusieron tenerle expuesto tres dias , en cuyo tiempo acudiéron innumerables personas , y algunas de quince y diez y seis leguas de distancia , suspirando todos , y deseando con vivas ansias besar las manos y pies del Santo Prelado , y aun llevar por reliquia algunos de sus despojos.

Con la mayor solemnidad se cantó despues la Misa de Difuntos con sus Resposos, que celebró el Obispo de Marruecos con asistencia de los Obispos de Segorbe y Coron, Dignidades, Prebendados, y el numeroso Clero de todas las Parroquias, autorizando esta funcion con su asistencia el Marques de Carazena, Capitan General, cortejado de toda la Nobleza; quien para dar un público testimonio del alto aprecio con que miraba las virtudes y santidad del difunto, mandó poner en su cabeza una corona de flores, y en su mano una hermosa palma, con este mote á sus pies: *Corona et palma merenti*. Y llevando adelante sus piadosos obsequios, quiso cargar sobre sus hombros el sagrado cadáver, y llevarlo hasta la sepultura, acompañando los Obispos de Coron y Segorbe y demas Prebendados, que llenos de ternura, amor y aprecio tributáron al Santo difunto esta honra; pero hubo de privarse de este consuelo, porque el numerosísimo concurso con sus movimientos y agita-

ciones , hijas del deseo de ver y reverenciar el Santo cuerpo , se lo estorbáron.

A estas honras que todos tributaban á la santa memoria del difunto, quiso tambien el Cielo concurrir engrandeciendolo con prodigios la santidad del B. Ribera , cuyo rostro , andando los tres dias que estuvo expuesto , se dexaba ver agraciado , hermoso y venerable , infundiendo en todos la mayor certeza de estar gozando de Dios su dichosa alma , y de ser poderoso para ayudarles en sus trabajos y aflicciones. Así lo experimentó entre otros una doncella de sesenta y cinco años , llamada Beatriz de Victoria. Casi enteramente ciega , por espacio de un año ayudada de una criada , acudió á la Iglesia del Real Colegio el dia en que se celebraban sus funerales ; y oyendo en el Sermon decir maravillas de la santidad del difunto , con mucha fe y vivas instancias le pidió alcanzase de Dios la vista. Aunque por entónces no fué oida , continuando sus ruegos por algunos dias , y estando oyendo

Misa en la Capilla de S. Mauro, de repente le pareció que veía, y podía leer las letras escritas en la pared. Como dudando de la verdad del milagro, salióse al cuerpo de la Iglesia, y registrando con facilidad toda su hermosura y grandeza, quedó asegurada de haber logrado el beneficio de la vista. Corrió luego al sepulcro de su bienhechor á darle rendidas gracias, y sin ayuda de nadie gozosa volvióse para su casa.

Isabel Martin, tullida de arriba abajo del lado derecho, agitada de vivísimos dolores que no la permitían descanso, ni sentar el pie en tierra, ni aun caminar con pena sin el auxilio de dos muletas, despues de haber invocado para su remedio muchos protectores, persuadida de un hijo suyo acudió al B. Ribera, quien la oyó y consoló del modo que vamos á decir. Despues de una fervorosa súplica, sintió que una mano invisible le dió un recio golpe en la pierna. Al momento probó si podía moverse y sentar el pie; lo logró con felicidad, caminando ya

con ligereza y desembarazo , libre ya de todo dolor. Fué luego á dar las gracias á su insigne bienhechor , colgando á su sepulcro una pierna de cera y una muleta en testimonio del beneficio recibido.

Predicando las virtudes del B. Ribera , miéntras las exêquias , entre otros muchos , acudió Josepha Mas , que estaba triste y afligida por no poder oír á causa de una sordera que la tenia como un mármol. Pidió con mucha instancia al B. Ribera , cuyo santo cuerpo estaba presente , le alcanzase expedicion en el oido para escuchar sus glorias , y por ellas alabar á Dios. Concluida la súplica , sintió un ruido como de un arcabuzazo dentro los oidos , que aunque de pronto la amedrentó , despues la consoló grandemente , porque pudo ya francamente oír el Sermon. Dió á Dios rendidas gracias por este beneficio concedido por los méritos de su fiel siervo.

Una noble Señora llamada Doña Luisa Antist , preñada de seis meses , al caérsele de las manos un espejo , se

conmovió y asustó tanto, que dando la criatura un movimiento extraordinario en sus entrañas la produjo tales dolores, que en quatro dias no pudo parir. La Comadre y asistentes la juzgáron muerta sin remedio, porque habiendo empezado á arrojar una niña de pies, se hallaba sin fuerzas para perfeccionar el parto. En este apuro y triste coyuntura entró el Canónigo Mollá su pariente, quien la persuadió se encomendase de veras al B. Patriarca, y esperase de su proteccion todo remedio, porque estaba sin duda gozando de Dios. Hízolo así la Señora con todo el fervor de su espíritu, y á poco rato arrojó la niña, pero tan desfigurada, que todos la juzgáron muerta. Redobló sus súplicas á favor de la niña, quien al punto empezó á llorar con tanta fuerza, como si no tuviera mal alguno. Con todo, temerosos los asistentes no muriese luego, la administráron el Santo Bautismo, á que sobrevivió dos años, dexando á todos admirados y confirmados en el milagro que Dios habia obrado en madre

é hija por los méritos del B. Ribera.

Entre los prodigios ya referidos merece el primer lugar el que obró Dios en el cadáver del B. Ribera al tercero dia que estaba expuesto en la Iglesia miéntras los pomposos funerales. Complacido el Señor de la ardentísima devocion de su Siervo al Santísimo Sacramento, quiso manifestarlo en el mismo cadáver. Celebrando la Misa de Requiem el Obispo de Marruecos, al inclinarse para decir sobre la Hostia las palabras misteriosas de la Consagracion, quantos alcanzáron á ver el rostro del difunto, advirtiéron con asombro, que empezaba á ponerse colorado, hermoso y fresco, y abrir los ojos, que quedáron del todo abiertos, apenas acabó de pronunciarlas, tan resplandecientes y llenos como si fueran de un cuerpo vivo. Y habiendo así permanecido en acto de veneracion hasta que el Sacerdote sumió las Sagradas Especies, reparáron los mismos volvió á cerrarlos, quedando en el venerable rostro la agraciada amarillez que ántes tenia.



## CAPITULO IV.

*Refiérense algunas apariciones con que el Señor quiso manifestar la gloria que ya gozaba su fiel siervo el B. Ribera.*

**T**odas las almas de los que mueren en el seno y comunión de la Santa Iglesia Católica, caen en el pozo profundo y sin suelo de la eternidad; sin dexarnos resquicios por donde podamos saber con certeza cuál fué su final destino, si afortunado, si desgraciado. De muchos tenemos probabilidad caminaron bien por su vida honesta y concertada. De algunos mucha probabilidad, porque sus hechos y acciones fueron adornados de honestidad, y animados del santo temor de Dios. Y de muy pocos tenemos como una certeza moral caminaron en derechura al Cielo; porque su vida se elevó sobre la esfera comun, y en todo fué ajustada á las santas leyes de Dios, y consejos saludables del Evangelio. Con todo, siempre nos queda al-

guna incertidumbre (á ménos que tercie el juicio de la Iglesia certísimo é infalible) porque los juicios de Dios son profundísimos, inapeables, y el Señor no mira con ojos de carne las cosas como nosotros.

Algunas veces se complace de manifestar la gloria de sus muy fieles Siervos, para que en ellos le glorifiquen todos, y sepan quán liberal anda con los que en todo y por todo se ajustaron á su santísima voluntad. De este corto número es el B. Ribera, cuya gloria se dignó el Señor manifestar á algunos apénas salido de este mundo. Entre estos fué agraciada con esta feliz nueva una hija de confesion del P. Boldo, Sacerdote de la Compañía de Jesus. Este atestigua, que aunque esta sierva de Dios tenia mas de quarenta años de penitencia, humildad profunda, oracion fervorosa, era tan discreta y recatada, tan zelosa de esconder los sacramentos del Rey del Cielo, que solo él la conocia, aunque el resto del pueblo la tenia por muger de virtud, por verla padecer dolores, enfermeda-

des, y gran pobreza con admirable paciencia y resignacion.

Esta gran sierva de Dios amaba mucho al B. Ribera, sin haberle tratado mas que una vez, que recibió de su mano una limosna. Viviendo le vió en varias ocasiones en los adentros de su alma como un Santo vestido de Pontifical. En su última enfermedad tomó tanta parte é interes en el recobro de su salud, que la procuró con muchos ayunos, oraciones, disciplinas y Comuniones, hasta apelar á los méritos de S. Ignacio de Loyola de quien era devotísima. Apareciósele este gran Patriarca, trayendo en su pecho el Santísimo nombre de Jesus escrito con letras de oro, y diciéndola: *Hija, presto estará bueno el Patriarca.* Quedó muy consolada con esta nueva. Con todo, continuó sus súplicas y oraciones hasta el dia de los Santos Reyes de 1611, en que estando en oracion como solia, se le apareció á las seis de la mañana (ignorando que fuese muerto) acompañado de muchos Angeles, vestido de Pontifical, con Mitra sembrada de muchas

pedras preciosas, Capa riquísima, Báculo de oro, y Pectoral al modo de una paloma, diciéndola con semblante muy alegre: *Hija, ya estoy bueno*, aludiendo á lo que la dixo S. Ignacio. Y la añadió: *Has de saber puse gran cuidado por conocerte, y no pude, porque tu Confesor no quiso en ello darme gusto.* Y así fué ( prosigue el P. Bol-do en su declaracion ) porque hablando muchas veces con el B. Ribera de los grandes favores que Dios hacia á esta sierva suya, conoció el gran deseo que tenia de saber quién era; pero que jamas se habia atrevido á preguntarlo: sin duda porque sabia es cosa muy buena y santa esconder los favores y sacramentos de Dios. Despues de esta vision, el dia 12 de Julio del mismo año se le apareció otra vez quando estaba muy trabajada, y la dixo: *Hija, no te aflixas, sino procura consolarte, que Dios te quiere bien.* Cuyas palabras dexáron su espíritu con santa tranquilidad y dulce calma, y con vigorosos alientos para sufrir trabajos por la gloria y gusto de su amado Jesus.

Tambien vestido de resplandores, y acompañado de muchos Angeles fué visto por un exemplar Religioso Cartuxo del Monasterio de *Val de Christo*, fundado en el término de Segorbe, distante ocho leguas de Valencia.

El Dr. Juan Pasqual, Cura de S. Martin, le vió tambien acompañado de muchos Angeles, vestido de Pontifical, y bañado de una resplandeciente luz, en ocasion que estaba agitado de mucha tristeza por su muerte, y por haber perdido con ella un grande amigo, á quien trataba freqüente y con mucha confianza. Al principio dixo le causó algun sobresalto; pero viendo se le acercaba á la cama en que yacia con rostro alegre, se llenó de un gozo indecible, y tambien porque con su vista sintió un olor tan suave, que le dexó con mucho consuelo para mucho tiempo.

Cierta Religiosa de vida exemplar, confesada del Dr. D. Tomas del Castillo (que lo depone en el proceso) le dixo: Ha de saber V. Reverencia, que muchas veces estando en oracion, y

Y

muy desvelada , he visto al Señor D. Juan de Ribera vestido de Pontifical, acompañado de muchos Angeles , y todo él brillante como un Sol , y despues de haberme hablado con mucho amor , me ha dexado con tan dulce paz , que no hallo voces con que explicarla.

El P. D. Honorato Olzina , Monge Cisterciense , y Presidente del Monasterio de Monte Santo de la Ciudad de S. Felipe , nueve leguas distante de Valencia , como á las diez horas del dia en que murió , pidiendo miéntras decia Misa por la salud del B. Ribera , al levantar la Sagrada Hostia vió , que muy resplandeciente su alma se iba subiendo á una felicidad eterna. Aunque esta vision le causó alguna novedad por no saber entónces que fuese muerto , quedó con algun género de duda sobre la verdad de la vision ; pero sabiendo despues habia muerto el mismo dia , quedó asegurado de ser cierta la vision. Este Monge profesaba el mayor amor y veneracion al B. Ribera , y siempre que venia á Valencia,

sin falta iba á besarle la mano, y gozar de su dulce y santa conversacion. Sin duda con esta vision quiso pagarle el santo amor que siempre le habia tenido.

Una Religiosa de vida exemplar llamada Sor Juana Zapuerta, le vió subir al Cielo bañado de resplandor y grandeza, acompañado de su amigo el P. S. Ignacio de Loyola. La misma estando un Juéves delante el Santísimo Sacramento en la Iglesia del Real Colegio, le vió con un incensario de oro ofreciendo olorosos perfumes á tan alta Magestad: dando con ello una robusta confirmacion, de que su devocion sincera y fervorosa á tan alto misterio se extendió hasta la region de la eternidad.

Con estas y otras maravillosas visiones que se podrian referir, dió el Señor un auténtico testimonio, que el alma del B. Ribera hombrea con los Bienaventurados, y que con ellos está admitida á los inefables y eternos gozos del Cielo. El Señor que dixo: *Si yo callase, hablarán las piedras*, hizo

en esta ocasion hablasen no las piedras sino los niños, cuya sencillez é ingenuidad no sabe adular, sino decir lo que siente y esconde el corazon. El mismo dia que murió, en la Ciudad de Alicante, distante veinte leguas de Valencia, los niños movidos de superior impulso, y hechos digámoslo así por divina ordenacion pregoneros de la gloria que ya gozaba, en hermosas turbas iban por las calles cantando esta letra: *El Señor Patriarca murió en Jueves, dia señalado de los tres Santos Reyes.* Y en Valencia por muchos dias iban los niños tambien cantando con tono alegre y festivo: *El Señor Patriarca está en la Gloria con corona y palma de la victoria;* cuyos elogios parecian una canonizacion anticipada de los méritos y santidad heroyca de este insigne Prelado.



## CAPITULO V.

*De los muchos y grandes milagros que obró Dios por los méritos é intercesion del B. Juan de Ribera.*

Por todas partes se extendia la fama de la gran santidad del B. Ribera, dexando en los corazones la mayor certeza de que estaba gozando de Dios entre los infinitos resplandores de su gloria. El Cielo quiso tambien contribuir á esta firme persuasion, y á la gloria extrínseca de este gran siervo de Dios, con milagros que obró por sus méritos é intercesion, los quales son unas executorias de la santidad de un héroe, y unas voces con que la canoniza: muchos y prodigiosos fuéron los que vamos á referir.

En el Pueblo de Rusafa un niño de catorce meses estaba ya entre las fauces de la muerte por no poder orinar. Ciñéronle una faxa con que el B. Ribera solia ir ceñido, y al momento arrojó una piedra del tamaño del hueso

de una aceytuna , quedando todos pasmados , y agradecidos al B. Ribera , á cuyos méritos é intercesion atribuyéron esta maravilla.

Gracia Ribes seis dias que lidiaba con agudísimos dolores de parto , que creyéron casi imposible por venir atravesada la criatura. Aplicóse con fe una manga de la camisa del B. Ribera , y al punto parió con felicidad , quedando con perfecta salud , como sino hubiera amenazado peligro alguno.

María Calles de Vallespir apénas podia respirar por un gran dolor que la oprimia el cuello y la garganta, sin dexarla apénas pasar cosa alguna, ni aun mover la cabeza. Una vecina suya la dexó un pedacito de vayeta del vestido que usaba el B. Ribera, el qual aplicada á la parte doliente, y añadiendo rezar una parte de Rosario sobre su sepulcro , surtió tan feliz efecto , que al punto experimentó un total alivio , dexando pasmados á quantos supieron el caso.

A una Religiosa del Monasterio de Santa Ursola de Valencia , llama-

da Sor Catarina de la Madre de Dios, diéron un pedacito del vestido del B. Ribera ; pero ella lo recibió con mucha tibieza é indiferencia , haciendo poco concepto de la santidad de su Fundador. Aquella misma noche la asaltó tal dolor por toda la cintura hasta la punta del pie , que no podia sin ayuda revolverse en la cama , así perseveró muchos dias. Viendo las Religiosas inútiles los remedios que la habian aplicado , la persuadiéron acudiese á la intercesion de su Fundador el B. Ribera ; pero como le tenia poca devocion despreció el consejo. Instáronla muchas veces á lo mismo , y cediendo á las instancias, mas por complacer á las hermanas que por devocion , se aplicó la reliquia , y le pidió la salud con mucha tibieza ; con todo , con admiracion de todas se vió libre del dolor : y no creyendo todavía fuese efecto de la intercesion del B. Ribera , se puso á capitular con él , digámoslo así , diciendo , que si el dolor no volvía en todo un año , lo tendria por milagro ; pero no si vol-

via. Pasó todo el año libre del dolor, pero siempre incrédula no quiso confesar por milagro su instantánea curacion. Volvióle el dolor con tal vehemencia, que puso en cuidado á toda la Comunidad. Quisiéronla aplicar algunas medicinas; pero la ingrata, ya reconocida dixo: No se cansen, Madres, que mi mal no puede curarse sino con un verdadero arrepentimiento de mi incredulidad é ingratitud á nuestro Santo Fundador. Refirióles su indevocion y falta de respeto, pidiéndolas la ayudasen con sus oraciones á alcanzar el favor suspirado. Para ello, todas de mancomun hicieron una devota Novena, ofreciendo la paciente muy de corazon confesar el milagro. Al dia nueve quedó enteramente libre, y tan agradecida, que mandó llamar los Procuradores de la causa de la Beatificacion, ante quienes depuso con toda formalidad el milagro, refiriendo todas las circunstancias que á él habian precedido y seguido.

Casi lo mismo sucedió á otra Mon-

ja del mismo Monasterio llamada Sor Isabel de la Purificacion: esta Religiosa por los méritos del B. Ribera quedó libre de una inflamacion y dolor, que por quatro años habia padecido en la punta de la nariz, con solo aplicarse á la parte doliente un pedacito de su vestido; pero no queriendo deponer jurídicamente otro prodigio, que en el mismo Monasterio habia obrado con Sor Teresa de Jesus, al punto se le volvió á inflamar la nariz con el mismo dolor. Conociendo era castigo de su omision é ingratitude, pidió perdon al B. Ribera, y ofreció deponer el milagro: y aplicándose otra vez la reliquia á la parte doliente, quedó buena el dia último de la Novena que hizo á este fin.

A una niña de cinco años hija de Ana Florencia, enferma de viruelas, se le hizo en la ingle un tumor con tan malas pintas, que puso en sumo cuidado á su madre y los Médicos. Reconocido por los Cirujanos, la aplicáron algunos medicamentos para ablandar aquella hinchazon endureci-

da ; pero juzgando la madre , que la niña por lo tierno de la edad no podría sufrir el rigor de los remedios, acudió á la intercesion del B. Ribera , aplicando á la niña una crucecita suya , que tenia y guardaba por reliquia. Al punto se deshizo y desvaneció el tumor quedando enteramente sana.

Juan Tabia padecia un agudo dolor de cabeza , derivado de unas ardientes calenturas , en cuya enfermedad recibió el Viático , y estuvo ya para recibir la Santa Uncion. En este apuro le aconsejaron acudiese á la intercesion del B. Ribera , y se pudiese en la cabeza un bonete suyo , que como reliquia le habia traído Juan Polo , Archivero del Colegio. Al punto experimentó un grande alivio , y á breve tiempo quedó del todo sano.

Eugenia Osorio, agitada de dolores vehementes de parto , en tres dias no pudo dar á luz un niño. Ya desahuciada de humano remedio , acudió al Santo Arzobispo Ribera , y aplicando sobre el vientre una reliquia suya , al

punto dió á luz un niño , sin mas daño , que tener algo maltratada la cabeza. Todos lo tuvieron por una evidente maravilla.

Angela Izquierdo padecia tan vivo dolor en la juntura de las dos quixadas , que no podia mascar. De consejo del Médico Tudela se aplicó un lienzo del B. Ribera , que este guardaba por reliquia , y habiendo padecido este dolor dos dias y dos noches , al instante se vió libre , y pudo comer y engullir sin dificultad alguna.

El Señor que quiso glorificar á este su siervo por medio de sus reliquias , quiso tambien engrandecerle, consolando á los que en sus aflicciones acudian á su sepulcro.

Beatriz del Rio padecia unos vómitos continuos , por habersele roto una vena del pecho , á que se añadió no poder retener la comida por espacio de siete años. Habiendo entendido, que una Monja de Santa Ursola habia alcanzado el remedio de semejante dolencia por los méritos del B.

Ribera , acudió al sepulcro de este pidiéndole con mucha fe é instancia el remedio de su mal ; luego cesó el vómito , y pudo retener la comida. Cuyo prodigio se confirmó , en que pudo ya comer cosas aunque contrarias al accidente pasado.

Cipriano Ferrer , de seis años , por espacio de dos semanas padecía calentura continua con vómitos. Acudió su padre al sepulcro del B. Ribera , pidiendo á Dios por sus méritos la salud de su hijo , ofreciéndole un voto; al punto cesáron los vómitos y calentura con admiracion y consuelo de su padre. Descuidóse este de cumplir lo prometido , y á pocos dias se vió el niño asaltado de la misma enfermedad , y atribuyéndolo á su culpable negligencia , procuró luego cumplir la promesa , á que se siguió luego otra vez el recobro de la salud del niño.

Una niña de dos años y ocho meses , hija de Dionisio Luna y de Josepha Mas , enferma de calenturas , fué asaltada de pasmo torciendo la boca , y sin poder hablar. Muy afligidos por



ello sus padres, acudieron á la Iglesia del Real Colegio, y habiendo mandado celebrar una Misa, y arrodillados ante el sepulcro del B. Ribera, pidiéndole con mucho fervor la salud de su hija, tuvieron tan feliz despacho en su súplica, que vueltos á casa encontraron al Médico que les dixo: la niña quedaba perfectamente sana; y preguntándola, ¿quién le habia dado la salud? Respondió con claridad y distincion, que el Señor Patriarca, que con un báculo en la mano se le habia aparecido todo resplandeciente, y vestido de Pontifical. Oyendo esto, y rebozando júbilos, alabáron á Dios siempre glorioso en sus Santos, y en su fiel siervo el B. Ribera.

Juana de la Puente depone: Su marido Narciso Leonardo, de resulta de una grave caída estuvo ocho meses sin poderse poner las manos en la cabeza, ni dar un paso sin el auxilio de dos muletas. En este conflicto acudieron con gran fe á los méritos é intercesion del B. Ribera, yendo casi arrastrando á visitarle en su Colegio. Habiendo orado so-

bre su sepulcro con gran fervor, dentro de pocos dias quedó del todo sano, dexando colgadas las muletas en memoria del prodigio, y volviéndose á su casa por sus propios pies, y sin la menor dificultad.

Paula Malta, doncella, por espacio de año y medio padeció una enfermedad vergonzosa y de gran pena. Con muchas lágrimas imploró el amparo del B. Ribera, á quien aun viviendo habia siempre tenido por Santo, ofreciendo un voto de cera, y visitarle en su sepulcro por nueve dias, lo que luego practicó: y al paso que iba continuando la Novena, experimentaba alivio en su mal. Y dia último que fué el dia de S. Estéban, quedó perfectamente sana.

## CAPITULO VI.

*De otros milagros que el Señor obró en los que en sus aflicciones invocaban al B. Juan de Ribera.*

**E**mpeñado el Señor, digámoslo así, en glorificar con milagros á su fiel siervo el B. Ribera, quiso ostentarse glorioso aun en los que solo le invocaban.

Sor Gertrudis de S. Pedro, Monja de Santa Ursola, hallándose hidrópica y sin esperanzas de vida, aconsejada de Sor Margarita de S. Ignacio, del mismo Monasterio, acudió con fe muy viva á su Santo Fundador el B. Ribera, ofreciendo para alcanzar esta gracia hacer una fiesta en honra suya, en el caso de ser Beatificado. Al punto que acabó la súplica alcanzó el favor deseado: quedando con entera salud contra la esperanza de los Médicos, que la juzgaban por sin remedio.

Francisca Leocadia, niña de cinco años, tenia casi perdida la vista de un ojo. Catarina Buena, muy devota

del B. Ribera, le pidió el consuelo de la niña, ofreciendo unos ojos de plata en el caso de ser oída. Luego quedó la niña con vista clara y despejada. Habiendo comunicado dicha Catarina á una tia de la niña el voto ofrecido, y el milagro sucedido, dixo esta con desden, no faltaria mucho aunque no cumpliese lo ofrecido: con efecto, dexó de cumplirlo. ¡Cosa pasmosa! Al otro dia se le inflamó tanto el ojo, que en quince dias hubieron de hacerla quatro sangrías, pero sin el menor alivio. Así perseveró tres meses á pesar de muchos remedios. En cuyo lance dixo el Cirujano, para la niña no habia remedio, que se criaria una nube en el ojo, perdiendo para siempre en él la vista. Oyendo esto dicha Catarina Buena, y que la niña ya confesaba hallarse sin vista, creyó era castigo de la ingratitud y menosprecio de la tia. Repitió sus súplicas al B. Ribera, ofreciendo ella cumplir la promesa si la tia á ello se resistia, y juntamente pidió á la niña, que ella misma tambien se lo suplicase. Con admiracion de to-

dos al segundo dia se halló tan sana, como si en el ojo jamas hubiera padecido inflamacion alguna. Por lo que escarmentada la tia, y viendo tal maravilla, ella misma se fué al Real Colegio á cumplir la promesa, llevando y presentando los ojos de plata ofrecidos; y en muchos años que sobrevivió, jamas experimentó semejante mal.

Gracia Ribes, ya citada, tenia una niña de muy pocos años, que travesando por la calle fué atropellada de una carroza, pasándola por encima las ruedas; y debiendo quedar destrozada y hecha una tortilla, salió sin lesion alguna por los méritos del B. Ribera, á quien con fe y llanto invocó la madre; quedando solo impresos en el cuerpecito de la niña los clavos en testimonio del milagro y favor recibido.

Crisógono Almela, mozuelo de doce años, enfermó de una inflamacion de estómago, dolor de costado, y calentura aguda: al tercero dia tomó la enfermedad tanto vuelo y aumento, que el Médico Tudela ordenó sin tardanza

Z

le administrasen el Santo Viático. Al siguiente dia creyendo seria por demas su visita , envió un Pasante suyo á saber el estado de la enfermedad. Informado estaba mejor y sin calentura, acudió él mismo á certificarse , y habiéndole hallado sin calentura , y sin rastro del mortal accidente preguntó: ¿ si habian hecho algun voto ó promesa á algun Santo? Respondiéron , que al B. Ribera , y luego les dixo : asegúrense, Señores , que de otra suerte no podia alcanzar salud , porque en toda la medicina no habia recursos para curarle. Este milagro fué aprobado en Roma para la solemne Beatificacion celebrada en 18 de Septiembre de 1796.

Pedro Aranzana , Cirujano de Valencia , molestado de un agudísimo dolor en el lado izquierdo , que aprisa le quitaba la vida , se estaba preparando para recibir el Viático. En esta coyuntura , acordándose de las grandes virtudes y méritos del B. Ribera , que habia oído ponderar al Canónigo Mendoza en los dias de sus exêquias , con su muger le hizo una fervorosa súpli-

ca acompañada de muchas lágrimas, que surtió tan feliz efecto, que al otro dia ya libre de todo mal pudo levantarse, y por su pie ir al Colegio á dar reverentes gracias á su bienhechor.

Cosme Leon por nueve semanas padeció una inflamacion tan ardiente en la pierna, que llegó á puntos de peligrar mucho su vida. Ya desahuciado, y con todos los Sacramentos, se resolvió una noche á pedir el socorro del B. Ribera, á quien siempre habia profesado especial devocion. Una hora despues de media noche se le apareció con S. Luis Beltran, recibiendo de esta visita un consuelo indecible. A la mañana siguiente hizo saber al Médico esta visita, quien le halló sin calentura, y fuera de todo peligro, y al cabo de ocho dias fué al Colegio á rendir gracias y obsequios á su insigne bienhechor.

Pedro Vaciero cayó de una mula, que le cogió debaxo dexándole sin sentido, y estropeado en un brazo, que le quedó sin uso, y á él casi muerto. Su madre afligida acudió con fe al San-

to Prelado, encargando á su hijo, ya vuelto en sí, hiciera lo mismo. Habiendo pasado toda la noche delirando y fuera de juicio, á la mañana siguiente quedó tan sano, como si no hubiera padecido el menor quebranto. Alabaron todos á Dios admirable en su siervo.

Francisca Miramonte, sumamente afligida viendo ya en los extremos de la vida á una hija suya llamada Josepha Campos, trabajada de un tabardillo, no hallando remedio en lo humano, acudió á los divinos, implorando con fe la proteccion del B. Ribera. Al punto quedó libre de la calentura, y muy obligada á dar gracias á su bienhechor.

A Doña Vicenta Villarasa, enferma de calentura, y agitada de un vivo dolor, viéndola su madre Doña Brianda Frívola en evidente peligro de muerte, acudió á los méritos del B. Ribera, ofreciéndole presentar en su sepulcro una figura de cera, y una tablilla con el milagro que deseaba y esperaba. Fué tan bien despachada su



súplica , que en breves dias la vió libre de tan penosa enfermedad.

Sor Teresa de Jesus María , Monja en Santa Ursola , enfermó de calentura con crecimientos y continuos vómitos. El Dr. Tudela , Médico, viéndola en tan triste situacion , la advirtió se encomendase á su Santo Padre y Fundador , cuyas virtudes y milagros habia mucho ponderado el Canónigo Mendoza. Hízolo así , quedóse dormida por un quarto de hora , y luego en despertando cesó el vómito , y se halló tan alentada , que pidió á la Enfermera alimento , que tomó ya sin nauseas, y sin volverle como ántes. Instóle el Médico le pidiese tambien el librarse de la calentura. Repitió su súplica , y luego libre ya de la calentura quedó tan buena , que dentro de breves dias, por medio de la Comunión que recibió con sus Hermanas , pasó á dar gracias á Dios prodigioso en su siervo.

A Mosen Jayme Llobera , Capellan del Real Colegio , el Sábado de Pasión acometió un dolor de ijada tan vivo , que aun con ayuda pudo con di-

ficultad volver á su casa ; y aunque rogado no quiso aplicarse remedio alguno fiando solo en la proteccion de su amo y Señor el B. Ribera , porque al dia siguiente habia de cantar la Pasion en la Real Capilla , continuó con el dolor hasta la media noche , y habiendo podido tomar el sueño , al amanecer se halló tan sano y robusto , que con admiracion de todos pudo cantar la Pasion.

María Sabater , á pocos años de muerto el B. Ribera , fué acometida de un vehemente dolor de jaqueca , que la dexaba sin fuerzas para los menesteres de su casa. Un hijo suyo que ayudaba las Misas en la Capilla del Colegio , la persuadió se encomendase en los méritos del Santo Patriarca. Hízolo así con fe y devocion ; aquella misma noche se sintió muy mejorada , y al otro dia del todo buena.

Cosme Oller , Notario , enfermó de calenturas ardientes : las padecia ya un mes entero , en que le sangraron diez y seis veces sin hallar alivio. Viendo los Médicos el evidente peligro de mo-

rir, le mandáron recibiese el Viático y Extrema-Uncion. Mirando el enfermo la muerte ya muy cercana, oyó tocar las campanas del Real Colegio, y acordándose entónces de las grandes virtudes del B. Ribera, y de los milagros que Dios obraba por su intercesion, convirtiendo á él su corazon, le hizo una súplica humilde y fervorosa, acompañada de una viva fe y firme creencia estaba en el Cielo con los Apóstoles y Patriarcas. Esta súplica repitió algunas veces con muchas lágrimas; y siendo como las seis de la tarde cesó el crecimiento de la calentura que se temia, quedando tan libre de ella, que espantados los Médicos y demas, lo tuvieron por evidente milagro. Con efecto, dentro de breves dias se levantó de la cama, y rebozando júbilos fué al sepulcro de su bienhechor á darle rendidas gracias.

Joseph Próspero, Mercader de Valencia, fué acometido de un dolor de ijada tan vehemente, que estuvo treinta y seis horas lidiando con tan penoso accidente, sin aprovecharle los ma-

yores remedios que le aplicáron. En este conflicto , que tocaba ya en desesperacion de su salud , acudió al B. Ribera ; al instante se sintió libre del dolor , y al otro dia por su pie fué al Real Colegio á dar las gracias á su insigne bienhechor.

Una muger llamada Magdalena, yendo de parto con dolores vehementes, dió á luz un niño hasta la mitad , sin poder en quatro horas perfeccionar el parto. Creyéndola sin remedio la Comadre y demas asistentes, acudiéron con súplicas y lágrimas al B. Ribera, á que luego siguió el consuelo , porque acabó de darle á luz , quedando libres y sanos madre é hijo , y publicando esta maravilla con que Dios glorificó á su siervo.

Gerónimo Herrero , Acólito del Real Colegio , de edad de sesenta y quatro años , fué asaltado de una apoplexía tan fuerte , que le dexo hecho un tronco por espacio de veinte y quatro horas , al fin de ellas volvió en sí ; pero tan lisiado y sin tacto de medio abaxo , que no sentia el menor

dolor y sensacion, aunque le atravesasen las carnes con alfileres, ni facultades para moverse en la cama, en la que estuvo como clavado por dos años, á pesar de muchos remedios que los Médicos le aplicáron. Viendo inútiles todos sus esfuerzos para curarle, le desahuciáron diciéndole, que la medicina no alcanzaba á curar tan gran mal é insensibilidad, á que respondió: Si en lo humano para mí no hay remedio, acudiré al Patriarca mi Señor, esperando por sus méritos el divino. Animado con estas esperanzas llegó el dia octavo de la solemnidad del Corpus Domini, en que dicho Real Colegio hace por los Claustros una devota y magnífica Procesion. Era ya el año tercero que se hallaba paralítico, y uno cumplido despues del desengaño de los Médicos, en cuyo tiempo ya no se le aplicaba remedio alguno, por juzgarle del todo inútil. Acalorándose en este dia con la esperanza de cobrar salud por los méritos de su amo y Señor el B. Ribera, besando muchas veces una Imágen suya, que

siempre llevaba pendiente del cuello; comenzó á pedirle con viva fe y robusta esperanza, le alcanzase fuerzas para levantarse y ver la Procesion.

Así continuó hasta la tarde, y viendo se acercaba la hora de la Procesion, y no sentia alivio, continuó su rogativa con muchas lágrimas, y al paso que se empeñaba y extendia en ella, iba sintiendo que en las partes paralíticas se le iba introduciendo viva calor y fuerza. Admirado de esta prodigiosa novedad, al tiempo que ya sonaban las campanas y clarines para salir la Procesion, quiso levantarse de la cama, lo que logró con efecto, y arrimándose á las paredes por el miedo de caer en tierra, viendo tenia ya fuerzas no solo para tenerse en pie, sí tambien para dar algun paso; esforzado con aquella gracia, se vistió por sí mismo, y empezó á darlos muy fuertes por el aposento. Y no pudiendo casi creer lo mismo que experimentaba, salió á la ventana á adorar al Santísimo Sacramento, á quien dió rendidísimas gracias y á su

insigne intescesor, á quien tuvo muy en su corazon los años que sobrevivió sano y robusto, sin el menor rastro del accidente pasado. Este milagro fué muy aplaudido en Roma, y aprobado para la Beatificacion celebrada en 18 de Septiembre de 1796.

## CAPITULO VII.

*De otros milagros que obró Dios en personas afligidas en sus espíritus por los méritos del B. Juan de Ribera.*

Andando los años de la preciosa vida del B. Juan de Ribera, fuéron muchos los que socorrió en sus cuitas y trabajos corporales y espirituales, siendo sus manos como canales por donde fluían misericordias y beneficencias, y su espíritu, presencia, trato y conversacion como sol que disipaba las tinieblas espirituales de muchos, que de puro afligidos vivían en un continuo agovio y tormento. Después de su tránsito al Cielo, ha con-

tinuado prodigioso en aliviar á algunos agitados de escrúpulos, tentaciones, y otros males interiores con que el Señor exercita y labra los justos, y castiga como Padre los pecadores. Los casos siguientes prueban esta verdad.

Sor María de Jesus, Monja en Santa Ursola, estaba tan molestada de tentaciones y escrúpulos, especialmente andando sus ejercicios de Coro, Oration, &c. que no se podia valer ni hallaba medio para fixar su imaginacion inquieta, vaga y turbulenta. Llegó casi á desfallecer y sentirse sin fuerzas por este continuo martirio, y sin atreverse á comulgar por no poder tener fixa su imaginacion en la Pasion del Señor. Los Confesores la sugirieron muchos medios para tranquilizar su espíritu, pero sin fruto. A esto se añadía, parecerle el Cielo estaba vestido de bronce, pues no se dignaba oirla por mas que lo procuraba con disciplinas y otros actos de mortificacion. El Dr. Tudela, Médico, la alentó á esperar en la proteccion del B. Ri-



bera, diciéndola, que curó á una mu-  
ger de semejante dolencia. Hízole á  
este fin una fervorosa súplica acom-  
pañada de lágrimas, acordándole pa-  
ra obligarle, era su hija y de su ins-  
tituto. Al punto quedó libre de aque-  
lla angustia y turbacion de espíritu;  
y si alguna vez asomaban aquellas  
tentaciones y espirituales tinieblas, en  
diciendo: Señor, terminad la obra que  
habeis empezado en esta criatura; ce-  
saba el nublado, quedando tranquila  
y con agilidad y desembarazo para  
sus espirituales funciones.

Gerónima Navarra padecía tales  
congojas y aflicciones interiores, que  
no la sufrian estar arrodillada un quar-  
to de hora; pero acordándose de las  
muchas horas que delante el Santísimo  
Sacramento estaba arrodillado el B.  
Ribera, le pidió le alcanzase quietud  
y sosiego siquiera para oír una Misa;  
cuya súplica concluida pudo oírla  
arrodillada y sin congoja. Viendo la  
acometian semejantes angustias en es-  
tas santas ocupaciones, acudia de nue-  
vo al B. Ribera, quedando tranquila

y devota. Así continuó muchos años, renovándose cada día, digámoslo así, la protección del B. Ribera sobre su alma desazonada y perturbada.

Melchor Plaza tenía una niña recién nacida, que estaba en un continuo desasosiego con muchos quejidos y lloros, sin poder atinar la causa los Médicos y Cirujanos. Acordándose el padre haber recibido del B. Ribera un favor en un dolor de ijada que padeció, esperó de su protección el consuelo para su hijita. Para obtenerlo se fué á la Iglesia del Real Colegio, y le rogó con mucha instancia alcanzase de Dios el conocimiento de la enfermedad de su hija, para que aplicando oportunos remedios, ella, él y toda su casa pudiesen aquietarse en tanta aflicción. Continuó la súplica tres días, y al tercero, repitiéndola con mas fervor, con pasmo de todos se le abrió á la niña el lado derecho, y por la abertura arrojó mas de tres escudillas de materia, ponderándolo como milagro, porque en ninguna parte del cuerpecito se descubria hin-

chazon ó inflamacion alguna. Llamáron luego al Cirujano para descubrir aquel tumor interno, y habiendo hecho con las tixeras mayor la abertura, dentro de breves dias quedó perfectamente sana. Alabáron todos á Dios, que por los ruegos de su fiel siervo se dignó descubrir el mal, que por tan oculto huia la perspicacia y alcances de los mayores facultativos.

Isabel Juana Soler, de resulta de un susto y sorpresa, sintió en todo su cuerpo una comezon con granos malignos, tan molesta, que no la sufrían descanso. Con esta pena vivió tres años, consumiendo poco á poco su salud. Al cabo de ellos, acordándose de los méritos del B. Ribera, y de las muchas horas que arrodillado le veía adorar al Santísimo Sacramento, con gran fe y ternura le suplicó la librase de molestia tan pesada. Esta súplica repitió tres Domingos con el mismo fervor, y al cabo de ellos fué oída del Santo Prelado, por cuya intercesion quedó enteramente libre de una pena y trabajo que la

traia en un continuo afan. Todo el resto de su vida dió gracias á Dios y al B. Ribera, por cuyos méritos así se dignó el Señor consolarla.

El Dr. Pasqual, Cura de S. Martin, ya citado en esta historia, padecia tal afliccion y congoja en su ánimo, que en nada podia encontrar reposo y tranquilidad. Así atormentado se fué al sepulcro del Santo Prelado, y allí haciéndole presente los muchos que viviendo habia consolado, le suplicó con ahinco extendiese sobre él su proteccion y amparo. Fué tan bien despachada su súplica, que luego quedó libre de toda angustia, y reducido su ánimo á una dulce calma.

Cierta persona muy honrada de Valencia, por no sé qué accidente de gran disgusto que sucedió en su casa, se hallaba combatida de una mortal angustia, sin hallar camino para el consuelo. En este apuro se fué al Real Colegio á buscar el socorro por los méritos del B. Ribera, á quien hizo una fervorosa súplica: la qual terminada, al punto le ocurrió á la imaginacion

la persona que podria sacarla de aquella pesada interior pena. Partió para su casa , y luego le salió á recibir su muger , diciéndole : Ha de saber Vueseñoría , que aquí ha estado tal persona , y ha dicho , que Vueseñoría no tome la menor pena , porque el negocio de tanto disgusto está ya compuesto , como si nada hubiera sucedido. Quedó pasmado el marido al oír tal embaxada , por no haber descubier- to su pecho á persona alguna , y ser la que se presentó en su casa la misma que le ocurrió andando su súplica sobre el sepulcro del Santo Prelado ; de que muy agradecido rindió gracias al B. Ribera y á Dios , que así oyó y atendió sus méritos á su favor.

Gaspar Cornay estaba muy afligido por no tener con qué alimentarse y á su familia. Acudió al B. Ribera pidiéndole socorro en este apuro ; y luego recibió del Sacristan del Real Colegio seis escudos por componer unas flores , y poco despues veinte por semejante faena. Atribuyéndolo todo á la proteccion del Santo Prelado , en cuyas

manos puso su afliccion y súplica.

Cierto sugeto ( que lo depuso en los extremos de su vida ) se hallaba tan combatido y vencido del espíritu de la sensualidad , que apénas pasaba dia en que no cayera en vicio tan sucio y abominable. Hallábase tan preso de esta violenta pasion, que le parecia poco ménos que imposible librarse de sus asaltos y sugestiones. En este conflicto pensó acogerse al amparo y proteccion del B. Ribera , suplicándole le librase de enemigo tan cruel y casero , y para obligarle ofreció rezarle todos los dias un Padre nuestro : cuya diligencia religiosa fué tan oportuna , y tan del agrado de Dios y del Beato , que en adelante ya no conoció muger alguna, ni experimentó los movimientos violentos de la carne , que hasta entónces le despeñaban y perdian : viviendo en continencia y sin esta lucha trece años que sobrevivió , en los quales ya no sintió ni movimientos sensuales , ni aquella rebeldía de la carne , que causa esta violenta pasion.

Lo mismo experimentó un Preben-

dado de la Santa Iglesia de Valencia, agitado con mucha violencia del espíritu de la sensualidad; porque luego sentia estímulos de la carne, se aplicaba una reliquia del Santo Prelado, con cuyo socorro quedaba libre y victorioso. Y por los mismos medios se vió libre cierto Obispo de los ímpetus violentos de la carne, que con frecuencia le molestaban y affligian.

Seria nunca acabar referir los muchos milagros que Dios se dignó obrar por los méritos de su siervo fidelísimo el B. Ribera, que están tan registrados en los procesos. Por lo que me contento con los ya referidos, que son mas que bastantes para que el Lector forme una alta idea de la santidad heroyca del B. Ribera, á quien Dios por ello hizo glorioso en vida y despues de muerto.

## CAPITULO VIII.

*De la gran fama de santidad del B. Juan de Ribera, de que siempre estuvo lleno el mundo, y los muchos elogios que le diéron sugetos de alta esfera y notoria virtud ya en vida, ya despues de muerto.*

Así como el Sol extiende sus rayos por toda la redondez de la tierra, sin que haya quien no los admire y celebre, así la virtud y santidad del B. Juan de Ribera fué tan grande y tan pública, que no hubo sugeto que no se convirtiese en lenguas para aplaudirla y venerarla. Aun despues de muerto tuvo por pregoneros de ella á infinitos sugetos, que ya en los circos y conversaciones, ya en los libros que imprimiéron, hacen de él tan honorífica mencion, que sin titubear le dan los elogios mas magníficos, y los de Santo, y Santísimo Prelado.

Aun contaba pocos lustros á su edad, ya le veneraban todos por vir-



tuoso y por Santo; cuyo aprecio crecía en ellos al paso que crecían sus años y sus lustrosas ocupaciones de Obispo, Arzobispo, Patriarca y Virrey. Por toda España y fuera de ella fué siempre mirado por un exemplar de perfeccion, llamándole siempre el *Santo Patriarca*. Así fué llamado en Valencia, en Sevilla y en Badajoz con el glorioso dictado de Apóstol. Muchos le juzgáron el Obispo mas observante y ajustado á quanto disponen y previenen los Sagrados Cánones: y aun se extendiéron á decir era un S. Gerónimo por su sana doctrina, un S. Ambrosio por su mucha eloqüencia, y un S. Pablo por su zelo y fervor en los Sermones; cuyos elogios son del mayor peso por pronunciados de hombres grandes en literatura y santidad, quienes santamente codiciosos buscaban su amistad para edificarse, instruirse é ilustrarse.

S. Pedro de Alcántara, que le trató quando Obispo en Badajoz, hacia de su santidad el mas alto concepto. Y no era inferior el que siempre hizo de su

virtud S. Luis Beltran su grande amigo, que muchos años le trató íntimamente. A este rogó un criado del B. Ribera le curase de cierta dolencia, á quien respondió el Santo: *Anda, anda á tu amo que es Santo, y la Magestad de Dios mejor que por mí te librará por sus santos méritos.* El mismo S. Luis hablando del B. Ribera con Doña Beatriz de Victoria (que lo depone con juramento) la dixo: *Hija, el Patriarca es un Santo, y nosotros no conocemos á este Santo Prelado que tenemos, porque te aseguro es muy zelante de la honra de Dios, tiene gran caridad, mucha paciencia, no poca humildad, y gusto grande de padecer agravios, y por amor del Señor sufrir gustoso los disgustos.*

El aprecio que hizo del B. Ribera S. Luis, duró hasta los últimos alientos de su vida: caminaba esta á su fin á golpes de una penosa y prolixa enfermedad: estaba cerca de la cama, en que yacia moribundo S. Luis el B. Ribera. En esta sazón entró un Religioso Dominicó, que se puso á hablar con S. Luis, estando en silencio el B. Ri-

bera , y observando este celestial coloquio , díxole S. Luis : Señor , sepa V. Excelencia , que el Religioso era el P. S. Vicente Ferrer , que vino á darme la gustosa noticia de la hora en que he de salir de esta vida ; y así perdone haberle dado las espaldas para oír el celestial mensaje que me traía. En lo que se vé el aprecio que del B. Ribera hacia S. Luis , consintiéndole ser testigo de sus coloquios con los Santos , y el favor que le hizo el Cielo , haciéndole testigo personal de una concurrencia toda santa. Este caso lo depone D. Juan de Zúñiga , Marques del Villar.

S. Carlos Borromeo , honor del Colegio Cardinalicio , y de una santidad que el mundo no acaba de admirar , pensaba con tanto aprecio del B. Ribera , que le honraba con sus cartas llena de ternuras , aprecio y santa uncion , encomendándose en sus oraciones , y confesando sus exemplos le estimulaban á la mayor exâctitud en su ministerio Pastoral. Del mismo modo juzgáron Santa Teresa de Jesus , S. Pasqual Baylon , S. Ignacio de Loyola , y

su hijo S. Francisco de Borja , á quien recibió , visitó , regaló , y aun hizo predicar en la Catedral , quando General de la Compañía vino acompañando al Cardenal Nepote de S. Pio V. los Beatos Factor , Bono , Hibernon , que se honraban con su amistad , y se acaloraban en el espíritu con su trato y comunicacion.

Antes que estos lo miró como un varon de Dios el V. P. Mtro. Avila , que por algun tiempo fué su director , sin contar otros grandes siervos de Dios de casi todas las Religiones , con quienes tuvo siempre estrecha amistad , que ellos miraban como gran dicha para sus almas.

Los Superiores de las Religiones , y muchos varones insignes en sabiduría , y respetables por sus dignidades , estimáron siempre al B. Ribera por un sugeto de primer órden , y como un modelo de santidad , solicitando verle , y disfrutar su santa conversacion. Monseñor Andres Pacheco , Obispo de Cuenca , Inquisidor General , y Patriarca de las Indias , D. Pedro Man-

riquez, Obispo de Tarazona, y despues Arzobispo de Zaragoza, D. Pedro de Castro y Quiñones, Arzobispo de Granada, y despues de Sevilla, y otros muchos, atraidos de la fama de su sabiduría y santidad, dexando el reposo de sus Palacios, vinieron á Valencia á visitarle, y aprender á ser Prelados, como ellos mismos lo confesaban. Y habiendo visto con sus ojos lo mismo que escucháron sus oidos, dixeron lo que Sabá de Salomon: *Vicit famam virtutibus suis.*

Otros Obispos, ya que por sus graves ocupaciones no pudieron visitarle viniendo á Valencia, por cartas solicitaban su amistad, y le consultaban los negocios mas arduos de sus Obispados, esperando de su virtud y sabiduría toda la luz que habian menester para acertar, y felizmente conducirse. De esta clase fuéron S. Carlos Borromeo, D. Alonso Gregorio, Arzobispo de Zaragoza, y D. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona. Muchos, poco satisfechos con los elogios que le diéron viviendo, han continuado sus alabanzas estam-

padas en los libros que diéron á luz. El P. Mtro. Granada le llama *Prelado vigilantísimo, y digno de eterno descanso en premio de su zelante desvelo*. El P. Mtro. Fr. Vicente Gual, de los Mínimos, le llamó *santo y justo*. El Ilustrísimo D. Diego de Guzman, Obispo de Tiro, le da el título de *santísimo*. El P. Fr. Joseph de Jesus María, Carmelita Descalzo, el de *virtuoso, prudente y sabio*. El ilustre D. Juan Bautista de Balda, le llama *Prelado de virtud heroyca, y digno de que le veneren por Santo nuestro culto*. El Ilustrísimo Fr. Juan Bautista Sorribas, Carmelita, dice: *fué un admirable espejo de Prelados*. Y el el P. Mtro. Lumbier, tambien Carmelita, no dudó compararle con Santo Tomas de Villanueva. El erudito Español D. Nicolas Antonio en su Biblioteca Hispana le llama *varon en santidad clarísimo, de Prelados en su tiempo sin segundo, y de idea la mas ajustada del Episcopal empleo*. Sin contar otros muchos que se difundieron en magníficas alabanzas de su santidad y sabiduría

El prudentísimo Rey de España Felipe II., á mas de consultarle los negocios mas arduos de la Monarquía, y no querer poner en execucion cosa alguna sin oir el dictámen de su singular prudencia, siempre que recibia cartas suyas las besaba, y despues poniéndolas sobre su cabeza decia: *Todo esto y mucho mas merece el Patriarca, varon verdaderamente Apostólico y digno por su gran virtud de que le hagamos tanta honra.* Y hallándose en Valencia á tiempo que el Virey de aquella Ciudad habia alcanzado sentencia de que primero á él, que al Patriarca se le diese á adorar la Paz miéntras la Misa, ordenó su Magestad, que le diesen al Patriarca, que celebraba de Pontifical, á adorar la Paz primero que á su Real Persona.

En las Córtes generales que este Monarca celebró en la Ciudad de Monzon á 1585 se exâminaban ciertas quejas de los Caballeros Catalanes, por algunas injustas pretensiones que tenían contra ellos los Valencianos: en cuyo lance mostró su enojo el Rey

contra los Valencianos, acaso por juzgarlas ó temerarias ó poco fundadas. Viendo el B. Ribera á sus Valencianos caidos de la gracia del Rey, procuró restituirlos á ella, diciendo al Rey razones tan sólidas y prudentes, que todo su enojo cesó y se desvaneció, mirando ya á los Valencianos con ojos benévolos: en cuyo lance dixo el Rey todo el por qué de haberse apeado de su justa indignacion, con estas palabras de tanta honra para el B. Ribera: *To creo, Patriarca, muy bien, que debe convenir así lo que vos decis, y no por otro, sino porque lo decis vos.*

Felipe III. su hijo hizo tanto aprecio de la persona del B. Ribera, que como ya se dixo, quiso por tres veces llevarlo á su lado como el primero en su estimacion, á cuya honra se resistió muy humilde y comedido. La Reyna de España Doña Margarita de Austria, con preferencia á todos los Prelados de su séquito, en 1599 quiso le celebrase la Misa nupcial en la Iglesia Mayor, honrando en ello su gran mérito, y dándole



por nueva prueba de su amor á su persona , regalarle una Casulla de cabretilla de ambar bordada de oro y plata por sus propias manos. Y por complemento de sus favores en 1608 le envió el hueso de la quixada del Mártir S. Anacleto engastada en un precioso Relicario ; cuyo don acompañó con una carta suya llena de finas y honrosas expresiones.

Los Vireyes de Valencia , Delegados en el Reyno de la autoridad Real , y copias en todo del modo de pensar del Rey , en la que hacen vanidad , se portaban siempre en la presencia del Santo Prelado como humildes y fieles súbditos. Y la Marquesa de Carazena , Vireyna de Valencia, con el motivo de visitarle obsequiosa en su última enfermedad , se arrodilló junto á su cama para recibir su santa bendicion , sin quererse jamas levantar , por mas que su humildad profunda la instó para ello muchas veces. La Excelentísima Condesa de Benavente , Vireyna que fué de Nápoles , estando de vuelta en Va-

lencia fué á visitarle y rendirle sus obsequios ; pero arrodillada y mirando en su persona un depósito de santidad.

Quando baxó á Valencia á celebrar Córtes generales el Rey Felipe III. , los Príncipes y principales Señores de su séquito , todos los dias arrodillados le besaban la mano , y recibian su santa bendicion , y en algunos con tanto consuelo de sus almas , que hubo quien dixo , que en no haciendo semejante acto de obsequio al B. Ribera , le parecia que aquel dia sus cosas no le sucedian con felicidad.

La Corte de Roma , acostumbrada á ver sugetos eminentes en letras , nobleza y santidad , á criarles y alimentarles en su seno , pensaba tan altamente del B. Ribera , que en varias ocasiones , parece no hallaba voces bastantes para celebrar su prudencia, sabiduría y santidad. De ello dió evidentes pruebas en muchos asuntos de conexiõn con aquella Corte , que se ofreciéron andando los años de su sabio y santo gobierno.

A consecuencia de esto , quando supo su fallecimiento se entristeció y lloró mirando su muerte como una gran pérdida que habia padecido la Iglesia Católica. Así se lo dixo al Cardenal Zapata un sugeto de alta alcuñá. Hablando con este Purpurado , entre muchas expresiones de dolor añadió : *Eminentísimo Señor , puedo asegurar á V. Eminencia , que hemos perdido uno de los mas insignes hombres , que en virtud y letras tenia la Iglesia Romana. Y ahora con su falta se conocerá mejor la pérdida grande que hará á toda ella el Patriarca. Un Religioso morador en Roma , de vida exemplar , y por ella muy estimado del Papa , solia decir : Señores , no lloren la muerte de D. Juan de Ribera , porque está gozando de Dios en su gloria ; sino lloren la falta muy grande que hará al mundo y toda la Iglesia , por haber con él perdido un fuerte muro que la defendia , y un exemplar de virtud que despertaba nuestra tibieza.*

El Reverendísimo P. Maestro del Sacro Palacio , que vivia con gran

crédito de singular discrecion y prudencia, grande honrador del B. Ribera, dixo al mismo Cardenal Zapata, que tenia escrúpulo de rogar por el alma del Arzobispo de Valencia, porque tenia por cierto estaba gozando de las delicias de Dios en su gloria.

El Eminentísimo Cardenal Belarmino, célebre en todo el mundo por su santidad y literatura, veneraba como reliquia una carta suya, que en cierta ocasion le escribió el Santo Prelado. El Eminentísimo Cardenal de Roxas y Sandoval viéndose promovido al Arzobispado de Toledo ántes de la muerte del B. Ribera, dixo con sentimiento: *Es grande, Señores, el temor y vergüenza que tengo de aceptar esta Prelatura, habiendo en el mundo, por su conocida virtud, letras y prudencia, un hombre de tanto mérito, como el Señor Patriarca D. Juan de Ribera.*

Para colmo y sello de las alabanzas que mereció, y le diéron muchos sugetos, añadiremos las que le diéron los Sumos Pontífices, cuyas bocas son órganos de la verdad, y del mismo

Espíritu Santo. S. Pio V. sobre las alabanzas que le dió en varios Breves que le dirigió, con motivo de las grandes Dignidades con que le agraciaron el Rey, y su Santidad mismo, decia, estaba de sí mismo confuso y avergonzado siempre que ponía los ojos de su consideracion en la mucha santidad de nuestro B. Ribera. Y en otra ocasion delante el Sacro Colegio Cardinalicio afirmó: *Era por su mucha virtud mas digno, que su inutilidad para estar sentado en la Silla de S. Pedro.*

El Papa Clemente VIII. le profesaba un amor tan tierno y sincero, que parece se desvivía buscando ocasiones para favorecerle y complacerle. Con efecto, creyendo que para su gran piedad no se le podia hacer obsequio mas de su gusto, que enviarle algunas reliquias de Santos, por mano del Cardenal Nuño de Guevara, que venia á España, le envió el Sagrado Cuerpo de S. Mauro Mártir Romano, mandándole se lo entregase á nombre suyo, y una medalla de oro con muchas Indulgencias. El mismo en 1596

Bb

á 26 de Julio , le habia escrito una carta , en que pone en las nubes sus méritos , y le afirma tenia especial consuelo de tenerle por ayudante y compañero en el ministerio Apostólico.

La Santidad de Paulo V. pasando por Valencia para Madrid con el carácter de Nuncio Apostólico , se hospedó en su Palacio , donde fué tratado y regalado con magnificencia y esplendor. Con esta ocasion conoció á fondo las virtudes y santidad del B. Ribera , de quien ( hablando con el Cardenal Zapata ) se difundió en tantos elogios , que el mismo Purpurado le parecia tocaba los lindes de la exâgeracion , sin embargo era aficionadísimo al Santo Prelado. El mismo ya Pontífice , le escribió una carta , en que le protesta su amistad , le ofrece su proteccion , y pone en las nubes su zelo Pastoral. Poco satisfecho con manifestar de tantos modos el amor y aprecio que hacia de su persona , pasando por Roma el Excelentísimo Señor D. Juan de Zúñiga y Pimentel , Marques del Villar , y primogénito de los Con-

des de Benavente, al oírle decir venia á Valencia, quitóse una Cruz de oro, que con muchas reliquias llevaba al cuello, y depositándola en sus manos, le mandó la pusiese en las del B. Ribera, acompañando este don con un Breve muy afectuoso y honorífico.

Cumplió el Marques el mandato del Pontífice, entregando estos preciosos dones al Santo Prelado, quien los recibió hincado de rodillas, y con las expresiones mas afectuosas y enérgicas de respeto, amor y obediencia al Vicario de Christo.

Este mismo Pontífice en cierta ocasion (como lo depone jurídicamente el Cardenal Zapata) hablando del B. Ribera dixo: Que Dios á D. Juan de Ribera le habia hermosteado con los preciosos dones de gobierno, ciencia, virtud y prudencia, como lo habia experimentado su Santidad, quando al pasar por Valencia fué hospedado en su Palacio. Añadiéndole le habia oido predicar con mucho espíritu la divina palabra, y tratado con él negocios de gran monta, en que observó su sabi-

duría, tino y singular prudencia. En otra ocasion no sé con qué motivo diciéndole el Cardenal Zapata á este Santísimo Pontífice, que D. Juan de Ribera era el Prelado mas antiguo de toda la Iglesia, le respondió su Santidad: *Y tambien, Eminentísimo, el mas benemérito de toda ella.*

Así pensáron y habláron siempre del B. Ribera los grandes, los pequeños, los Nobles, los Plebeyos, los Obispos, Cardenales, Reyes, Pontífices, y los mismos Santos. Y como en todos hablaban sus corazones llenos de sinceridad y verdad, sin conocer siquiera por su nombre la adulacion y el fingimiento; debemos concluir fué el B. Ribera uno de los héroes mayores que ha producido España, digno de estar en la misma línea, que los mas famosos en santidad y sabiduría. Dignísimo le sea agradecida toda la Nacion, á quien siempre hizo importantísimos servicios, siendo uno de los mayores, ó el mayor de todos la expulsion de los Moriscos que logró su zelo, sabiduría y espiritual aliento, li-



brándola con ella de las ruinas que la amenazaban, y ya miraba cerca. Dignísimo tambien le sean agradecidos todos los legítimos Españoles, especialmente los Valencianos, cuyos intereses espirituales y temporales procuró con zelo, constancia y santísimo teson por espacio de veinte y quatro años, no conociendo jamas el reposo, ni buscando los alivios, que una humanidad brumada con los trabajos y afanes lícitamente puede y debe procurarse.

El Real Colegio de Corpus Christi, obra de sus manos, y de su espíritu seráfico, se gloria quando le llama su Padre y Fundador, cuya gloria ha llegado al colmo viendo elevadas sus sagradas cenizas á los honores del Altar y del incienso. Para llegar á este glorioso término, jamas perdonó á gastos, cuidados y afanes, que como ya vemos, surtiéron todo el efecto deseado por manos del Reverendísimo P. Fr. Vicente Castrillo, famoso Valenciano, y Ex-General de la Orden de los Mínimos, quien encendido en santo zelo por la gloria del B. Ribera, y

de la Ciudad de Valencia su patria, trabajó, solicitó y negoció en Roma su solemne Beatificación celebrada en S. Pedro in Vaticano con sagrada magnífica pompa en 18 de Septiembre de 1796.

El curioso Lector podrá ver los Decretos emanados de la Santa Sede, andando esta gloriosa causa, y sabrá quán ajustados á la verdad anduvieron los que alabáron al B. Ribera, en cuyo patrocinio tienen afianzadas sus felicidades la Ciudad y Reyno de Valencia, y sus devotos la mas eficaz proteccion para lograr la gloria, que él ya goza entre mil resplandores y delicias inefables.

F I N.

## FE DE ERRATAS.

<i>Pag.</i>	<i>Linea.</i>	<i>Erratas.</i>	<i>Lee.</i>
2.	9.	Emperdor,	Emperador.
13.	10.	familia,	familiares.
16.	última.	Pa-	Padua.
28.	primera.	le , sobra.	
ibid.	antepen.	el referido,	al referirlo.
34.	23.	hacia,	hará.
64.	22.	enderazarlos,	enderezarlos.
70.	21.	reabsumia,	reasumia.
115.	15.	barradera,	barredera.
136.	19.	exercitar,	excitar.
137.	1.	csmo,	como.
144.	23.	sus,	los.
175.	8.	1558,	1568.
176.	20.	fertividades,	festividades.
180.	14.	un,	Santo.
183.	12.	diéron,	debiéron.
194.	11.	Christia,	Christiana.
202.	3.	de esta,	de alta.
207.	15.	reducido,	reducida.
220.	22.	le,	les.
239.	23.	convino,	combinó.
251.	15.	1614,	1610.
278.	18.	inculpable,	culpable.
279.	15.	al,	la.
290.	18.	hablo,	hago.
362.	12.	viva,	vida.
371.	14.	tan , sobra.	
375.	21.	llena,	llenas.

